

lecturas



N.º 9 En este núme

En Busca de un Teso

■ Cuento por LUIS DURAND



FUERZA Y VIDA

Para el cerebro

Potente regenerador de la vida, refuerza el organismo,
produce un rápido aumento de peso, debido a la
espléndida acción tonificante del fósforo orgánico.

LABORATORIO GEKA S. A. - SANTIAGO

Fórmula: Compuesto de fósforo orgánico.

V. 11-0, 233.

Lettricia

PROXIMO NUMERO:
JUEVES 16 DE
FEBRERO DE 1933

■ .
El Cuento Nacional:
LA LAGUNA ENCANTADA,
por

MANUEL MAGALLANES M.

■ .
ENTRE DANZA Y DANZA
Cuento por
TOM GALLON

■ .
COX CITY
Cuento por



GUILLAUME APOLLINAIRE

■ .
LA NUEVA MUJER TURCA
Y EL MITO DE PIERRE
LOTI

TENEMOS PARA LEER

CUENTOS:

EL ENIGMA DE LA MANO CORTADA, por Lynn Dacre.—EN BUSCA DE UN TESORO, por Luis Durand.—LA UNICA CARTA DE AMOR DEL VIEJO HIDALGO DON GIL, por Manuel Salmerón Pellón.—UN AMIGO, por Albert Jean.

DRAMA:

EL CONVIDADO, por Stanislas Przybyszewsky

NOVELA:

POR CAUSA DE LOS DOLARES, por José Conrad. (Parte III).

ARTICULOS:

ORTEGA Y GOETHE, por Abel Valdés. — SONRISAS DE NIÑO, por R. Roldán Sáez.— Gente nuestra: JUAN URZUA MADRID, por Miguel Angel Rivas.—Personajes sin olvido: COSIMA WAIGNER.

VARIEDADES:

LA LEY QUE HARAN LAS MUJERES, por Gregorio Martínez Sierra. — CONVERSANDO CON EL PUBLICO. — LOS COLABORADORES.—LEYENDO PARA EL LECTOR.

Revista quincenal de literatura. — Aparece los jueves.

AÑO I.

N.º 9

Santiago, jueves 2 de febrero de 1933

Subscripciones: Anual (26 N.os), \$ 22
Semestral (13 N.os), \$ 12

Editada por

“EMPRESA LETRAS”

Huérfanos 1041 -:- Casilla 3327 -:- Teléfono 82028

Santiago de Chile.

Directora: Amanda Labarca H.

Secretario de Redacción: Luis E. Délano.

ALGUNOS DE LOS QUE ESCRIBEN EN ESTE NUMERO

STANISLAS PRZYBYSZEWSKY

Es uno de los escritores más representativos de la Polonia nueva. Fué jefe de lo que se llamó la "Joven Polonia" de donde surgieron poetas como Kasprowicz y Staff, novelistas como Zeromsky y dramaturgos como Wyspiansky. Contribuyó tanto a la independencia política de su patria, como al nacimiento de las tendencias modernas en la literatura polaca.

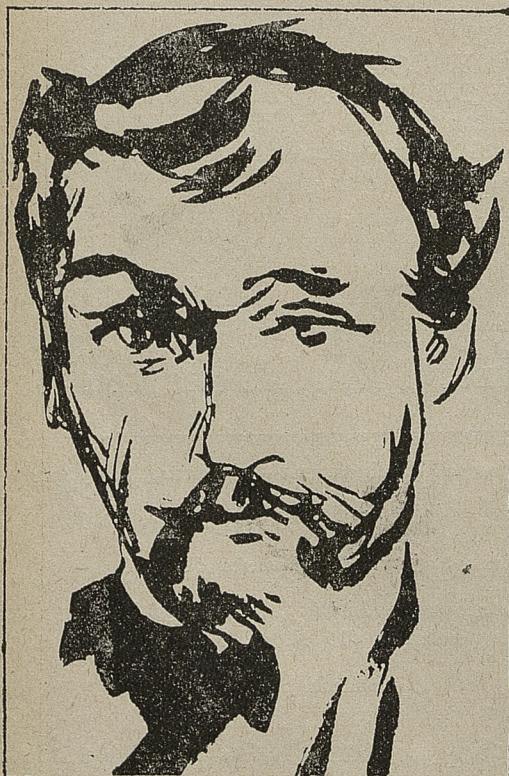
Nació en 1868, en la provincia de Kujany, entonces bajo la dominación alemana, de una familia de profesores. Desde su infancia estuvo en contacto con la cultura alemana y en esa lengua escribió varias de sus primeras obras. Despues de sus estudios secundarios, estudió arquitectura y artes plásticas en la Escuela Politécnica de Charlottenburg. Al mismo tiempo se apasionó por la música y fué uno de los mejores intérpretes de Chopin y Schumann. Más tarde hizo estudios médicos en la Universidad de Berlín donde presentó su tesis de doctorado. Pero lo que lo atrae principalmente

son los estudios metafísicos y sociales. Fué redactor de la Gaceta Obrera de Berlín y tomó parte en el movimiento espiritual y social de su tiempo.

Publicó en alemán estudios críticos: Chopin y Nietzsche, Ola Hanson; estudios artísticos, novelas, una trilogía "Homo Sapiens" (I Uber Bord, II Unterwegs, III Im Maestrom). En 1895 sale de Alemania, viaja por Europa, se casa con una noruega y por fin se establece en Cracovia. Allí, publica su obra maestra "De Profundis" (1896) y su novela "Los hijos de Satanás". Desde 1898 sólo escribe en polaco. Es también autor de varios dramas como: "El Convidado" (1902) y "La Nieve" (1903).

La principal preocupación de Przybyszewsky es de orden metafísico-estético. Hay en sus obras elementos de Psicoanálisis anteriores a Freud y algunos de sus críticos, consideran que Freud representa el esfuerzo científico injertado sobre la concepción metafísica de Przybyszewsky.

"De Profundis" es su obra maestra. Bajo una forma artística aparecen las preocupaciones metafísicas del autor. Eligió el amor entre un hermano y una hermana para mostrar con más energía la lucha entre el instinto sexual y las más violentas resistencias morales y sociales. Es extraordinario el vigor artístico de esta obra.



Stanislas Przybyszewsky

GREGORIO MARTINEZ SIERRA

Novelista y dramaturgo español, puede decirse que es el escritor para las mujeres. El tono profundamente delicado, suave, casi femenino que ha adoptado, llama secretos ecos en el corazón del sexo débil, despierta emociones innúmeras. Martínez Sierra no ha pretendido tampoco otra cosa y hé ahí que sus principales libros contienen cartas a las mujeres, cartas a las mujeres...

Ultimamente se decidió abordar otros aspectos del arte: en Hollywood dirigió cintas cinematográficas que tenían por estrella a la artista española Catalina Bárcena.

Hoy, seducido por esperanzas de un mañana mejor, Martínez Sierra se dirige a las mujeres para hacerles ver cuál es su importante papel en la hora convulsionada actual.

MEDITACIONES

BRIEFES

DARSE

LA razón que fundamenta el éxito y perennidad del cristianismo, es la misma piedra angular en que reposa: el espíritu de sacrificio.

DARSE. — Eso es todo. Darse, entregarse, prodigarse, repartirse célula a célula, esparciarse como aroma o como luz en irradiaciones espirituales, en emanaciones psíquicas, en calorías mentales, en afecto, en tolerancia, en paz. Y, por sobre todo, la humildad, la grande humildad, porque la sangre es humilde, porque la tierra es humilde. Mostrarse íntegramente, a cara desnuda, decir sí, decir no, con palabra abierta, fresca, sin eco ulterior, sin proyecciones venideras, sin permitir resquicios a la semi-luz de la incertidumbre. La palabra debe ser fuerte y buena como sol mañanero. Palabra que no alumbría no es digna. Y la palabra es zarcillo que se tiende para ceñir y florecer, para fructificar y semillar. Toda palabra debe venir de adentro, como tallo que emerge del musgo del estanque o que irrumpie a flor de surco, delicadamente.

Lado a lado de la palabra está la acción, fruto de tal flor, sencillamente acunada en el corazón de tal fruto.

Enseñar al que no sabe, dar al que no posee, consolar al que no tiene consoladores, amar, respetar, etc., no son más que proyecciones, reflexiones de este hermoso mandato: DARSE. Campanada que florece en numerosos ecos diversos, dar y darse forman la médula dorsal de la contextura moral de persona, con el eje, el centro de su mundo interior.

Y aun quien no tiene alegría, puede dar alegría, árbol que ofrece pájaros que no le pertenecen y se reparte en canciones que no son tuyas. El viento trae perfumes, y la palabra porta fragancias y se envuelven en luz como un insecto.

Quien mucho sabe, mucho debe dar de su riqueza inmaterial y provechosa. Vivir quemado por nobles deseos, en renovada ansiedad de cultivar predios baldíos y deshacer siembra en los ribazos fértiles.

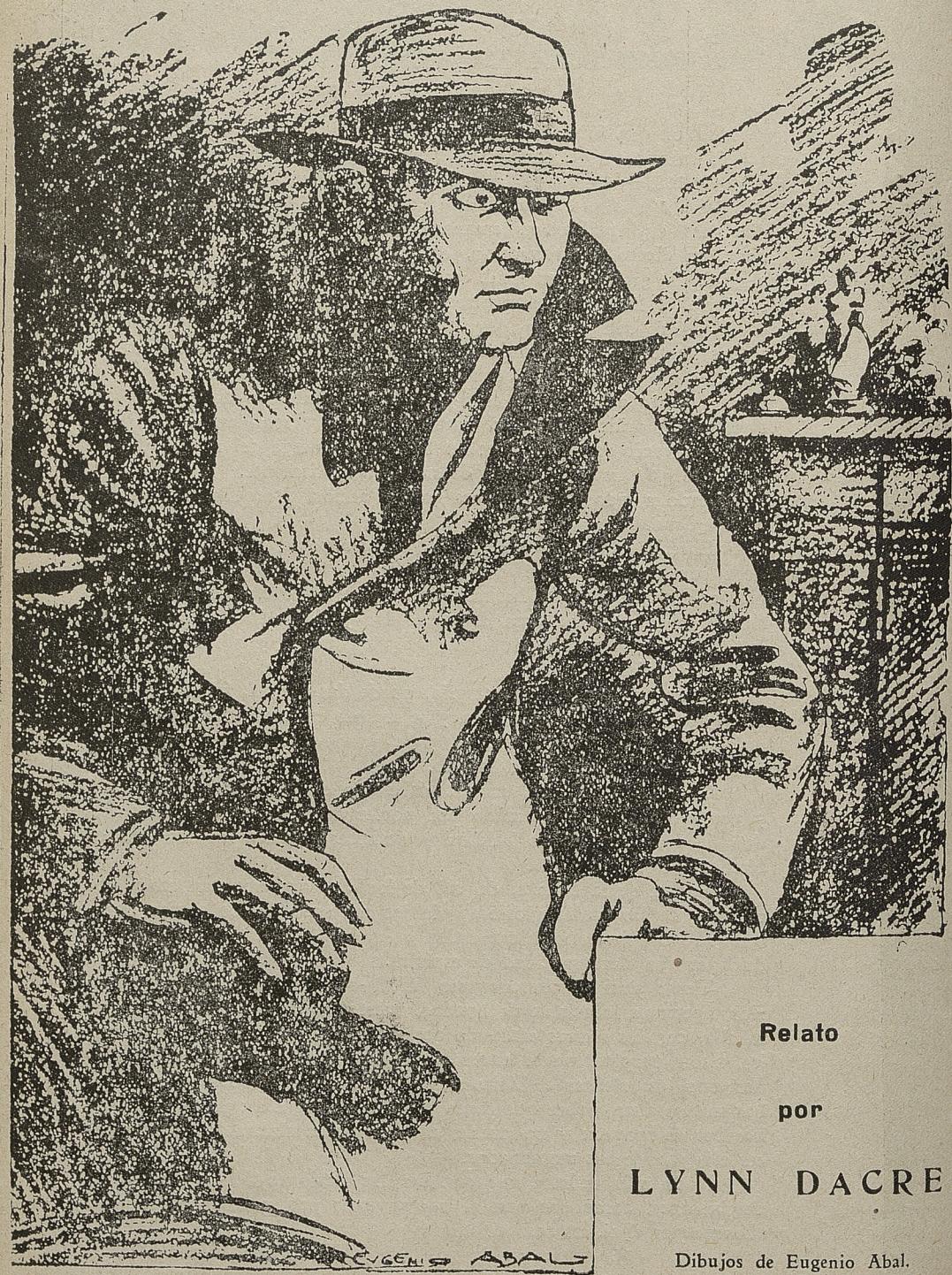
Hablar de la belleza, del sol de los días que apuntan en el horizonte, de las tardes gloriosas, de las mujeres, de los santos hombres que dejaron surcos apretados de posibilidades, porque la sabiduría es una clara santidad de espíritu.

Tener siempre un proyecto fértil en inquietudes, acicate interior, apetencia insaciable de bondad, fuerte sed de luz. Ir de aquí para allá, con las manos estilando acciones, henchidas de ademanes útiles. Estar perpetuamente estremecido de grandezas cordiales, de afanes sencillos: alentar el hálito débil de un niño lloroso; apretar ambas manos a un pobre que canta para llenar sus días; ir al que tiene hambre de moverse y no puede; sacar de su sombra a las almas; hacer el gozo de los angustiados.

Nada más enorme que sostener las ilusiones de los que viven de ilusiones, como dar pan al que vive de pan, y monedas al que subsiste por ellas. Es cosa de Dios.

HECTOR MIERES.

EL ENIGMA DE LA



Relato
por
LYNN DACRE

Dibujos de Eugenio Abal.

"LECTURAS"

— 4 —

FEBRERO 2 1933.

MANO MUTILADA



El cuento de policía está triunfando hoy en el mundo entero. Su acción viva y ágil, la atracción del misterio, lo hacen indispensable para el magazine moderno. "Lecturas" no puede menos que acogerlo, en la seguridad de agradar a sus lectores.

El grupo de hombres reunidos después de almorzar en el apacible rincón del gran salón de fumar de un famoso club, discutía ociosamente acerca de la última propaganda realizada por un periódico vespertino que invitaba a los lectores a enviar en términos concisos un relato sobre "La aventura más inverosímil que me haya acontecido en Londres" y ofrecía premios en efectivo para las composiciones publicadas.

— ¡Inverosímil! — exclamó un hombre de tez morena y ojos castaños luego de abandonar la lectura del periódico provocador de la discusión. — Inverosímil, porque a ningún protagonista se le ha ocurrido llevar la aventura hasta el final y porque nadie posee el verdadero espíritu aventurero.

— ¡Oh! Vamos. Usted generaliza demasiado — observó otro miembro de la tertulia.

— Así me parece — añadió Norcross, un círujano naval retirado que peinaba canas y fué el iniciador del tema. Arrellanado en la profundidad de un cómodo sillón, fijaba la mirada de sus ojos soñolientos en la fisonomía hermosa y obscura de Méndez.

— Nosotros los del Norte — prosiguió con lentitud — estamos tan dispuestos a llevar hasta el fin una extraña aventura como cualquiera de sus ardientes compatriotas del Sur.

Méndez se echó a reír con insolencia y observó el grupo con una mirada provocativa.

— Sí, y más inclinados a llamar un vigilante para encomendar en sus manos el asunto — declaró con una sonrisa que puso en evidencia una hilera de dientes inmaculados.

Norcross aceptó el desafío.

— Y usted ¿qué haría llegado el caso de ocurrirle algo extraordinario en esta apática ciudad? — preguntó. — Con seguridad imitaría a los londinenses y llamaría también a un representante de la ley.

La nota burlona que había en la voz de Norcross y el movimiento despectivo de los labios que la subrayó alteraron a Méndez. Sus ojos centellearon; sus mejillas tornáronse lívidas y sus manos se apretaron con fuerza.

— ¡Yo, no! — gritó exasperado.

"LECTURAS"

— 5 —

FEBRERO 2 1933.

—Lo dudo — murmuró el otro sin desviar su mirada fisgona del rostro de su interlocutor.

Méndez se puso en pie de un salto y avanzó un paso.

—La sangre aventurera bulle en mis venas — exclamó. — Desciendo de una raza de conquistadores. He aquí mi respuesta — añadió con orgullo.

Y volviéndose con presteza abandonó el recinto.

Méndez no puedo menos de recordar aquel cambio de palabras sostenido con Norcross, cuando una semana después, ubicado en la cómoda butaca de un cinematógrafo de barrio, se estremecía de risa frente a los incidentes cómicos de un famoso artista de la pantalla. En medio de una estruendosa carcajada advirtió la presencia de alguien que se le aproximaba en la oscuridad y que luego de murmurar un 'Para usted, señor', desaparecía en las sombras que envolvían la sala de espectáculos.

Méndez, picado por la curiosidad, aguardó a que la luz fuera encendida para examinar el paquete que en forma tan misteriosa había llegado a sus manos. Tratábase de un pequeño bulto ovalado envuelto en papel marrón. No llevaban nombre ni dirección algunos escritos en la envoltura, como tampoco el menor indicio que pudiera anunciarle su procedencia y a quién estaba destinado. Lo palpó, intrigado, y advirtió que contenía una caja de lata o de algo parecido.

No cabía duda de que se trataba de una equivocación. El bulto le había sido entregado por error. Lo colocó visiblemente sobre el borde del asiento delantero y paseó su mirada por la numerosa concurrencia, como tratando de adivinar la persona a quien pudiera corresponder el envoltorio o, por lo menos, al autor del envío.

Nadie, empero, se acercó a reclamarlo. Las luces volvieron a extinguirse; en la pantalla comenzó a desarrollarse una nueva película. Pero el espectáculo había perdido ya todo interés para nuestro hombre, atraído ahora por la realidad. Impaciente y desasosegado, esperó la llegada del misterioso mensajero que, inclinado otra vez a su oído, le daría una explicación o solicitaría la devolución del paquete.

Pero nadie se acercó.

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.

Terminado el espectáculo, Méndez siguió a la compacta muchedumbre que desfilaba lentamente hacia la calle. Y siempre en posesión del misterioso paquete, que llevaba bien a la vista a fin de proporcionar a su dueño la oportunidad de descubrirlo y reclamarlo, se halló en pleno Leicester Square.

Ninguna persona, sin embargo, se le apersonó durante el camino de regreso al club adonde se hospedaba en aquella visita a la ciudad.

Llegado a sus habitaciones, decidió abrir el bulto para satisfacer la insostenible curiosidad que le embargaba y tratar al mismo tiempo de hallar una indicación que le orientara acerca de la personalidad de su dueño. En definitiva, decíase, estaba en el derecho de llevar a cabo tal propósito. ¿Acaso no le había sido entregado junto con las palabras: 'Para usted, señor'?

Desató la cuerda que lo sujetaba, desenvolvió cuidadosamente el papel, y una lata igual a las utilizadas para galletitas apareció ante sus ojos.

Levantó la tapa y percibió un olor penetrante; era el de un poderoso desinfectante. Alzó el trozo de algodón que servía de cobertura a lo que allí encerraba, y una exclamación de horror surgió de sus labios.

Un escalofrío recorrió su columna vertebral, y su frente se empapó de sudor. Depositada sobre un lecho de aserrín, en el fondo de la lata, había una mano de mujer, prolíjamente cortada por la muñeca.

Transcurrido el primer momento de estupor, Méndez se entretuvo en examinar aquel extraño obsequio. Los dedos, finos y suaves, con sus uñas cuidadosamente arregladas, parecían de cera. Era una mano izquierda; un dedo mostraba la marca de un anillo, que Méndez dedujo ser uno de matrimonio.

Mil preguntas se sucedían en su mente atormentada. ¿A quién pertenecería aquella mano? ¿En qué forma habría hallado la muerte su dueña? ¿Por qué habría sido separada del cuerpo? Cada pregunta daba origen a otras mil.

En procura de un indicio para resolver el misterio, prosiguió su examen. La lata y su contenido no le proporcionaron ningún dato de valor. Dejó la caja a un lado y examinó el papel en que había venido envuelta; un trozo de etiqueta engomada le llamó la atención.

El papel había pertenecido a una hoja de gran tamaño proveniente de una casa de co-

mercio. En el trozo de etiqueta leíase la siguiente dirección: "141 Lunderland Terrace, W. 2".

¡Por fin, algo! El criminal — puesto que se trataba, sin duda alguna, de un crimen — había cometido la torpeza que conduce a tantos a la cárcel.

■ ■ ■

¿Qué resolución tomar?, preguntóse Méndez al envolver nuevamente la lata. Su deber surgía con evidencia. Se encaminaría a la comisaría a dar cuenta del macabro hallazgo, haría lo "que la mayoría de los londinenses". Recordó las palabras de la conversación del club y los ojos burlones del ex-cirujano naval.

Durante unos minutos su orgullo se opuso a su deber, hasta que finalmente tomó una determinación: visitaría el domicilio indicado en la etiqueta y luego concurriría a la policía. Guardó el paquete en una valija y se dispuso a comer.

Por las averiguaciones que efectuó supo que Lunderland Terrace estaba situado en Bayswater, al norte de Westbourne Grove. Hasta ese punto viajó en ómnibus y desde allí siguió a pie hasta el lugar indicado.

El barrio aquel era tranquilo y compuesto en su mayor parte de casas de cuatro pisos. El edificio marcado con el número 141, sin embargo, presentaba un aspecto enteramente distinto a los demás.

Situado en una esquina, elevaba sus dos pisos a una distancia de treinta a cuarenta metros de la calzada, de la cual se hallaba separado por una alta verja de madera pintada de verde oscuro.

La puerta de acceso estaba abierta. Méndez la traspuso y se encaminó resuelto hacia la casa, al parecer vacía, pues no percibió luz alguna en las ventanas, ni reflejada en la banderola de la entrada.

No tardó en hallar justificadas sus sospechas. Nadie respondió al llamamiento de la campana. Las celosías de las ventanas permanecieron herméticamente cerradas.

Méndez realizó inmediatamente su composición de lugar. No cabía duda de que la infortunada dueña de la mano había sido traída a esa casa deshabitada y asesinada allí. Convencido de esta teoría, recorrió los contornos de la finca en busca de un medio que le permitiera introducirse a su interior.

Por fin, cuando se hallaba a punto de abandonar la empresa, encontró lo que deseaba. Una pequeña ventana en los fondos del edificio carecía de barrotes y de celosías.

La abrió de un golpe y a través de ella pasó al otro lado. En una caja, dentro de un armario de la cocina, halló una vela. La encendió e iluminado por su tenue y pálida luz se aventuró a inspeccionar aquellos desconocidos rincones.

Después de observar que todos los muebles del primer piso se hallaban cubiertos con fundas, Méndez ascendió la escalera y se encaminó al piso superior. Y allí, en un diminuto dormitorio...

El aposento había sido teatro de una violenta lucha. Yacía en el suelo una silla, junto a una mesa dada vuelta. La sábana que servía de cobija a la cama se hallaba hecha jirones y teñida de sangre.

■ ■ ■

Una gran mancha rojiza empapaba la alfombra. Un cuchillo de trinchar, con empuñadura de marfil clavado en el colchón, denunció a Méndez la clase de arma con que había sido perpetrado el crimen.

¿Pero dónde estaba el cadáver? Era la pre-

La Chilena
Consolidada

Vida
Incendio
Pólizas de Previsión

gunta que se formulaba, al paso que observaba el teatro del suceso. No se hallaba, desde luego, en ningún otro lugar de la casa; de ello estaba seguro. Tal vez oculto en el vasto jardín.

Lo que acababa de ver era suficiente. Regresaría al club en busca del paquete y se encaminaría a la Policía a denunciar el hecho. Diciendo y haciendo, abandonó el lugar y se dirigió a la puerta de salida, cuando un ruido agudo, semejante al chasquido de un látigo, le obligó a detenerse.

—¿Quién anda ahí? — gritó.

Oyó rumores de pasos que se alejaban, el ruido de una puerta que se cerraba y luego el eco de esos mismos pasos sobre el pavimento de la calle. Al llegar a la acera, sin embargo, el misterioso intruso había desaparecido.

Convencido de que nada podía ya hacer y de que aquella persona podía perfectamente ser un vagabundo en busca de refugio contra la lluvia que comenzaba a caer en gruesas gotas, nuestro hombre continuó su camino de regreso al club.

Ascendió apresurado a sus habitaciones y abrió la valija, pero con gran sorpresa advirtió que el paquete no se encontraba allí.

Desesperado, arrojó de un puntapié el estuche de cuero debajo de la cama, y al acercarse a su mesa-tocador descubrió un sobre a su nombre, pinchado en el marco de madera del espejo. Lo examinó durante varios segundos antes de decidirse a abrirlo, hasta que finalmente extrajó una hoja de papel con las siguientes palabras escritas a máquina :

“Sea prudente, si no quiere que le suceda algo peor”.

Méndez se dejó caer sobre la cama y se abismó en honda meditación. Desechó la idea de acudir a la policía.

No cabía duda de que se trataba de la aventura más extraordinaria de su vida, desprovista de emociones. Le impresionaba la advertencia dejada por el desconocido en su dormitorio. Después de haberse mofado del escaso espíritu aventurero de los londinenses, debía con más razón continuar esta odisea hasta el final.

Sus pensamientos le llevaron nuevamente al cinematógrafo, al instante en que el envoltorio había sido puesto en sus manos, y le pareció hallar allí la solución de una parte del misterio. El asesino, o su emisario, le había entregado el paquete por error.

Estaba destinado, sin duda, a otro ocupante de la sala de espectáculos, y consumada la equivocación, el hombre no había tenido valor

suficiente para reclamarlo de nuevo, por lo que le había seguido hasta el club.

Más tarde, aprovechando la soledad de sus habitaciones, el hombre había penetrado en ellas y, luego de apoderarse otra vez del bulto, dejado el mensaje.

Ampliamente satisfecho con esta explicación, Méndez se dispuso a descansar.

Al día siguiente se encaminó a la comisaría de la sección correspondiente al número 141 de Lunderland Terrace. Un oficial joven, de aspecto romántico, lo atendió amablemente.

—Desearía visitar la casa de la calle Lunderland Terrace 141 — dijo Méndez. — Pasé por allí la otra tarde y me impresionó gratamente su situación.

—Muy bien, señor — observó el oficial con voz meliflua. — Justamente su dueño, el doctor Norcross, acaba de penetrar en ella. Si usted...

Méndez dió un brinco. Con una disculpa al azorado policía, se alejó apresuradamente y echó a andar calle abajo. No había caminado muchos metros, cuando advirtió un letrero que decía: “Aquí se puede hablar por teléfono”, y penetró en esa oficina. Descolgó el receptor y solicitó un número de los alrededores de Londres.

—¿Es Carola quien habla? — preguntó al escuchar una voz de mujer.

—No; soy la mucama; la señora...

Cinco minutos después Méndez abandonaba la oficina con el rostro demudado.

El relato de la mucama sobre el terrible accidente ocurrido a su señora era perfectamente claro dentro de su crudeza. La señora estaba apoyada en un árbol, en momentos en que su esposo, el doctor Norcross, se entretenía en podarlo. Fué alcanzada de pronto por el filo del hacha, que en un descuido había aquél dejado caer, y sufrió una espantosa herida en una muñeca.

Su horrorizado esposo, luego de conducirla al interior de la casa, tuvo que proceder a la amputación de la mano.

¡Un accidente! El mundo creería tal cosa; pero Méndez sabía más. El hecho había sido fríamente planeado y premeditado por Norcross.

El ex-cirujano naval, enterado de la admiración de Méndez por la alegre y bella señora de Norcross, profundamente celoso de su esposa, había combinado la terrible venganza.

COSIMA



WAGNER

Por AMADEO DE CASTRO

Muchas veces la vida de los genios se vería malograda sin la presencia de un ser inspirador, la musa, la mujer. Wagner sin Cosima, no habría, claro está, dejado de ser el genial músico que fué, pero es posible que sin la influencia de esa mujer, su nombre no se habría extendido por el mundo hasta gozar la ancha celebridad que en breve tiempo alcanzó.

EN la Nochebuena del pasado diciembre se celebró en la Villa Wahnfried, de Bayreuth, una fiesta conmovedora. Se celebraba el cumplimiento de los noventa y dos años de Cosima Listz, la viuda de Wagner; "la figura más grande de mujer del siglo", según escribió de ella su enamorado Nietzsche. Y he aquí que apenas pasados tres meses, la muerte ha puesto término a la vida de Cosima.

Sabido es que esta niña, que vino al mundo en la Nochebuena de 1837, fué recibida como una bendición del cielo en el hogar que habían formado en las orillas del lago encantador de Como (en su recuerdo se le dió el nombre de Cosima) el músico admirable Liszt y la condesa de Agoult. Como si guiara a Cosima el mismo genio fogoso y apasionado de su madre, dió muestras desde muy joven de la necesidad que sentía de realizar grandes empresas. Muy niña aún, Liszt confió su educación musical a uno de sus discípulos, llamado Hans de Bulow. Liszt, que se ausentaba lar-

gás temporadas de su hogar, recorriendo Europa, pedía frecuentemente noticias de los adelantos de Cosima, así como de su hermana Blandina. Y he aquí que el profesor Bulow escribía en una de sus cartas lo siguiente: "Me pedís, querido maestro, que os envíe noticias de las señoritas Liszt; en realidad, me es imposible hablarle detalladamente, por el estado de estupefacción, admiración y aún de exaltación en que me tienen, sobre todo la pequeña. En cuanto a sus disposiciones musicales, no es talento el que poseen, sino genio... Ayer noche Blandina ha tocado la sonata en "la" de Bach, y Cosima la sonata en "mí" bemol de Beethoven... ¡Cómo me he conmovido reconociendo vuestro arte mismo en las manos prodigiosas de Cosima!"

Después de leer este párrafo no parecerá extraño que el profesor de música declarara su amor a Cosima y que Cosima le correspondiera con todo el fervor de su corazón. Y Liszt tuvo que autorizar el casamiento de los enamorados. Educada por su madre, la con-

desa Ágoult, que, como se sabe, escribía con el pseudónimo de Daniel Stern, Cosima aprendió muy bien el francés y pensó ocupar su afán de creación y acción traduciendo piezas alemanas; dos de ellas, "María Magdalena", de Hebbel, y "Los Fabianos", de Freytag, llegaron, si no a representarse, a imprimirse. Pero un día, cuando ya había cumplido los treinta años, vió aparecer ante ella a Ricardo Wagner, que había cumplido ya los cincuenta, y que se encontraba en el momento más brillante de su genio creador. Cosima quedó subyugada y deslumbrada por el maestro, que, a su vez, se sintió tocado en el corazón y se refugió en sus brazos como si buscara consuelo de sus anteriores amoríos. Cosima amó a Wagner con todas las fuerzas de su alma y con todo el ímpetu desapoderado de su voluntad tiranizada, dominando a la vez al genio de Wagner, que lo transfiguraba todo en una fantasmagoría pomposa y teatral. No dejó de sentirse engañado el pobre marido, que tomó una resolución heroica: la de marcharse con la música a otra parte, apenas advirtió que aquéllos se amaban, y dedicarse a dirigir orquestas en Suiza y en el norte de Italia, enseñando con fervoroso apasionamiento las partituras de Wagner, a quien cada día admiraba más y con mayor rendimiento. Este hombre singular, que pasó melancólico y dolorido la soledad de su corazón, supo un día, pasados catorce años, que Wagner había muerto. Envío a Cosima, su mujer, a quien no había dejado de amar, este telegrama: "Hermana, es preciso vivir". Este "vivir" era sencillamente la sugerencia de que Cosima debía ser la perpetuadora de la gloria de Wagner.

En aquel período en que Cosima se sentía feliz siendo la musa inspiradora del genio de Wagner, sin otra preocupación que acumular injuria sobre injuria y calumnia sobre calumnia sobre la vida de la primera mujer de Wagner — la desdichada Minna, que ahora han reivindicado, con el testimonio de cartas auténticas de Wagner, los escritores ingleses Dutton Hurn y Lewys Rot, — surgió ante Cosima la figura de Nietzsche. El poeta, filósofo y amigo íntimo de Wagner, tuvo la debilidad o el capricho de enamorarse perdidamente de aquella mujer, que era, en realidad, la cristalización de su doctrina, y que acaso surgiriera a

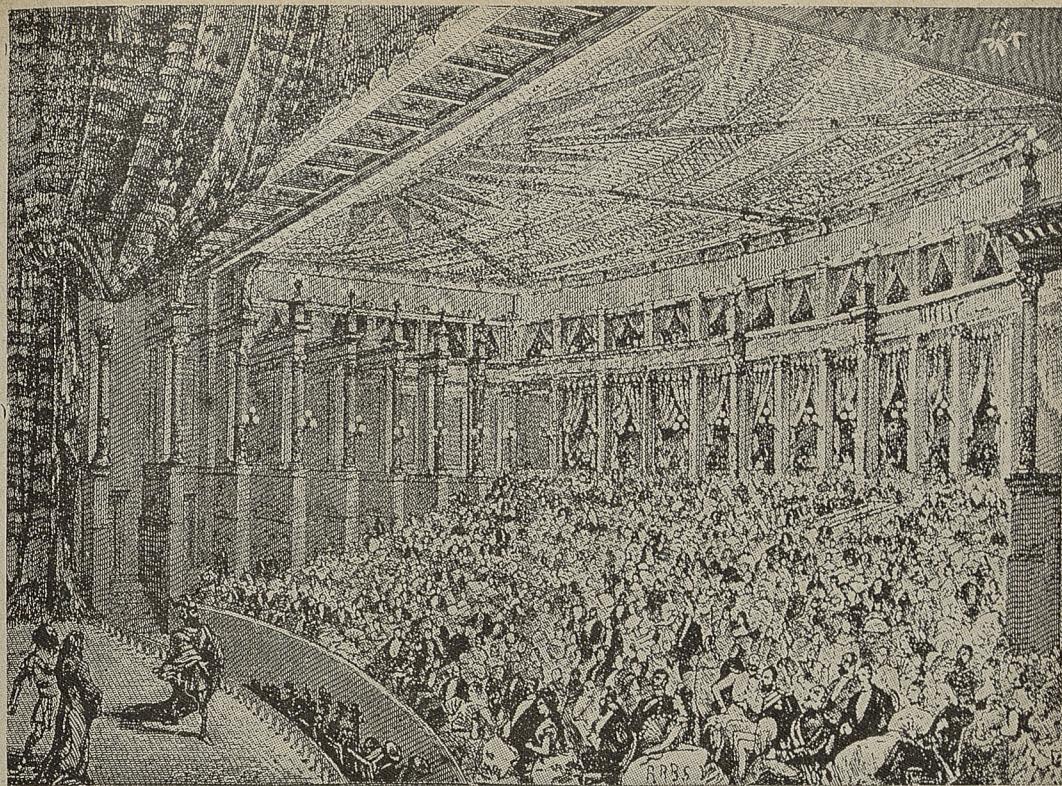
Nietzsche todo su sistema filosófico. Era, en efecto, Cosima, por naturaleza, una fuerza imperativa, espontánea, fatal, que sentía la necesidad fisiológica de llegar al máximo de la dominación, representando instintivamente el "imperialismo del yo". En este caso, Cosima estaba tan poseída de su papel de musa del viejo Wagner y tan orgullosa de ser el ángel de su hogar, que no quiso manchar sus alas con un nuevo amor, y desdenó la apasionada solitud de Nietzsche. El impetuoso filósofo no pudo resistir a esta prueba, y concibió un odio desaforado por Wagner, y se convirtió en el primero y más exaltado de los antiwagnerianos. Así publicó el folleto "El caso Wagner", que tuvo por origen la virtud y la fortaleza de Cosima.

Muerto Wagner, Cosima se dedicó en realidad a convertir el wagnerianismo en una religión de la que fué su sacerdotisa. Había conseguido Wagner, con la ayuda pecuniaria del rey de Baviera, alzar en el pueblecito de Bayreuth un teatro acomodado a las exigencias que imaginaba para sus dramas musicales, necesitados de una complicación escénica formidable. Este teatro se inauguró el 13 de agosto de 1876 con la representación de la obra que en alemán se titulaba "Nietzschung". Duraba la representación cuatro noches y provocó desaforadas burlas en los críticos franceses. Una de las particularidades del teatro de Bayreuth era que la orquesta quedaba escondida en un foso, con lo que el público no veía a los músicos.

A pesar de las burlas de los franceses, bien pronto Bayreuth llegó a ser la Meca de todos los aficionados a la música en el mundo. Cosima y Wagner habían consagrado oficialmente su unión en la Alcadía de Lucerna el 25 de agosto de 1870. Wagner, en este idilio, recobró la serenidad y la inspiración juvenil que le permitieron terminar la partitura de "Los maestros cantores".

Cosima ayudaba al músico, no sólo con sus consejos y sus juicios, sino materialmente en una especie de secretariado, singulamente cuando se emprendió la construcción del teatro. En los últimos meses llegó a instalarse allí también Liszt, y con estas preocupaciones dió muestras Cosima de las poderosas energías de su carácter. Inauguradas las representaciones, Cosima se entregó enteramente, con asiduidad, previsión y vigilancia que parecían inconcebibles en una mujer, a la administración del teatro. Así se vivieron años de esplendor hasta la muerte de Wagner, sobrevenida en enero de 1883. Pareció Cosima desolada en su viudedad; pero bien pronto, alentada por

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.**



Inauguración del teatro construido especialmente para la representación de la tetralogía "Los Nibelungos", en 1876.

el consejo que le diera su propio primer marido, se creyó poseída de una misión providencial: propagar el culto del superhombre que la había amado. Alucinada por esta sugerencia, ella misma organizaba las compañías que habían de trabajar en el teatro wagneriano y dirigía los ensayos y acomodaba las representaciones. Desgraciadamente, se inició un período de decadencia bastante antes de que estallara la guerra europea, comenzando a pasar de moda la música wagneriana. Cada año eran menos numerosas las caravanas de peregrinos del arte. A la estación desierta de Bayreuth no llegaban ya los trenes numerosos de turismo estético. Un tren formado por tres coches, uno para clase de viajeros, bastaba para el servicio ordinario de la Meca en decadencia.

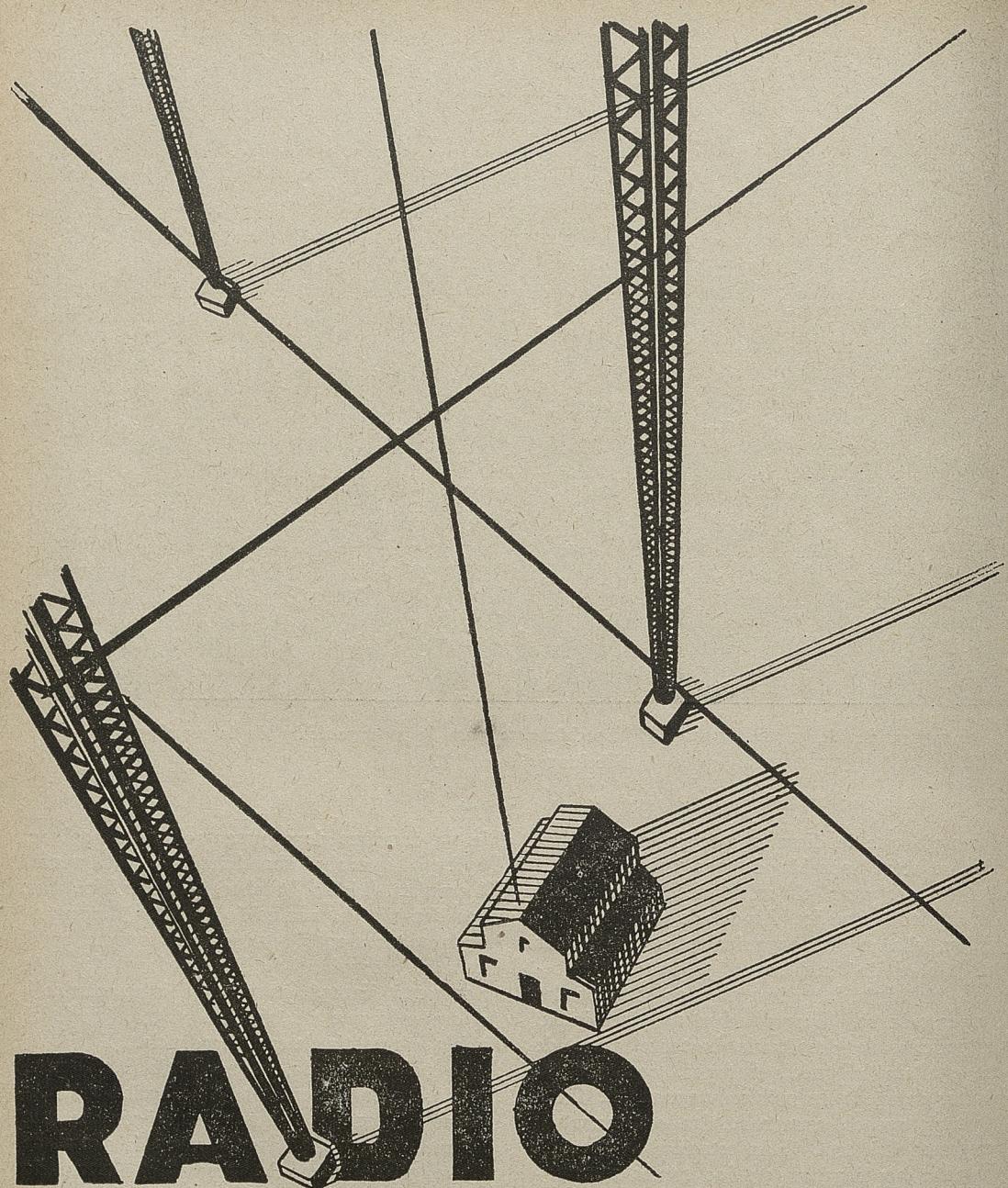
Luego estalló la guerra europea, y se suspendieron las representaciones wagnerianas definitivamente. Y siguió la derrota, la "débâcle" del marco, la ruina total de las clases medias en Alemania. Y comenzó a faltar dinero en la Villa de Vahnfried; las obras de Wagner entraron en el dominio público, y no ha-

bía ya derechos de representación que cobrar. Bayreuth quedaba abandonado y en ruinas. El cronista Adolfo Boschot, que lo visitó diez años después del armisticio, vió las decoraciones fantásticas enrolladas y amontonadas en el escenario, corroídas de humedad; el foso de la orquesta, llamado antes el "abismo místico", no era más que un agujero negro. Todo el pueblo se resentía de esta decadencia.

La pobre Cosima, envejeciendo rápidamente, conservaba sus energías y ordenaba sus Memorias al llegar a los noventa años. Durante casi medio siglo había sido como la vestal de una religión y como la emperatriz del mundo artístico. La muerte la alcanzó, al cabo, cuando ya apenas salía de su alcoba, permaneciendo casi todo el día ensimismada en la contemplación del jardín, en cuyo término se alzaba una cruz sobre una piedra, con la inscripción de estas dos palabras: "Ricardo Wagner". Allí, bajo esta lápida de mármol blanco, ha llegado Cosima a reunirse con el hombre a quien tanto amara.

Amadeo de Castro.

ESCUCHE LA

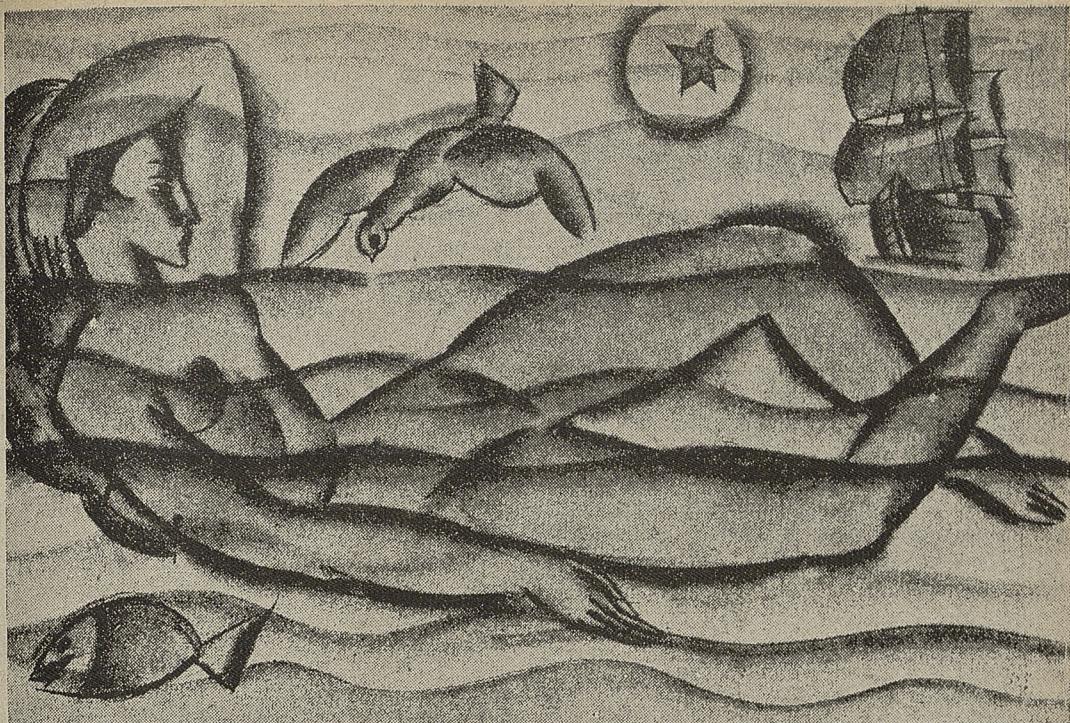


RADIO LETRAS

Onda 382 mts: 785 kilociclos.

Estudio: Ed. La Nación - 9.º piso - Casilla 3455 - Santiago

Antena: San Nicolás 1346 - Tel. 232 Cisterna.



NIÑA DE LAS MAREAS

Eres la dulce niña que habita en las mareas,
que duerme entre las olas, que vigila los barcos
y que en las noches caza las lejanas estrellas
de la misma manera que se cazan los pájaros.

Eres la niña que tanto busco junto a la costa
a la hora serena del crepúsculo lento.
No he visto otras doncellas que te hagan compañía.
Sólo los grandes peces suelen velar tu sueño.

Cada vez que yo pienso en tu cuerpo que escapa
a la presión robusta de mi cálido abrazo
he de verte tendida entre olas y mareas,
como si fuieras huésped de un silencioso acuario.

Junto a tí vagan peces en sereno desfile
y entre tus brazos mismos buscan calor los pájaros.
Las anclas al tocar tu cuerpo transparente
se hacen tibias y blandas como de miel o barro.

Yo soy el capitán que te busca afanoso.
Pero cuando mi barco se aproxima a tu sueño
tú dejas tu hospedaje (pájaros, peces, todo)
y partes a vagar por los mares inmensos.

Mortimer Gray.

EN BUSCA DE UN TESORO

Por LUIS DURAND

Ilustraciones de Honorio.

Nuestra cordillera ha sentido muchas veces el paso de audaces buscadores de oro, que pelean fieramente contra el viento, la nieve y las inclemencias del terreno. Mientras unos vencen, otros fracasan, después de estrellarse contra la tragedia...

DE pronto, el hombre sintió la necesidad de hablar, de gritar, de oír el eco de su propia voz; algo que le diera una sensación de vida próxima y desgarrara esa mortaja letal y aterradora que le envolvía. Pero en ese instante, nada se le ocurrió. El silencio le estrechaba, le apretaba junto al farrélón, alto pétreo, en donde el camino no más ancho que el largo de su brazo, se retorcía, como una sierpe que intentara vanamente avanzar sobre una superficie lisa.

Apenas arañaba el silencio, el tranco de su fuerte mula castaña. Abajo en el precipicio, nieblas algodonosas se esponjaban, sobre las rocas filudas, y se iban levantando entre la garganta sañuda, encrucijada de misterios. Una angustia cruel, aguda, extrangulada de soledad le asaltó. Diéronle deseos de huir, de gritar, de deshacer su camino, pero ya no era posible. Y Juan Segovia hubo de seguir oyendo el arañazo leve, de los trancos de su mula, cuyas móviles orejas, eran la antena que le trasmítia, todas las fallas de aquel camino de penitentes.

Recogió la mirada, y apretando las riendas, reconcentróse en un pensamiento amable. ¡Ah, — el dulce empujón de unos ojos amados! — la visión de un rostro, de una sonrisa conocida, le soltó el apretado nudo de su soledad y una esperanza suave, aflojó el silencio a su alrededor.

—Delfina, — dijo al fin en voz alta, y una paz que tenía el fresco sabor de una boca de mujer, le ensanchó el pecho.

—Desde Cardal Negro, cuenta cuatro horas al tranco de la mula, y estarás en Santa Paulina — habíale dicho don Nicolás. — Ahí, podrás descansar. Más de un rancho, quedarás en pie todavía. Ya de allí, hasta la veta, son cinco horas. Tendrás que ponerte en marcha, al primer rayo del sol, para alcanzar a volver con luz. — Luego las indicaciones de la ruta, de los detalles y accidentes del paraje, los habían conversado, noche a

noche, sigilosamente, durante un año casi.

Reconocía ahora, muchos detalles, que el viejo le diera. Y despacito, como si temiera perder el equilibrio de él y su cabalgadura, en el borde del abismo, se tanteó el reloj. Por la abertura del grueso poncho, lo sacó para mirar la blanca esfera. Una extraña desazón le apretó ahora el estómago, como si fuera en el aire, malamente sujeto de un andarivel. ¡Era posible? Hacía apenas dos horas que había dejado la garganta de Cardal Negro. ¡Es que había olvidado darle cuerda a su reloj? Se lo acercó al oído, y percibió el tic-tic, tan claramente como nunca lo había sentido. Era un golpecito musical que le acarició el oído, y arrancó su pensamiento de aquella prisión inmensa, donde todo era silencio. Después absorto, contempló la esfera... Uno, dos, tres, y pronunció en voz alta las doce horas que marcaban las cifras, como si con ello pudiera acercar a él, la sensación vital de otra existencia, hermana a la suya, que iba ahora, como en las leyendas antiguas, a robarle a la montaña, uno de sus tesoros, uno de sus secretos.

¡Ah, la vida, hasta para el amor ponía condiciones! Y aquel viejo y obstinado minero, cuya existencia se deslizó tejiendo fantosas historias de tesoros más ricos que los de Golconda, sin encontrarlos jamás, lo había embarcado en esa extraña aventura. Empero, también era cierto que el viejo, había logrado arreglar sus quebrantadas finanzas, después de dos misteriosos viajes, realizados nadie sabía adonde.

—Ya sé que eres un hombre pobre, pero esa no es razón, para negarte a mi chiquilla, — habíale dicho el viejo Nicolás Peña, cuando él le impuso de su amor hacia Delfina. — Pero déjame conocerte un poco más. Y si eres hombre, lo que yo llamo un hombre, te daré además un secreto que haga tu felicidad completa.

¡Terrible secreto! Ahora, en posesión de él,



Poco a poco, lentamente, el camino se iba tornando más amable.

experimentaba la enorme trascendencia que tendría en su destino aquel apretón de manos que selló su juramento. Debía afrontar valerosamente aquel compromiso, que le haría dueño de un tesoro y de una mujer que también valía para él, más que todas las riquezas de la tierra.

Debía estar próximo el medio día. Las nie-

blas espesas poco a poco, se fueron disipando, y de súbito la mole de los cerros cercanos se destacó nítidamente, envuelta en su níveo capuz. Ni un pájaro, ni un rumor turbaba aquella tremenda soledad. Los cascos de su cabalgadura se afirmaban sobre un suelo de piedras, donde a veces resbalaba, haciendo al animal amusgar las orejas y recoger cauteloso los

remos traseros. Afortunadamente el camino comenzaba a ensancharse, y entre las largas rasgaduras del pétreo farellón, se asomaban algunas plantas raquíáticas, de hojas ásperas y descoloridas. Y de pronto, como un dardo fantástico y deslumbrador que hubiera disparado un arquero gigantesco, un rayo de sol enceguecedor, penetró por la estrecha garganta. Primero fué un abanico de oro desplegado sobre un alto picacho donde la nieve era tan tersa y maciza, que la azulidad del cielo se derramó sobre él, como sobre un raro y caprichoso jarrón que estuviera puesto al revés. Despues, oro líquido resbaló sobre los murallones blancos e inundó de claridad purísima la inmensa oquedad de las montañas, que hasta entonces sólo llenaba el silencio y el misterio.

Poco a poco, lentamente, el camino se ha ido tornando más amable. En algunas partes se advierte ya, la huella de un sér vivo que pasó un día por allí y escribió un nombre sobre una piedra, o cavó un refugio en la escarpa. Juan Segovia siente que su espíritu se ha reconfortado y que aquellos signos de vida, imprimen en él, nuevos bríos, y han puesto un ritmo más confiado en su corazón.

El sol irradia en las cumbres. Flores de una policromía fantástica se despliegan en jardines irreales, fastuosos mirajes, que se níman de ensueño en la distancia. Juan Segovia, agrónomo titulado, nunca conoció estas plantas, que a ratos emergen, doblando sus tallos con gracia aérea. Y de pronto se dá cuenta que su mula, va tranqueando entre los ranchos del que fué villorio de su Santa Paulina. Siente un extraño vuelco dentro del pecho. Por fin, está allí en aquel campamento abandonado y que ahora, será por breve tiempo el suyo. Ni un rumor, ni un pájaro, ni una bestezuela cualquiera que haga huir el silencio que se enseñorea en todo el ámbito. De algunos ranchos, sólo quedan pedazos de muralla de adobes, donde, como un gesto trágico se advierte el hueco de las puertas y ventanas.

Hay dos o tres que se conservan intactos, y desde el fondo de la oquedad de sus paredes, las sombras hacen signos de misterio. Una pequeña casita, al borde de una escarpa, dá la impresión de un hombre ciego que vacila temeroso y como presintiendo el precipicio. Juan Segovia absorto, ensimismado, piensa en toda aquella gente que allí existió, y de súbito vé rellenarse la callejuela dormida; oye lejamente el grito de los apires y el relinchar gozoso de las bestias, cuando llegan al pasto aún oloroso a campiña. Más de una mujer,

entonces, debió cantar sus penas y sus amores, y todos los pobladores debieron reunirse en un grupo compacto y temeroso, cuando la tormenta se desencadenaba entre las altas montañas y como un prisionero, enloquecido y frenético, se retorcía el aquilón entre ellas.

El mozo se ha desmontado de su mula, que estironea entre el muro, algunas raíces retorcidas, quemadas por la nieve. El, en tanto, se dispone a saborear el pan de su primera aventura. Su primer ágape con la soledad, junto a aquellas ruinas, tumbas donde yace dormido el espíritu de otros seres, que vivieron soñando con un derrotero. Con ese derrotero tras el cual marchaba él, ahora ansioso y visionario, sintiendo a ratos un desfallecimiento total y luego una esperanza inmensa. Enorme. Luminosa como esa luna llena, cuyo disco ha venido rodando sobre los cerros, trayendo efluvios de ensueño, hasta sus ojos que ven surgir desde cada picacho, un río claro, dorado, oro puro que llegaba hasta él en ondas acaeciadoras.

Y se duerme soñando en todo aquello que es triunfo en la vida. ¡Oro, riquezas sin cuento! Unos ojo sde mujer... ¡Delfina!



Sol radioso, que pone lámparas enceguecedoras, sobre los níveos murallones. Luces violentas se irisan en extraña policromía. Hay abismos hondos de color violeta. Lagos verde azules donde se mueven peces estrafalarios. La nieve a ratos dá la impresión de formar inmensos túmulos, cuyos cirios, chorreados de rayas encendidas, a ratos se entre cruzan y forman estrellas deslumbradoras, que hieren la vista y hacen bajar los ojos, sobre el cuello de su mula castaña a Juan Segovia, en cuya cabeza la quimera enciende sus fuegos fátuos.

Vuelve con una alegría recóndita. Una gozosa satisfacción de triunfador. Las árguenas de su mula, vienen repletas de oro. Oro puro, limpio y noble metal, que sólo tiene partes insignificantes de materias extrañas. La veta honda, larga, generosa, alegre sendero de Aladino, le dió más de lo que necesitaba, más de lo que podía llevar consigo. Quién sabe si no tanto como la vida le pediría. En todo caso llevaba cogida de un extremo tangible a la felicidad.

La luz tiene ahora en las cumbres, honduras de piélago. Siluetas ingravidas, anchos brochazos de color, se retuercen como figuras extra terrenales, que huyeran a la primera mirada, deshaciéndose tenues, para rehacerse casi inmediatamente en una floración fantástica

de tonos. ¡Ah, la dulce atracción de unos ojos profundos! Llegaría hasta ella y como en las antiguas leyendas, vaciaría a sus pies todo su tesoro. — Es tuyo — dirían sus labios, mientras la canción del amor triunfante, treparía ágil hasta sus corazones. Y Juan Segovia, en el sendero, raya obscura sobre el lomo del cerro, quisiera volar, o de un salto trasponer todos los macizos que ahora proyectan sus pirámides de sombra, sobre la blanca superficie. Pero no es posible. Es necesario caminar. Caminar, caminar. Y su mula sigue inalterable su ruta, mansamente, tenazmente, sin que sus remos se dobleguen en la aspereza del camino.

El ensueño acorta los caminos. Juan Segovia sueña ahora, en bellas y adorables quimeras, y se olvida de su situación, de los peligros que aún le aguardan y de su empresa misma. Pero la realidad le llama a la realidad. El sol se ha obscurecido. Ruidos lejanos, hondos misteriosos, golpean de pronto el vientre de los cerros. Conmociones extrañas rebotan en el cuenco de todas las profundidades, y de pronto sus ojos desorbitados advierte que la ancha garganta, donde momentos antes, hacían cabriolas seductores mirajes, se han convertido en un mar tempestuoso. Olas enormes, se encrespan, se agita y giran en torbellinos enloquecidos de sombras, de luces, de claro oscuros empavorecedores. Oleaje que se hincha, como aerosoles, para reventar de repente distendiéndose en marejadas silenciosas, y se van a estrellar en altos acantilados de plomo, que las rechazan devolviéndolas a su seno, donde luego serpentinas de claridad giran vertiginosamente,



Abrazándose a su mula, Juan Segovia aturdido, enloquecido de espanto.

bordando con encajes de luces, la cubre montruosa de una masa que palpita, como si fuese el vientre gigante de la tierra.

Juan Segovia, sobrecogido de terror, estruja el rendal entre sus manos. Las orejas de su bestia, antena viva, que tratan de inquirir el peligro, en el espacio inexorable, aumentan su espanto. Sobre su cabeza comienza a zumbar el viento. Es un zumbido agudo, como el crujir de dos hilos de acero cuyo roce fuera aumentando hasta adquirir la violencia de un alarido. Viento de las alturas, denso, espeso

como una capa hecha de todas las ciegas potencias de la naturaleza, azota entre sus pliegues la masa de los cerros. Hasta llegar a una tensión máxima. Un trueno formidable viene a romperla y entonces aquel oleaje de nubes revienta en cien cataratas, que anegan el hondor de los abismos. Una luz cárdena que después se torna lívida, naufraga en la espesa cerrazón y todo se hunde en tinieblas profundas.

Un murallón negro, denso, ha cerrado el camino. En él se hunden diez mil flechas azules, rayos mortíferos que descargan el trueno en una zarabanda frenética y aterradora. Juan Segovia no se dá cuenta, cómo su mula, herida de muerte, se ha tumbado en el sendero,

a donde cae abrazada a ella, aturdido, enloquecido de espanto. No sabe si grita, si llora, pidiendo clemencia de todas aquellas fuerzas inmisericordes. Ni una plegaria ha venido a abrir su flor de esperanza, junto a su razón perdida. Ni un recuerdo a entibiarle el alma. Ni siquiera un nombre: ¡Delfina!

Sobre él, las horas despiadadas. Después cuando el vértigo saciado de volcar su furia, decrece, el silencio ha llenado las oquedades inmensas. Nieve, nieve, también silenciosa, le ha cubierto tapando aquel tesoro en fuga, y celosa, ha borrado para siempre el derrotero...

Luis Durand.



NO HAY DUDA ALGUNA QUE LOS MAS
BELLOS POEMAS DEL GRAN ESCRITOR

PABLO NERUDA

son los que se encierran en el maravilloso libro

el hondero entusiasta

que acaba de publicar "Empresa Letras" en su colección
CUADERNOS DE POESIA

Pida El Hondero Entusiasta en las buenas librerías o solicítelo directamente a

EMPRESA LETRAS
CASILLA 3327 -:- HUERFANOS 1041
SANTIAGO

JUAN URZUA MADRID

Por MIGUEL ANGEL RIVAS

Un dirigente obrero cuya personalidad quisieran para sí muchos conductores sociales. Alcanzar, a pesar de la dura lucha por la vida, la serenidad, la predisposición para toda cultura y un corazón sencillo. Hé ahí el éxito.

AS doctrinas democráticas, aunque lentamente, han venido ejerciendo una transformación benéfica en la vida de los pueblos latino-americanos. La cultura era generalmente patrimonio exclusivo de las clases pudientes, y la verdad de estas palabras la vemos claramente en los actuales momentos en que los pueblos buscan y reclaman mejores y más amplios medios de civilización para todos.

En las masas obscuras, dice Hugo, existen grandes valores anónimos. Por eso hoy no nos asombramos al contemplar el desfile de hombres de ciencia, literatura, arte, filosofía, etc., surgidos de entre esa ramazón de brazos desnudos y gestos entrustecidos por aspiraciones insatisfechas.

No queremos, al escribir estas palabras, deificar hombres. Las circunstancias de la vida moderna, hacen que el obrero aprecie más que todo, la realidad exacta. Sin embargo, siempre es necesario hablar de estos hombres del pueblo para que su ejemplo sea a modo de pólen fecundo que vuela sobre las conciencias que el medio ambiente ha mantenido aisladas y que necesitan anchas y claras vías para su mejor desenvolvimiento.

Juan Urzúa era un niño que vivía en la miseria, triste y desesperado, con una prematura inquietud, inquietud siempre precursora a mejores designios en las almas que el dolor golpea para florecerlas. Era un niño triste, muy triste, henchido de un sentimiento transparente de amor a su familia a quien los reveces de la suerte había dejado en angustiosa situación económica.

Tenía nueve años cuando vió frente a sí el paredón oscuro y grueso de la vida real. Había que sostener una familia entera; ganarse el pan desempeñando cualquier trabajo; abandonar la escuela a riesgo de quedarse analfabeto. Por eso llegó a grande sabiendo leer y escribir casi torpemente. Pero las almas templadas en el sacrificio algún día son iluminadas...

Principió a trabajar en una fábrica ganando treinta centavos por doce horas diarias. Despues, a los trece años, fué mozo en el diario "La Tarde" y entonces por las noches asistía a una escuela nocturna. En 1902 entró de mensajero a "El Mercurio" y, poco tiempo después, debido a su buen comportamiento, fué trasladado al "Zig-zag", en la época de su fundación. Aquí Juan Urzúa encontró el verdadero significado de sus luchas, de sus esfuerzos y de sus ambiciones. Mr. William Philips, técnico de la empresa, comprendiendo las capacidades de nuestro joven obrero lo tomó bajo su protección para enseñarle los secretos del arte tipográfico. Urzúa supo aprovechar las benéficas enseñanzas de su maestro, empezando así a transformarse en un obrero eficiente. Ahora principiaba el desquite de los largos años de privaciones y de penuria en que había vivido con su familia. Podría comprar zapatos, porque los primeros que usó se los regalaron y dice él que cuando llegaba a casa se los quitaba para no gastarlos.

Ya tenía tiempo para continuar instruyéndose; aprendía francés y se dedicaba con mayor interés al estudio del inglés, idioma que hoy domina.

La empresa "Zig-Zag", sabiendo que Urzúa sería su futuro técnico en fotograbado, lo envió a los Estados Unidos para que perfeccionara su profesión, concediéndole, como un reconocimiento a sus méritos, los medios de sostener de la familia por mientras durara su ausencia.

Volvió de los Estados Unidos con conocimientos que más tarde lo capacitaron para sustituir a su maestro en el cargo de técnico de la empresa "Zig-Zag". Juan Urzúa había triunfado a los veintidós años. Las normas de su vida estaban perfectamente definidas. Su calidad de obrero levantado de la miseria estaban diciendo ya lo que puede la voluntad alimentada por una noble aspiración.

Hoy es todo un hombre digno, de carácter apacible, lleno de salud, sin vicios e incansa-

ble trabajador en su taller de imprenta y litografía, uno de los más grandes de Santiago.

Nos ha relatado su vida sencillamente, con una voz conmovida cada vez que recordaba a su madre. Le hemos visitado en su hogar. Su hogar es humilde. Está casado con una digna mujer y tienen una chiquitina de ocho años. Posee una buena biblioteca y en sus ratos de descanso lee con preferencia libros de filosofía. Dice que el libro que de joven le dió una norma de conducta fué "La Verdad" de Zola. ¿Por qué?

Cuenta que un obrero del "Zig-Zag" obligaba a él y a otros compañeros a que se robaran todos los días un ejemplar de la revista. Un buen día, el Gerente supo el robo; reunió en su oficina a todos los muchachos y les dió una tremenda repre-
sión. Fué en esos días cuando cayó en sus manos el libro de Zola y que, en un temperamento sensible como el suyo, vino a moldear su futura conducta. Las "Meditaciones de un paseante" de Rousseau, es el libro que más le ha impresionado en la vida.

Pero la parte más interesante de las luchas de este hombre no está precisamente en el triunfo como obrero, sino en esa labor social harto fecunda que ha venido desarrollando por largos años. Es amigo íntimo de la clase trabajadora; sus mejores días los ha dedicado con entusiasmo a trabajar en diferentes sociedades obreras. Ha sido Presidente, Vice-Presidente y Director de la Sociedad de Artesanos; Vice-Presidente y Director de la Sociedad de Comercio; Director de la Unión de Tipógrafos; por cuatro años ha desempeñado el cargo de Secretario de la Asociación Cristiana de Jóvenes. El ingreso a esta insti-

tución dice que fué para él como el paso del liceo a la Universidad. Aquí tuvo por primera vez oportunidades de codearse con personas de mayor cultura que prendieron en él sútiles impresiones de urbanidad.

De niño, lo que más le atraía era el teatro; los guardianes, a quienes les inspiraba simpatías, se encargaban de entrarlo gratis. Los domingos, cuando no tenía nada que hacer, jugaba haciendo edificaciones de adobe o monos de barro que se parecieran a las imágenes sagradas que veía en las procesiones.

Su espléndida salud la debe exclusivamente al deporte. Ha sido gran jugador de foot-ball y basket-ball. Cuando muchacho, fué uno de los mejores corredores de su generación. Y es fama que ha viajado, por sport, a pie por casi todo Chile.

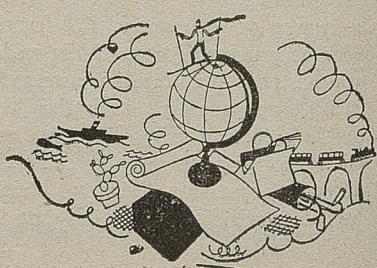
Qué es lo que le impresa-
na más? Las montañas, los cerros, los atardeceres, todo eso invade su alma sensible como la luz invade dulcemente los horizontes amane-
cidos.

Esta es la sem-
blanza, que a grandes rasgos he-
mos querido per-
filar en estas pá-

ginas, de un obrero surgido de entre esa rama-
zón de brazos desnudos y gestos entrise-
cidos por aspiraciones insatisfec-
tas.



Don Juan Urzúa Madrid





LA ÚNICA CARTA DE AMOR DEL VIEJO HIDALGO DON GIL

Cuento por MANUEL SALMERON PELLON

(Ilustración del autor).

DON Gil es hidalgo, y dicen las lenguas que también es loco. Tantos hidalgos fueron locos, que locura e hidalgía andan en noviadas, al decir del pueblo.

Es seco y alto, viejo y rígido; tiene manos sarmentosas, pero pulcras; ojillos inmóviles de tanta exaltación, refugiados bajo las cejas abundosas y anilladas; habla parcamente; pisa con aplomo; usa gafas de oro, jubón de raido terciopelo en invierno, de suave lino en verano; calzas de lana siempre, sombrero de arremangadas alas y melena, que más que melena parece pelambre de tahur.

Ha escrito memoriales al Rey, nuestro señor, don Felipe. Se sabe de él que compuso

romances y trovas, y en alguna ocasión epigramas, que dejaron malparados devaneos del villorrio. Estudió en Alcalá y es enamorado del gran Lope.

Vive solo en el caserón destartalado de sus viejos. Come de lo que una mofletuda guisandera le manda cotidianamente desde su hostería. A fuer de cumplidor, anda siempre entre calculamientos económicos para que las obligaciones no traspasen los medios de cumplirlas. Tiene un feudo humilde y un concepto sublimado y magnífico en demasía del honor. En la aldea, donde el hidalgo espera el fin, es el recio leño que sustenta las viejas tradiciones de caballerosidad. No se dice de él que amara nunca a mujer alguna, antes al contra-

rio, cuéntase del hidalgo que huye de ellas y que las llama casquívanas...

Cuando en vacaciones tornan al poblado los aprendices a bachilleres de las aulas de Alcalá y Salamanca, gusta de charlar con ellos de humanidades y poetas. Los redondados se solazan con el viejo don Gil; cuéntanle de lo que allí aprendieron, y si hablan de meretrices, el hidalgo se tapa los oídos... Hablan de un Cervantes y don Gil presta rendida atención. El viejo caballero es antes que todo retórico y sentimental.

Más de una vez disputó con los pícaros del amor y las damas. Ellos le provocaban y el hidalgo ponía a buena raya sus decires, hablándoles de un amor sereno y suave, sin mercadería ni liviandad.

En la hostería, rodeado de mozos, habla el hidalgo del gran señor de poetas don Lope. Los mozalbete le oyen callados y don Gil les dice de bellas rimas y atinadas lecciones de amor y celos.

El sol, todo rojo, se va de Castilla para seguir alumbrando otras tierras de España. Don Gil tiene para su solar tierno cumplido. Alum-

bran los velones. El hostelero recoje los jarras. Los mozos se van y uno más rezagado queda de codos sobre la mesa en que don Gil dejó caer sus manos sarmentosas.

—Hablaros quería — dijo con timidez el mozo.

Don Gil miró sereno y patriarcal al mancero.

—Quería deciros algo de amores...

El hidalgo hace retrepado rápidamente; ha hundido la barba en el pecho y ha mirado por encima de las gafas de oro al que dice que ha de decirle de amores.

—¿De amores? ¿Y qué he de contestarte?

—Los que como vuesa merced son poetas, siempre saben...

Al hidalgo complace el habla del enamorado.

Quiere del viejo sentimental una carta de amor para la señora de sus sueños juveniles... El no sabe escribirla; una y otra vez comenzó la epístola y no supo pasar de la primera frase sobre el corazón del que ama.

—Serio paso quieres que yo dé por tí... Cartas de amor nunca salieron de mi pluma...

—Los poetas saben... —replicó el mozo.

En el cuarto donde el viejo hidalgo escribe, está la cama que nunca supo de parejas. Alumbra un velón de Lucena de amplio soporte.

Señora de mis sueños.

La mano del hidalgo está inquieta como nunca estuvo. La mirada se clavó en lo escrito. El pensar del viejo caballero se transfigura. *Señora de mis sueños... señora de mis sueños...*

Cae la frente ardorosa sobre la diestra que afianza la pluma, y el pico de ésta se enreda en los mechones de cabello y por cadena de contacto la pluma roba al corazón su más bello secreto.

Señora de mis sueños. *Vuestra hermosura* sabrá disculparme, *vuestro pecho* recibírmel*y* *vuestra felicidad* guarecerme; que *¡peregrino desolado soy por tierra de contentos.* Esto lo ha escrito el hidalgo con gustoamien y templanza.

Sabed señora de mi pecho, que todos los mortales somos enamorados de la dicha y que a gran locura equivaldría saber en dónde está y no buscalla.

Tiempos lejanos fueron y otros vinieron y siempre el hombre mantuose prendado de la felicidad, porque ser feliz fué antaño y lo es hogao el único y verdadero apetecer.

Dicen algunos, que ellos no aman. Grandes

GINGER ALE
C.C.U.

CA(ERVECERIAS UNIDAS

fulleros son quienes tal pregonan. Amar, amamos todos, mi señora mía, aun cuando pocos sepan limpiar al amor de lo que sin serlo trae la más veces pegado.

Unos viven sospirando al sol que es todo fuego; otros sospirando a la luna..., los que así somos, más bien se nos debe escuchamiento.

También dicen otros mentidores que a las damas quieren por la dama y no por otra cosa. Yo, creo bien decir que a la dama quiero porque ella es paz, amparo, cobijo... Los que así no lo dicen, merecimiento hacen a no oídas, aunque, señora mía, no saben ellos lo que dicen, o, mejor, no saben pregonar lo que quisieran.

Mi señora mía, vuestro amador os habla descubriendo el pecho, porque a gran mal espíritu tiene mentir en cosas de corazón.

La pluma del hidalgo halla complacencia en acentuar los rasgos de las letras.

Largo tiempo anduve sin saber que dentro llevaba un encantamiento como es el vuestro; así solemos ser todos los hombres; engañamos al mundo y nos engañamos mesmamente a nosotros, porque no pensemos que vivir sin amor es gran bellaquería y que pecho sin apetito por quien sospitar es la más torpeza.

No déis oídas, mi señora, a los que pregonan que van sin amor por el mundo. Tal valdría una espada sin pomo, o como, viejas letras dicen, una galera sin timón... que timón y no otra cosa son para el hombre sus amores. Unos, lo enderezan a playas de donosuras y gustamientos bajos. Otros, a costas de fortuna... y los menos, señora, guiados por la estrella del buen caballero nos encaminamos a puertos serenos de refugio, en los que la dama es sacramento de paz.

Descansa el hidalgo. Desabrocha el ráido jubón de terciopelo y lee muchas veces las últimas líneas escritas. ¡Sacramento de paz!

Ah, señora de mis sueños, vuestro amador os hace entrega de su alma de poeta.

El hidalgo escribe largamente y con calentura y sofocamiento en la cabeza.

Señora, yo soy prendado de vuestra hermosura, y si antes no os dijera de mis amores, bien callados estaban en mí...

Señora de mis sueños, hambre tengo de paz, recibirte en vuestro corazón que dello os vendrá un amador sin mesura. Hacer de este batallar un lecho de sosiego y vuestra mano, curadora de malferidos y echadora de halagos, será el lugar donde mis labios besarán sin desmayamiento ni hartura.

El hidalgo ha suspirado. Tiene en los ojos lumbre, en las manos, temblores; le palpita muy dentro el corazón y relece lo escrito... Entonces, como un sueño, recuerda las palabras del mozo dichas en la hostería y tiene un gesto extraño. Pliega la carta, se limpia el sudor y la guarda en su rancia cartera.

Cada día que pasa aseguran que la locura del hidalgo aumenta. Un papel, dicen, que por entero le volcó el juicio.

La luna es roja y redonda. Canta un gallo. Las viejas aseguran que cuando en esta hora cantan los gallos, muerte o mala facienda acude.

En el lecho que nunca supo de parejas, el viejo caballero don Gil agoniza. Tiene el mirar descarriado, la cabeza enterrada en la almohada de vellones. El cura lee un roído breviario encomendando el alma del hidalgo. Chisporrotea el velón y don Gil saca el brazo sarmentoso y desnudo, lo estira, reclama su cartera de rancio y ennegrecido cuero, rebusca en ella, halla el endemoniado papel, que al decir del buen pueblo le robó el seso, ríe dulcemente, lee: Señora de mis sueños... y para siempre ha cerrado los ojos.

Manuel Salmerón Pellón.



FACILITA DINERO AL $1\frac{1}{2}\%$
MENSUAL SOBRE ROPA, OBJETOS
VARIOS 2% SOBRE ALHAJAS

La Sección Depósitos de AHORRO abona el más
ALTO INTERES QUE PERMITE LA LEY

Matriz: SAN PABLO 1130 esq. Capuchinas

Sucursal Santiago: Serrano 699 esq. 10 de Julio

Sucursales: Valparaíso, Antofagasta y Talca.

ORTEGA Y GOETHE

Por ABEL VALDES

Todo el mundo reconoce que Ortega y Gasset, el maestro español, debe su formación intelectual a Goethe, el maestro alemán. ¿Por qué entonces Ortega, a última hora, empieza a encontrar fallas a Goethe, uno de los hombres más completos del siglo pasado, si no el más?

CON motivo de la celebración del centenario de Goethe, Ortega y Gasset ha publicado en la "Revista de Occidente" que dirige, un ensayo sobre el maestro de Weimar. Es una carta larga dirigida al director de "Die Neue Rundschau", para el inevitable número de homenaje a Goethe.

Entre toda la literatura que el aniversario de Goethe motivó en todas las revistas y publicaciones del mundo, la palabra de Ortega y Gasset debía tener un interés especial. El maestro español — alguna vez lo ha confesado — debe su formación intelectual, lo mejor de su pensamiento, a la cultura germánica. En la cultura germánica la figura de Goethe llena con su irradiación insuperada una época muy larga y su influencia se extiende siempre, y puede decirse que no morirá mientras exista el culto a la belleza. Por lo tanto, lo que Ortega pensara de Goethe tenía necesariamente que ser en la vacía literatura "centenaria" un aporte de originalidad y de profundidad. Sin embargo, a juzgar por el ensayo, divulgado profusamente en Chile por medio de una edición especial, parece que a cien años de distancia, Ortega intencionadamente se hubiera alejado de Goethe por un espacio de tiempo superior a un siglo.

Al iniciar sus palabras afirma Ortega que no está para "centenarios"; no cree tampoco que en esta hora apresurada y angustiosa en que el presente, minuto a minuto, es una incógnita indescifrable, haya nadie que se encuentre con ánimo para mirar y rememorar el pasado. Esa, acaso puede ser la disculpa que justificaría la incomprendión de Ortega hacia Goethe.

"Pidiendo un Goethe desde dentro" ha titulado Ortega su larga epístola, pero en sus páginas ha pedido un Goethe inexistente, un Goethe como Ortega hubiera querido que fuera, un Goethe, preciso es confesarlo, como éste no fué.

Según Ortega la vida y la existencia entera

de Goethe, muestran una falla fundamental. El poeta que no sabía si era poeta, el pintor que no sabía que era pintor, el artista solicitado por inquietudes contrarias, el hombre de ciencias que no realizó su obra, el político que ejerció su política en un ambiente diminuto, el estadista que consagró su existencia a un estado de opereta, Goethe, en una palabra, que se dejó llevar por el vivir fácil de Weimar durante la vida toda no se encontró jamás a sí mismo, no se decidió nunca a ser lo que era, pintor, poeta, escritor, músico, político o estadista, no realizó, dicho en una frase, jamás su destino. Con este motivo Ortega es bien claro. "La vida —dice— es todo lo contrario; es tener que decidir en cada instante lo que ha de hacerse en el próximo y, para ello, tener que descubrir el plan mismo, el proyecto mismo de su ser". Según el maestro español, Goethe es un espíritu oscilante, y extremando la argumentación, poco definido. Por esta razón supone un Goethe imaginario, sin residencia en Weimar, y obligado a adoptar una actitud definitiva ante cada minuto pasajero.

Creemos que no es posible juzgar al escritor germano desde un punto de vista semejante. En primer lugar, no podemos apartar el pensamiento del hecho, Goethe, es decir de su existencia, de su vida como fué vivida, de su obra como fué escrita. En ella el escritor ha de buscar los fundamentos del juicio, e idear lo que no fué, puede ser un ejercicio imaginativo hermoso, pero inútil, para comprender a un espíritu tan alto que el centenario de su muerte aún conmueve al mundo.

No puede negarse que una explicación del carácter de Goethe es una empresa de insuperables dificultades, hasta ahora no realizada plenamente. Este mismo hecho demuestra la calidad de alma de quien con todo lo que se ha escrito sobre él, continúa siendo, hasta cierto punto y en no pocos aspectos, una incógnita, una de las incógnitas más interesantes de la literatura del mundo.

Se ha insistido hasta la saciedad en detallar

la vida de Goethe en todos sus vericuetos, siguiéndola hasta las intimidades mayores; se han comentado sus obras línea por línea; su correspondencia no guarda secretos y por último los propios recuerdos de Goethe en 'Poesía y Verdad' y las conversaciones con Eckermann, han hecho de Goethe una figura que los aficionados a los estudios literarios creen conocer. Sin embargo, las palabras de Ortega y la personalidad misma de Goethe, muestran que la verdad respecto de su espíritu aún no se ha dicho.

Ortega califica a Goethe como un espíritu vacilante. Para el pensador español, Weimar y su vida fácil de corte pequeña, sin grandes preocupaciones en un ambiente cortesano opriamente y menguado, produjeron un Goethe que lleva el sello de algo postizo, hechizo, artificial. No se encontró jamás a sí mismo dice el pensador español, y lo que pudo ser, lo que debió ser, no lo fué. Para Ortega, el escritor germano viene a ser algo así como una magnífica promesa irrealizada, perdida en una obra inmensa, disparesa, y motivada por todas las solicitudes del mundo, de la vanidad, de la propia convicción de la grandeza. Ya hemos afirmado que todo esto es sólo verdad a medias. Hay aspectos de la



Goethe, el maestro alemán, y Ortega, el discípulo español.

personalidad de Goethe poco estudiados que bien merecen aclararse.

En todos los estudios que se hacen del "caso" Goethe, generalmente se pasa por alto la manifiesta contradicción que existe en el desarrollo mismo de la vida del escritor. Se ha escrito mucho y se ha hablado hasta la majaidería de la sensibilidad de Goethe. El profundo poeta que llevó a su poesía todas las inquietudes personales, las de su época y las de siempre, debía tener una exquisita sensibilidad. Sin

COMPRE CAFE LEGITIMO

DESCONFIE DE LOS CAFES MOLIDOS

El rendimiento en la taza de los substitutos o mezclas con substitutos es varias veces menor que el café legitimo fresco y recién molido, trocándose así la supuesta economía en un mayor desembolso.

Las cualidades estimulantes, propias solamente del café y la satisfacción que se experimenta al tomar esta exquisita bebida, no se encuentra en ningún substituto o mezcla.



Lleve su café en grano, o hágalo moler a su vista.

Los Contratistas y Depósitos "TRES MONTES" venden café en grano absolutamente puro.

N. O.—230.

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.**

embargo, la vida nos lo muestra como un individuo, al parecer, temeroso de su propia sensibilidad. Hay pocos rasgos de humanidad en la vida de Goethe. Si se estudia bien su vida y sus obras, puede pensarse que Goethe se transformó en un "dios" antes de tiempo, y que continuó viviendo pero ya en tono divino, extrahumano. Hay algunas anécdotas que valen todas las explicaciones. Durante toda su vida de Weimar a pesar de la insistencia del archiduque Carlos Augusto, su amigo y protector, jamás accedió a visitar un asilo de enfermos que en la ciudad había. El espectáculo del dolor humano no lo toleraba; podía alterar su divina indiferencia olímpica para lo humano, para la miseria humana.

Hay más. En el sentimiento mismo del amor, donde Goethe reveló una cuerda tan varia, tan profunda, tan grandiosa en sus escritos, ¿qué fueron para él las diversas mujeres de su vida sino motivos de inquietudes o satisfacciones personales? Ante todas ellas, no aparece en Goethe una entrega un poco más humana que los gritos de pasión, o los arranques líricos. Cuando moría Cristiana Vulpius, esa rústica mujer buena, que lo acompañó tantos años de su vida, ¿no arrancó de Weimar, no se apartó para no presenciar la agonía?— Otro día cualquiera, trabajaba en su casa dictándose al consejero Müller. Pasó por la calle un cortejo. Müller creyó su deber advertirle. "Señor, llevan a enterrar a la baronesa von Stein".— "Ah, sí, — contestó Goethe — ha muerto" . . . y siguió dictando imperturbable! Carlota Von Stein había sido en la vida de Goethe, acaso, la pasión más larga, en todo caso, la mujer cuyo espíritu había estado más cerca del suyo. Que haya sido o no la amante de Goethe en determinada época de la vida, es materia de discusión entre los biógrafos y en todo caso es una circunstancia de relativo valor. El hecho es que ninguna mujer, fué para Goethe lo que ella; ninguna estuvo a su lado con tan constante amor, con tan noble y profundo cariño. En él a su muerte no hubo un grito humano, no hubo nada que perturbara su divina indiferencia.

Alguien ha escrito que la mejor lección de Goethe es su sentido de orden, de disciplina

en todos los instantes de su vida y en todas sus obras. Pudo escribir en cierta ocasión ante un tumulto que lo molestaba puertas afuera de su mansión que prefería una injusticia a un desorden. Sin embargo, sus años de Leipzig, su temporada de Francfort, y aún establecido ya en Weimar y adaptado al ritmo de orden, comodón y burgués del pequeño principado, su larga huída a Italia ¿no están demostrando que siempre tuvo un principio de desorden, de inquietud, de rompimiento de toda ligazón y de toda traba, en el fondo de su alma?

Los amores apasionados de su edad senil, de su vejez grandiosa, ¿qué significan sino una alteración de su norma de orden, de indiferencia, de elevación ante cualquier fenómeno humano?

Vió morir a su hijo Augusto y parece que este dolor lo conmovió un poco; su amigo Schiller se fué del mundo y algunas cartas muestran en Goethe un dolor grande. Viejo ya, Bettina Brentano von Arnim, pudo traerle el recuerdo de las horas juveniles pasadas junto a Lili Schoenemann. Sin embargo, sus emociones, sus sentimientos, sus inquietudes quedaron en estas ocasiones muy adentro en el fondo del pecho.

Estas contradicciones aparentes y hasta ahora no explicadas nos han llevado a pensar en el misterio profundo que encierra la personalidad del "dios" de Weimar. Ortega y Gasset al situarlo como un espíritu indeciso y vacilante no aclara el misterio, y un lector estudioso de la obra de Goethe, un seguidor entusiasmado de su vida, en el centenario de su muerte, quizás lo único de menos que note sea más luz en torno a su figura, un poco de esa luz que, según la leyenda, el pedía en los momentos posteriores de su agonía tranquila.

LOS DISCOS



QUE TOCA LA RADIO LETRAS
LOS ENCONTRARA UD. EN LA
CASA FAUST
Delicias 733 — Santiago

EL CONVIDADO

Epílogo dramático por STANISLAS PRZYBYSZEWSKY

Ilustraciones de Laura Rodig.

A veces seres fantásticos o inexistentes, reales o verdaderos, sitúan su presencia junto a nosotros, con alevosía, con fiereza, sin que nada pueda nuestro espíritu para alejarlos.

PERSONAJES:

Adán.
Bela, su mujer.
Paula, su hermana.
El convidado.
El desconocido.
Primer anciano.
Segundo anciano.
Maestro de bailes.
Los invitados.

(En el Palacio se toca la marcha fúnebre de Saint-Saens.

Gran jardín. Clara noche de luna. Muy al fondo, el Palacio alumbrado. En el jardín se ve pasear gente bulliciosa y alegre. Entran al Palacio; otras parejas salen de él. En el escenario aparecen dos ancianos, que se sientan en un banco en el primer plano del jardín).

ESCENA I

(Dos ancianos).

Primer anciano.—¡Cuánto cambian las cosas en la vida! Oh! Recuerdos los tiempos antiguos, en vida del viejo conde. ¡Dios mío! Qué tiempos aquellos! Qué maravillosas fiestas!... Pero apenas los recién llegados compraron el Palacio, todo cambió!... Algo me atrae terriblemente a este lugar; tal vez no sea más que una vieja costumbre; pero yo no me siento a gusto aquí.

Segundo anciano.—¿De dónde habrán venido?

1.er anciano.—¡Sólo Dios lo sabe! Los herederos del conde anunciaron que el Palacio estaba en venta; ellos lo compraron. Pero quiénes son, de dónde vienen, eso no lo sé.

2.º anciano.—Este palacio encierra un gran misterio...

1.er anciano. (Pensativo).—Oh! Qué magníficamente se divertía antaño la gente aquí! Aún recuerdo los tiempos, hace treinta años, en que bailábamos hasta la madrugada... Sí, sí... Era otra casa... otra!

2.º anciano.—Porque reinaba aquí la buena conciencia, la felicidad, la tranquilidad.

1.er anciano.—¿Qué crees tú? ¿Qué pasará allí, adentro?

2.º anciano.—Allí reina un misterio extraño, terrible... No me dejó engañar por la brillante luz, las eternas fiestas y esta alegría fingida...

1.er anciano.—Pero ¿qué misterio podrá ser? Tal vez un crimen misterioso? ¿Qué crees?

2.º anciano.—¡Quién sabe!... Un crimen... todo es crimen... El hombre ha nacido para cometer crímenes...

1.er anciano.—Sí, sí... Tienes razón. Todo puede convertirse en crimen.

2.º anciano.—Aún la vida misma!... Cuando se vive a costa ajena...

1.er anciano. (Pensativo).—Te casas, por ejemplo, con una mujer, sin saber si ella te ama...

2.º anciano.—Viene un niño al mundo, y tú no eres capaz de educarlo...

1.er anciano.—Matas a un repugnante verdugo, con cuyo dinero podrías hacer feliz a mucha gente...

2.º anciano.—Violas una ley, que a lo mejor es ella misma un crimen...

1.er anciano.—Sí, sí... Todo esto puede ser crimen...

(Pausa).

2.º anciano.—Pero no culpemos a los hombres. Para eso nacieron, para cometer crímenes. Y todo puede ser crimen... ¡Oh! Los hombres son tan desamparados, tan miserables!

1.er anciano.—Y ellos... estos recién llegados parecen tan alegres y contentos... Y

sin embargo se asoma a sus ojos un espejismo extraño...

2.^o anciano.—No es raro! Su casa está llena de convidados raros, nunca vistos. ¿Te has fijado? Sobre todo uno, que sigue paso a paso a Adán: dondequiera que vaya Adán, no se separa de él, como una sombra, de la que no hay manera de librarse.

1.er anciano.—Una tristeza extraña se ha apoderado de mi alma. Tengo el presentimiento que una terrible desgracia está suspendida sobre esta casa.

(Pausa).

2.^o anciano.—Pero no hay que culpar, sin embargo, a los hombres. A menudo son tan desgraciados, y quizás no pesa ningún crimen sobre sus conciencias. La naturaleza es a menudo malvada. Castiga los pecados que ella misma arraigó en el corazón del hombre.

1.er anciano.—Sí... Sí... Es admirable, cómo un sólo instante de placer y felicidad, toma venganza del hombre.

2.^o anciano.—Sigue a veces, que el hombre ni siquiera conoce el delito, que ha cometido... Pero, de repente, se abre en su corazón una ligera herida. Y esta herida crece, crece, hasta convertirse en una gran llaga, y de repente se da uno cuenta del delito que ha cometido. Pero, ya es tarde! Ya el cerebro está envuelto en un gran velo de locura... Es admirable cómo en medio del más profundo sentimiento de felicidad, brota inesperadamente un relámpago de viejos recuerdos... Algo así como un ligero auto-reproche... Se encadenan luego con éste otros, más fuertes, más graves. Así comienza. Uno busca, escarba en su propia conciencia... Entonces, las cosas más insignificantes, el daño más insignificante que uno le haya hecho a un hombre, se convierte en algo enorme... Ya no hay remedio... Tu casa se llena de extraños convidados!

1.er anciano.—Sí... Sí... Esta es la secreta, la subterránea justicia del mundo interior...

2.^o anciano.—Esto no lo han creado ni inventado los hombres; porque éstos sólo conocen el castigo. Pero la justicia, la dicta solamente el corazón.

1.er anciano.—El corazón... Sí... Sí... ¡El corazón! El malvado corazón reparte castigos por sus propios errores y extraños...

2.^o anciano. (Ríe, como para sí mismo). — Sí... Sí... Así es y así será...

(Desde el palacio llega el sonido de la música hasta el jardín. Las parejas, que

hasta ahora se paseaban por el jardín, se reunen en grupos. Todos se dirigen rápidamente por la terraza hacia las piezas interiores).

El director de bailes. (De pie en la terraza, golpea las manos).—¡Señoras y señores! Va a comenzar el baile!

1.er anciano.—Entremos también. Vamos a mirar el baile y recordar los buenos tiempos, cuando aquí reinaba la felicidad y la alegría...

2.^o anciano.—Y cuando la conciencia pura aún no había abandonado esta casa.

ESCENA II

(En la terraza aparece Adán, saliendo del Palacio. Está sumido en sus reflexiones. Permanece un instante parado, meneando la cabeza).

Adán.—Un terrible convidado se ha introducido en mi casa...

Paula. (Aparece en la terraza iluminada, se acerca a él y lo toma de la mano).—Adán! Adán! Mi pobre hermano! Debo abandonar esta casa...

Adán. (Muy asustado).—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Quieres abandonar mi casa?

Paula.—Aquí no hay paz para mí! Tu convidado me echa! No hay lugar para mí.

Adán.—¡Dios mío! ¿Qué dices? ¿Aquí no hay paz ni lugar para tí?... Entonces te construiré nuevos palacios. De mármol, de cristal... Si tú loquieres, de mármol rojo con manchas, o de granito verde... Con tal de que te quedes a mi lado...

Paula.—¡Oh! Aunque edificaras ciudades enteras, tan extensas como la tierra toda, no habría lugar para mí. Ese convidado me expulsará siempre... Ahora yo no puedo ocultártelo... Tu casa es la casa de la desgracia y de la angustia... La casa de la conciencia impura...

Adán.—¡Paula! ¿Qué estás diciendo?

Paula.—Nó!... Nó!... No dije nada. Pero en tu casa algo espantoso ha sucedido. No quiero averiguarlo. No quiero interrogar tu alma... ¡Dios mío! ¿No has podido encontrar otra casa? ¿Qué te ha empujado hacia este lugar?

Adán.—El amor.

Paula.—¿El amor que pasó por el crimen?

Adán.—¿Qué? ¿Qué dices?

Paula. (Con suave sonrisa).—¡Dios mío! Ya lo sabía. El corazón me lo decía! Maldigo la casa, que hirió de muerte tu alma.

(Largo silencio).

Paula.—Sí... Sí... No puedo ayudarte más!

Adán! ¿Recuerdas nuestra gran felicidad, antes de que hayas pisado esta casa maldita? Recuerdas? Allá sobre las rocas, a la orilla del océano! El mar estaba tan tereso y suave como la mano de la mujer amada. Una música extraordinaria, sobrenatural, crepuscular llenaba el universo... Y el océano desapareció de nuestra vista y el universo...

Adán. (Interrumpe).—¡Qué dicha inefable inundaba entonces mi alma!

Paula.—Aún lo recuerdas... Todavía el año pasado, antes de haber pisado el umbral de esta casa maldita... ¿recuerdas las noches blancas en el Mar del Norte? El sol, que acababa de ponerse, se ocultó por un momento detrás del mar... En un instante más debía volver a salir... Cubriendo todo el cielo con la majestad de oro y púrpura, aparecieron largos y dorados rayos—primeros precursores de la nueva luz. ¿Recuerdas con qué alegría gozaste de estos extraños milagros?

Adán.—¡Qué bien recuerdo todo esto! Desgraciadamente pienso demasiado en esto... Quizás, si lo hubiere olvidado todo...

Paula.—¿Entonces?... ¿Entonces, qué?...

Adán.—Quizás me libraría de mi terrible convivido...

(Pausa).

Paula.—¿Dónde te encuentras con él?

Adán.—¿Dónde? ¿Dónde?

Ah!... Así, en el camino de la vida, mi querida hermana. De repente, durante un desliz casual; cuando ciegamente me arrojé a este abismo... a esta desgracia... Ah!... Ah!... Y, precisamente, parecía ser la dicha... Todo hombre que se resbala así sobre el hielo liso de la vida, recibe estas extrañas visitas en su casa...

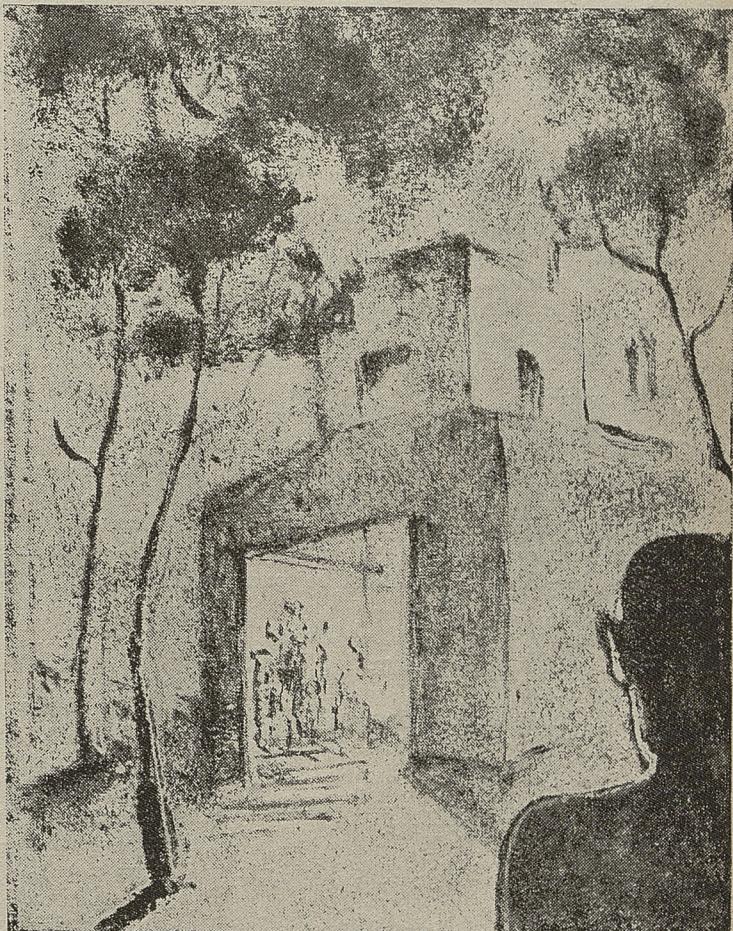
Paula.—¡Adán! ¿Qué crimen has cometido?

Adán. (La mira, sonriendo suavemente. Evita su

pregunta).—¿Dónde me encontré con él? Oh! Mira, primero, me encontré con él en una gran ciudad. Andaba paseando... Era de noche... El camino me llevaba a través de un parque obscuro, tenebroso... De repente, como si hubiese brotado del suelo, aparece ante mí un hombre y fija en mí su mirada; pero una mirada que me sobrecogió, me desarticuló y un calofrío sacudió todo mi cuerpo. Me estremecí, el espanto se apoderó de mí; pero nuestros ojos se unieron y no pude separar los míos... Sólo me dijo: Desde ahora en adelante estaremos siempre juntos, unidos por toda la vida...

Paula.—¡Adán! ¿Qué crimen has cometido?

Adán.—¿Hay acaso un hombre que esté exento de crimen, cualquier crimen? Aunque fuera insignificante. Por lo demás, no hay crímenes graves ni leves. El crimen más gra-



A lo lejos el palacio aparece iluminado

Ve puede tener consecuencias insignificantes y entonces deja de ser grave y viceversa... Dime con franqueza: ¿No te ocurre a veces tener miedo y temblar, por si inconscientemente has cometido un delito, del cual nada sabes? ¿No has sentido nunca este temor y esta angustia?

Paula.—Talvez haya cometido alguna vez algo así. Pero no he sentido esa angustia, como para tener que huir de mí misma.

Adán.—¡Qué feliz eres tú!

Paula.—Mira, mi vida es silenciosa y tranquila y siempre se balancea en un perfecto equilibrio.

Adán.—El equilibrio... Sí... Sí... Así era mi vida, cuando estábamos juntos, el año pasado.

Paula.—¡El año pasado!

Adán.—¿Eres feliz con tu marido?

Paula.—Vivo tranquila, tranquila... Y ésta es mi felicidad... (Reflexiona un momento).—¿Y para qué trajiste a ese convidado a tu casa?

Adán.—No pude evitarlo, querida hermana! Pero, dime! ¿Habrá alguna casa adonde no vayan esta clase de convidados?

Paula.—¡Terrible, terrible!... (Un momento después, muestra el palacio desde donde llegan sonidos musicales cada vez más fuertes).—¿Y esto no te embriaga?

Adán.—Nada, nada! Quisiera aturdírmelo por un momento, pero mi terrible convidado no me lo permite. Todo esto, (Señala el palacio con el dedo) todo esto es para ella, para mi mujer: esto puede embriagar, aturdir a todas las mujeres; pero a mí, no... nunca, nunca!...

Paula.—¡Adán! Debo irme. Tu casa es contagiosa. El bacilo de la desgracia podría contagiarme y mi casa correría peligro.

Adán.—Sí... Tienes razón! Vete, vete! Pero contigo desaparece lo último que me quedaba de paz y de bondad... (Con desesperación repentina).—¡Oh! Si se pudiera olvidar!...

Paula. (Con voz apagada).—Olvidar!... Olvidar... (Pausa).—Dime! ¿por qué no dejas esta casa?

Adán.—¿A dónde quieras que vaya? ¿Huir de mí mismo?... ¡Oh! ¡Esto es imposible!

ESCENA III

(Saliendo del Palacio, por la terraza, aparece Bela).

Bela. (Desde la terraza).—¡Adán! ¡Adán!

Adán.—¿Qué quieras? Aquí estoy!

Bela. (Se acerca a él).—Oh! ¡Qué malo eres!

Convidas a la gente a tu casa y en seguida huyes de ellos! Hay que andar buscándote por todos los rincones. (Excitada). ¡Y qué convidados más extraños me traes a la casa!

Adán. (Pensativo).—Sí... Tienes razón! Visitantes extraños se han introducido en nuestro hogar.

Bela.—¿Para qué los convidaste entonces?

Adán. (Con firmeza).—Ambos los convidamos! ¡Ya te olvidaste? Entrambos los hemos convidado a nuestro hogar!

Bela.—¿Qué dices? ¡Ambos? ¡Estás loco?

Adán.—¡Nó!... Pero, no hablamos más de esto... Sólo siento que Paula quiera irse.

Bela.—¡Dios mío! ¿Quiere irse? ¡Adán, no la dejes! ¿Qué será de nosotros? Paula! ¡Ten compasión! ¿No sabes qué vacío dejás detrás de tí?

Paula.—Desgraciadamente lo sé. Pero debo irme. Lo debo. Aquí, en vuestra casa, me siento mal. En mi casa hay tristeza, pero reina el silencio y la paz... la paz...

ESCENA IV

(El convidado aparece de repente).
El convidado. (Amable).—Pero, señores! ¿Cómo pueden dejar así, sola, a toda la gente?... Quieren brindar a tu salud, Adán! ¡Estás enfermo? Y tu amable señora parece tan abatida.

Adán. (Nervioso, a Bela).—Hazme el favor de ir al salón y avisa, que luego estaré allí. Me duele la cabeza y quiero pasearme un poco por el parque.

Paula. (Amable al convidado).—Dejémoslo un momento solo. Acompáñenos...

El convidado. (Muy amable).—¡Oh, nó!... Necesito hablar con él... Voy a tranquilizarlo.

Bela.—Ven, Paula! ¡No oyes? ¡Baile! ¡Baile!... (Entran al Palacio).

ESCENA V

(Adán y el convidado).
Adán. (Mira con odio al convidado).—¿Qué te propones? ¿Piensas seguirme paso a paso? ¿No quieras dejarme tranquilo ni un momento?

El convidado.—Tú lo sabes. Soy un compañero tan fiel como la sombra. ¿Recuerdas aquella noche en el parque oscuro? Entonces te dije que ya no íbamos a separarnos. Quizás no sea muy agradable; pero debo estar siempre, siempre a tu lado! Este es

mi destino! Mira, hermano, yo soy tu sombra!

Adán. (Desesperado). — ¿No me dejarás nunca?

El invitado. — ¡Nunca... nunca!

Adán. (Con firmeza). — Pero, si yo te arrojo de mi corazón... Si encuentro suficiente fuerza y valor para cerrarte el paso... Si encuentro suficiente firmeza para decirte: ¡Fuera!... Si encuentro a alguien, o algo que lleve mi alma, de manera que tú, mi sombra, tengas que alejarte?...

El invitado. — Sí... Sí... Muy bonito lo que dices. Cualquiera otro podría realizarlo. Pero, tú, ¡no!

Adán. — Y si mi cerebro se pusiera tan tenso, que yo fuera capaz de decirme que lo que hice era inevitable, que no me quedaba otro camino...

El invitado. — ¿Hacia la felicidad?

Adán. — Hacia cualquiera parte... hacia el abismo, la desesperación. Peor así no más tenía que pasar!

El invitado. — La inteligencia poco influye en estos casos...

Adán. — Pero, si llegara a lograrlo?

El invitado. — Entonces, proyectaré sobre la muralla mi sombra, y ésta extenderá sus espantosas alas sobre tí. Por todas partes, dondequiera que te muevas, verás esas negras alas de vampiro. ¡No! No alas! Sino garras espantosas, extendidas, terribles garras diabólicas. Oh! Esas garras repugnantes traedoras, astutas... Parecidas a brazos abiertos, listos para saltar como una pantera que acecha a su víctima. Un instante: y el vampiro te tomará del cuello y apretará cada vez más.

Adán. — ¡Hasta qué?

El invitado. — Hasta estrangularte. (Ríe). Entonces serás mío! mío! mío!

Adán. (Asustado). — ¿Y por qué soy tuyo?

El invitado. (Ríe en su cara). — Oh! ¡Cómo quisieras ahogarlo todo en tu corazón! ¿Para qué me preguntas si eres mío? Tú sabes bien por qué.

Adán. — ¡Y si las garras de tu sombra no se separan jamás de la muralla?

El invitado. — Mm... Entonces es aún peor. Por lo demás, sólo he hablado de remordimientos, listos para saltar como una pantera. Ah! Ah!... Quizás veas también en la muralla los brazos del vampiro! Poco a poco van a convertirse en una sangrienta bestia diabólica. Siempre estará ante tu vista. Y a cada instante tendrás la impresión de ver saltar sobre tí a esta bestia sanguinaria. Con las patas delanteras te toma del

En la PLAYA no Hace Calor

VAYA LOS DOMINGOS A
VALPARAISO, VIÑA, PAPUDO,
CARTAGENA, LLOLLEO O
SAN ANTONIO

Los pasajes de Fin de Semana y de Excursionistas están al alcance de todo el mundo.

BOLETOS DE FIN DE SEMANA

(Se venden los Sábados y Domingos y sirven para regresar hasta el Lunes inclusive).

Ida y vuelta

A VALPARAISO	1. ^a expreso . . .	\$ 40.00
	2. ^a expreso o 1. ^a ordinario . . .	32.00
O VIÑA	3. ^a ordinario . . .	15.00

A PAPUDO	{ 1. ^a cualquier tren	\$ 51.00
----------	----------------------------------	----------

A CARTAGENA, LLOLLEO O SAN ANTONIO	{ 1. ^a cualquier tren	\$ 20.40
--	----------------------------------	----------

EXCURSIONISTAS

Ida y vuelta 1.^a 3.^a

A Valparaíso o Viña	\$ 28	\$ 13
A Quillota . . .	24	12
A Papudo . . .	32	15
A Cartagena, Llolleo o San Antonio . . .	15	10

Los boletos de excursionista son válidos sólo en esos trenes.

Pida más datos en las estaciones y en la Oficina de Informaciones, Bandera esquina Agustinas, Teléfono 85675.

cuello, con las traseras se hunde en tus muslos, y con la boca te destroza el pecho, te rompe las costillas y con los dientes te arranca el fresco y tembloroso corazón... Ah! Te arranca el corazón, ese pobre y sangrante corazón...

Adán.—¡Déjame! ¡Por amor de Dios! Déjame! No me martirices más!

El convidado.—Tú sabes: En el Méjico antiguo, solían los Aztecas sacrificar al sol un fresco corazón humano, recién arrancado del pecho...

Adán.—¿Y qué sol es ése, al que mi corazón debe ser sacrificado?

El convidado.—La Justicia!

Adán.—¿Humana?

El convidado.—No hay justicia humana ni divina. Hay sólo un determinado orden; así debe ser y no de otra manera. El corazón del que perturba este orden es condenado a muerte...

Adán.—¿Nada puede ablandarte?

El convidado.—¡Nada! Sí... Lo sé: soy un espantoso convidado... (Cada vez se oye más fuerte la música del palacio).

Adán.—Oh! Esta música! Esta música maldita!

El convidado.—¿Cómo, no te aturde? ¿No te hace olvidar? Intenta! Baila, embriágate, aturde tu cerebro, húndete en el placer, la danza y la música... ¿Por qué lo evitas todo? ¿Por qué te ocultas en el parque, sin que nadie pueda encontrarte?

Adán.—No puedo oír esta música! No puedo ver esta danza! Eso me roe, me roe. Oh! Estas sombras, estas sombras que duermen en la pared! Siempre las he visto, y siempre me han infundido un espanto terrible! Todas las cosas se convierten en bestias feroces para mí que me arrancan el corazón con dientes envenenados...

El convidado.—Já! Já! Já! (Le cuchichea al oído). Díme: ¿sientes las mordeduras? Díme con franqueza.

Adán.—(Guarda silencio).

El convidado.—Já! Já! Como ratoncitos que se abren camino con sus dientecitos, y se introducen cada vez más adentro... O más bien como los topos... El animalito cava en una roca. Parece piedra y sin embargo logra el animalito penetrar de a poco y agujerea la roca. Despacio, despacio, pero cada vez penetra a más profundidad con una obstinación maldita. En seguida, de repente, desaparece el topo y sólo se ve un montoncito de tierra... Y el montoncito crece y crece... cada vez más alto, mientras el topo prosigue su trabajo subterráneo,

hasta que llega a parecerse a una tumba. (Ríe). Entonces deja de crecer.

Adán.—¿Y esto significa?

El convidado.—Que el topo ha terminado su obra.

Adán.—¿Y el montoncito de tierra?

El convidado.—En el cementerio.

Adán.—¿Para criminales?

El convidado.—O para suicidas. Ah! ¿Cómo es posible que no se te haya ocurrido?... Con esto podrías librarte de mí... ¡Y es tan fácil! Le damos demasiada importancia a la muerte... Y se puede realizarlo con belleza, sin gritos, ni palabrería... Escucha: ¿quieres que la gente no hable de tu accidente, como de un suicidio, hazlo así: detrás del parque hay un lago, te embarcas en un bote podrido y sales durante una tempestad... y te ahogas... Un accidente sencillo! Te enterrarán como a un santo... Já! Já!... O vuelves de la caza. Te colocas mal la escopeta en la espalda. De repente, un disparo! Accidente casual... ¿Oquieres otra cosa? Es lo mejor. Te vas a la montaña: de repente se desliza tu pie en un lugar húmedo, o pisas sobre una piedra que se desliza... Dicen que es una muerte agradable: en un minuto revives los momentos más hermosos de tu vida.

Adán.—¿De manera que sólo con mi muerte puedo librarme de tí?

El convidado.—¡Sólo con tu muerte!

Adán.—¿Sólo con mi muerte puedo rescatar mi culpa?

El convidado.—No hay otro remedio!

Adán.—¡Qué cruel eres!

El convidado.—La muerte no es tan cruel, ni tan terrible. La muerte es buena... ¿Por qué no puedo ser tan bueno como la muerte? (En la terraza se siente la risa de los invitados).

Maestro de bailes.—¡Adán! ¡Adán! Brindamos por tu salud! Acérate a nosotros!

Adán.—Ya voy. (Entra al palacio).

El convidado.—¡Recuerda! ¡Es lo único que puede librarte de mí!

ESCENA VI

El desconocido. (Aparece desde otro punto. Mira las ventanas iluminadas del palacio. Luego se vuelve hacia el convidado, le mira fijamente a los ojos. De repente de dice): ¿No es cierto que ésta es la casa donde han sucedido cosas extrañas y misteriosas?

El convidado.—Sí, sí. Tiene razón.

El desconocido. (Pensativo).

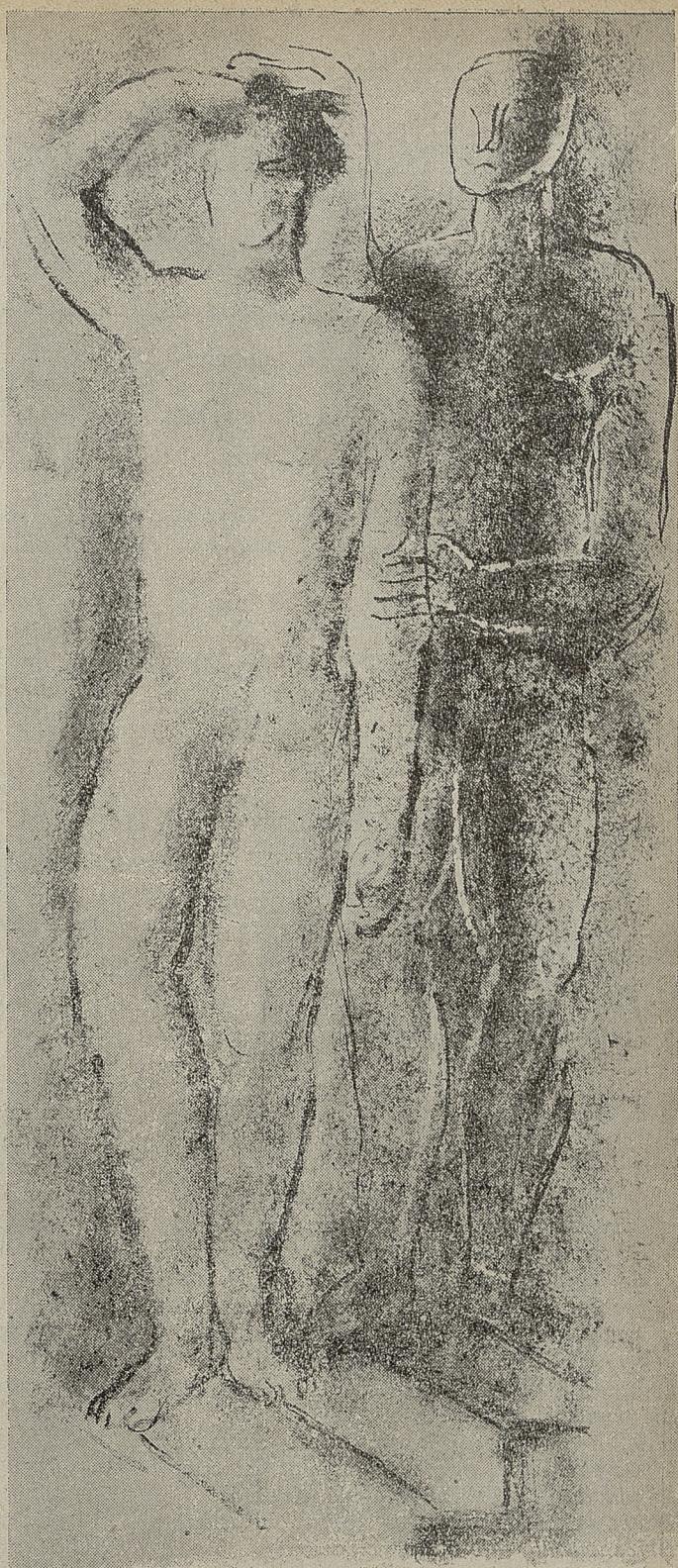
—Baile, música, danza...
M... Esto no embríaga, esto no lo pone sordo a uno ante las voces terribles... Sólo aturde por un momento. Pero el corazón, un instante apaciguado, se venga después del engaño. Porque el corazón humano es cruel y vengativo. No nos deja en paz, ni un momento... (Reflexiona). ¿Qué cree Ud? ¿Puedo entrar? Hay algo que me impulsa a entrar donde hay luz y alegría. No puedo resistirlo.

El convidado.—¿Por qué no? Un invitado más o menos, no tiene importancia. De todas maneras, pronto se llenará esta casa con unas visitas que el dueño de casa nunca ha conocido. Aún ahora ya hay unos invitados extraños en la casa.

El desconocido.—Invitados extraños... (Mira con fijeza al convidado). Oh! Si pudiera entrar!...

El convidado.—El dueño de casa ya lo está esperando. Así es su destino: su casa se ha de llenar cada vez más con visitas extraordinarias.

El desconocido. (Con temor).
—Pero quizás esté equivocado. Quizás sea ésta la casa de la paz y de la felicidad. Un destino extraño me empuja hacia las casas en el preciso momento en que reina en ellas la alegría y la dicha. Pero no puedo soporlar la soledad, como si los demonios me empujaran. Salgo a la calle. Vago, una terrible inquietud me azota duramente... Entonces me agarro a las rejas que rodean los palacios de los ricos, donde hay luz en las ventanas, donde hay música, risa y alegría... Pero, ¿sabe Ud?... Me parece entonces, que estoy en un fango, sin saber qué hacer, ni adónde dirigirme. De repente aparece una lucecita! Al



Voy a acompañarte, será más fácil para tí.

SEÑORES AUTOMOVILISTAS:

Acudan al

GARAGE AURELIO POZO ROCUANT

Situado en: DELICIAS 1659 -:- TELEFONO 65271

Encntrarán atención esmerada y personal competente.
ABIERTO DIA Y NOCHE

fin! La salvación! La lucecita me mostrará el camino... Y sigo andando y me hundo cada vez más en la profundidad del fango; pero no puedo detenerme... (Mira con desconfianza al convidado). ¡No deben arrojarme de aquí! Míreme! Estoy vestido decentemente... El dueño de casa no se avergonzará de mí... Sólo quiero ver el baile. Quiero oír un poco de música. Quiero cegar mis ojos con el mar de luz... Oh! Lo sé perfectamente! No lo graré matar el gusano que me roe, pero quiero olvidarlo todo por un momento. Porque soy como un animal perseguido, por una jauría de hombres malvados... Me tienen cercado por todas partes. La conciencia ha penetrado en mi corazón. Y el pobre corazón ya no se deja engañar, y la mente se ha extraviado de su camino.

El convidado.—Esta vez no te has equivocado. Aquí te sentirás bien. Aquí viven hombres que sufren espantosamente, y que no pueden aturdirse.

El desconocido.—¿Es cierto? Entonces, voy a entrar. Me gustan los hombres que sufren. Ch! Los quiero mucho!... (Entra al palacio).

ESCENA VII

(La escena queda vacía largo rato. Cada vez se siente con más fuerza la música. El convidado dirige miradas duras al palacio, sin hacer ningún movimiento. De repente calla la música y en el mismo momento sale Adán del palacio. Apenas anda. Se encuentra con el convidado).

Adán.—¿Tú lo dejaste entrar?

El convidado.—Entró solo.

Adán.—¿Por qué lo dejaste entrar? Ahora ya no puedo atravesar el umbral de mi casa.

El convidado.—(Calmado).—Nó, sin duda.

Adán. (Con angustia).—¿No hay salvación?

El convidado.—¡No hay salvación!

Adán.—¿Para ella tampoco?

El convidado.—¿Para quién?

Adán.—¿Para mi mujer?

El convidado.—Espérate un poco. Ahí viene.

Adán.—Pero, Dios mío! ¿Dónde está Paula?

La busco, la busco... (Llama). ¡Paula!

¡Paula!

El convidado.—Está escondida en el rincón más oculto de tu palacio. Está silenciosa y tranquila. Pero ahora está asustada, porque ahora tienes invitados extraños y terribles en tu casa.

Adán.—¡Casa espantosa!

El convidado.—Reflexiona en lo que te he dicho hace un momento. Es tan fácil tener un accidente desgraciado. Casualmente se hunde el bote en el lago. Por casualidad también se desliza el pie en la montaña. ¡Dios mío! Hay miles de accidentes! (Pausa). Por lo demás... ¡Qué raros sois vosotros! Tomáis la vida tan en serio. ¡Para qué? Esta mezquina felicidad! La ridícula ilusión que cubre sólo un instante el abismo de la vida, para abrirse después con más profundidad y horror. Ese momento de embriaguez y sueño de opio, en qué creéis que la vida tiene un objeto! Já! Já! Já! ¡Qué ridículos sois, pobres gusanos, jugueteis en manos del destino y de grandes fuerzas desconocidas! Os hacéis la ilusión de tener el timón en vuestras manos y de dirigir la nave de la vida!... (Reflexiona). Pero yo no te dejaré, porque me es imposible dejarte... Mira! Ahí viene tu mujer... Aún a ella la arrojó el desconocido de la casa... Ahora te dejaré sólo con tus pensamientos. En la hora solemne de la vida dejo siempre solos a los hombres... (Reflexiona). O mejor, voy a esperar... Daré algunas vueltas por el parque... No te molestaré... Pero tendré mi atención fija en tí... En semejantes momentos son tan tontos y cobardes los hombres. En el último momento se les aparece la vida como algo hermoso y joven... Voy a esperar. Nunca me ha engañado nadie. Ningún hombre se ha librado de mi mano... (Se

dirige al parque. En el camino se encuentra con Bela. Ambos se miran profundamente a los ojos).

ESCENA VIII

Bela. (Al invitado).—¡Cruel! ¡Maldito!
El invitado.—No es culpa mía... No yo, sino la vida es cruel y maldita (Desaparece en el parque).

Bela. (A Adán).—¡Adán! ¡Adán! Paula se fué! Ahora terminó todo. No puedo más! No soporto más los sufrimientos... La locura ha atravesado nuestro umbral. Nada puede ayudarnos, ni el baile, ni la música, ni todo, todo este ruido hueco...

Adán.—Entonces, ¿se fué Paula?

Bela.—Huyó de la casa de la mala conciencia.

Adán. (Firme).—Ahora ya no hay salvación.

Bela.—¿Huyamos?

Adán.—¿A dónde?

Bela.—A cualquiera parte! Al fin del mundo!

Adán.—Paula dijo, que aunque yo llenara el mundo con palacios maravillosos no encontraría lugar a nuestro lado.

Bela.—Lo olvidaremos todo: mírame. Mis brazos son como fundidos en acero—te llevaré en ellos. Te abrazaré y te estrecharé de tal manera que en esta voluptuosidad nos olvidaremos de todo el mundo.

Adán.—Oh! ¡Cuán equivocada estás! El terrible invitado no nos dejará en paz.

Bela.—¿Qué haremos, Dios mío? ¿Qué haremos?

Adán.—¿Qué haremos? Salimos a dar un paseo al lago... El bote está podrido... El lago es profundo...

Bela.—¡Adán!

Adán.—O vamos a la montaña, a los picachos más altos y peligrosos; el pie se desliza, y yo te arrastro conmigo... Y entonces quedamos libres.

Bela.—¿No hay otra solución?

Adán.—No, no hay.

(Bela se echa a su cuello, sollozando amargamente).

ESCENA IX

(Aparece Paula. Mira asustada alrededor).

Adán y Bela. (Muy felices).—¡Paula! ¡Paula!

Paula.—¡Por el amor de Dios, ¡silencio!

Adán.—¡Entonces, te quedas con nosotros?

Bela. (Se echa al cuello de Paula).—¡Quédate! Debes quedarte! No me separaré de tí! *Paula.* (Aturdida).—No me quedo. No puedo quedarme. En mi casa no gozo de felicidad, pero tengo al menos la paz... ¿Y aquí?... Es como una enfermedad contagiosa... El virus contagioso puede pegarse a mis vestidos y entonces lo llevaría a mi casa y envenenaría la sangre de mis hijos... *Bela.*—¡Quédate, por el amor de Dios! ¡Quédate con nosotros!

Paula.—Nó! Nó! Huí, pero los invitados corrieron detrás de mí. Cosas terribles suceden ahí dentro... ¿Oyes? Ya no se siente la música; las luces se están apagando. Mira! ¡Ves? El palacio está a obscuras.

(El palacio desaparece en la obscuridad. Sólo se ve una clara noche de luna).

Paula.—Los he buscado para verlos otra vez. ¡Dios mío! ¿Qué habéis hecho? ¿Qué crimen habéis cometido?

Adán. (Duro).—¿Qué crimen? Ninguno. Millones de hombres hacen lo mismo que nosotros y, sin embargo, son felices.

Paula.—¿Por qué, entonces, les toca este terrible castigo?

Adán.—¿Por qué? (A Bela). ¿Por qué no me has librado de mi destino? ¿Por qué



PORLAC
EL DESTRUCTOR DEL VELLO
MR
EN TODAS LAS FARMACIAS



no me has dado ni un momento de felicidad?

Bela.—Tú mismo no has querido tenerla. No lo has querido! Siempre te has escondido de mí. Me has rechazado. Me has aniquilado con tu odio; y yo, que habría dado toda mi vida por una hora de felicidad. Porque te he amado, te he deseado... Tú has permanecido ciego y sordo a todo. Has querido aturdirte. Y así nuestra casa ha ido llenándose de extraños invitados.

Adán. (Pensativo).—Sí, Sí. Extraños invitados... No he podido evitarlo. No pude cerrarles la puerta! Porque hay en las paredes sombras negras, listas para saltar sobre mí, o bestias enormes, listas para atacarme. Oigo gritos de angustia y sollozos desgarra-dores. Parecen sollozos de un niño que llora amargamente porque le han infligido una injusticia sangrienta. JÁ! JÁ! JÁ! (De repente a Paula). ¡Vete! ¡Vete! Mi casa es la casa de la mala conciencia! Es contagioso!

Paula. (Quiere arrojarse a su cuello).

Adán. (La rechaza).—Mi casa es un foco de una enfermedad contagiosa. Mira! ¡Qué terrible casa! ¡Vete! Te lo aconsejo... ¡Vete!

Paula.—¡Dios mío! Parece que no hay salvación! Tanto que los quiero! Creí que podría ayudarles.

Adán.—Ya es demasiado tarde, hermana.

(Paula desaparece en el parque).

ESCENA X

(Adán y Bela quedan un momento solos).

Adán. (Pensativo).—Bueno, me iré a las montañas, donde el pie se desliza sobre la hierba húmeda, donde las piedras se deslizan y ruedan de repente al abismo...

Bela.—Tengo miedo! Soy tan joven aún, tengo tanta fuerza... Tengo mucho miedo!

Adán.—Entonces... Iré sólo.

Bela.—Nó, nó! No debes ir! Iré contigo adonde tu quieras, pero tengo tanto miedo, soy tan joven...

Adán.—Yo también soy joven...

Bela.—Voy a rodearte de mi amor... Te besaré, te abrazaré... Mira, qué fuerte soy! Debo ir contigo, pero no te vayas todavía! Haz la prueba. No me rechaces de tu lado. Arrojémonos a la vida ardiente! Bebámosla y embriaguémonos con ella...

Adán.—Nunca lograrás espantar a las sombras de las paredes! Y es difícil descubrir al topo en las profundidades de la tierra...

ESCENA XI

El convidado. (Se acerca lentamente).

Bela.—¿Qué quieras, demonio? ¿Qué quieras? Cruel! Maldito!

El convidado.—Sólo la vida es cruel y maldita. Es ridículo que los hombres amen tanto esta vida mezquina y tonta. No conozco nada que sea tan bueno y dulce como la muerte... Esta gotita de hueca felicidad; esta imagen necia que la sombra proyecta sobre la muralla sucia...; este necio embriagarse con la propia fuerza; la creencia en el fin y objeto de la vida; esta conciencia de que se puede llegar a ser grande y poderoso, que se puede realizar grandes empresas; todo esto es una mezquina necesidad. Todo esto no es más que un señuelo para atraer a los hombres a la trampa. ¡La muerte!... ¡La muerte!... Es lo único. Uno le escupe a la vida y le dice: ¡No me vas a engañar! y se va con orgullo y hondo desprecio al encuentro de la muerte!

Adán. (A Bela).—¡Ven, ven! ¿Cómo? ¿No quieras acompañarme?

Bela.—¡Tengo tanto miedo!

Adán. (Amable al convidado).—La mujer tiene siempre miedo. (Casi loco). JÁ! JÁ!... Iré solo!... No puedo evitarlo... Quédate en este necio mundo... Tienes todavía una vida joven y fuerte delante de tí...

Bela. (Como pegada al suelo). — ¡Adán!

Adán. (Se aleja. Se da vuelta, pero no dice nada).

El convidado.—Voy a acompañarte. Será más fácil para tí... Ya es tiempo... Ya es tiempo...

(Traducción especial para "Lecturas", por I. Edelstein P.)

LA LEY QUE HARÁN LAS MUJERES

Por GREGORIO MARTINEZ SIERRA

La organización familiar actual, ¿corresponde a los adelantos que ha alcanzado la vida misma? Nó, seguramente. La mujer será la encargada de hacer cambiar los hábitos y la ley del hogar, a fin de que se amolden a las avanzadas de nuestro tiempo.

CREEN ustedes sinceramente que a ninguno de nosotros, ni hombres ni mujeres, nos ha convenido la atmósfera de estufa caliente en que nos han criado? ¿Cuánto han tenido que sufrir el hombre y la mujer de hoy, una vez lanzados a la propia vida, para adaptarse a un mundo que tan poco se pareció al hogar, teniendo no sólo que aprender con esfuerzo lo que el hogar no les enseñara, sino que olvidar con dolor la mayor parte de lo que les había enseñado? No, no; el cariño de padres a hijos, como el del esposo a la esposa, ha de perder para ennoblecarse y purificarse el mezquino sello de "amor a la propiedad" que hoy les caracteriza. El hombre — varón o hembra — ha de ver en su hijo su continuación, no su identidad. Cierta es la proporción de su vida, pero en un porvenir al cual no pueden convenir ni las leyes, ni los ideales, ni las armas, ni siquiera las formas de virtud que a él le sirvieron. Los entusiasmos nuevos inquietan y aún escandalizan al padre fatigado. El cansancio del padre corrompe muchas veces y destruye la voluntad del hijo con el veneno del escepticismo. No es buena, no es sana, no es moral la cohabitación del joven con el viejo. Y el hogar, que la impone, imponiendo al mismo tiempo las mil mal domadas rebeldías, las hipócritas compendias, las malhumoradas sumisiones o las protestas violentas, las transgresiones a la ley absurda que los hijos cometan en complicidad no pocas veces con la madre — y de que el padre finge piadosamente no enterarse, — el malhumorado tedio de las hijas, sus inevitables escapadas hacia la vida, que por hacerse, no a la sana y plena luz de la verdad, sino en la malsana penumbra de un semi-peccado, de limpias y gloriosas, triunfo de la juventud que debieran ser, se truecan en inquietas, morbosas, enervantes semi-corrupciones...

Toda esa lamentable comedia, torcedora de la voluntad, ese conglomerado de sacrificios perfectamente innecesarios y absolutamente inútiles por parte de unos y otros, no hacen precisamente del hogar, tal como está actualmen-

te organizado, el semillero y plantel de virtudes, el nido tibio, el oasis, el puerto seguro que nuestro optimismo oficial y rutinario pretenden que sea. Para que la relación familiar sea realmente higiénica (tanto en lo material como en lo espiritual), es preciso que sea superior en calidad al ambiente exterior, pero no hostil a él. En los tiempos en que el planeta era casi inhabitable, la caverna del troglodita pudo considerarse como un oasis; en las épocas en que la vida exterior era un tejido de incomodidades y la seguridad personal un mito, en que el más corto viaje era una arriesgada aventura, en que la higiene y la comodidad públicas no existían ni en sueños, pudo realmente considerarse la organización privada del domicilio familiar como nido tibio, proporcionador de materiales halagos y blanduras insuperables. En los días, aún no remotos, en que la moral social era noción desconocida, y el problema de la solidaridad humana estaba, no sin plantear, sino sin sospechar siquiera, el hogar bien pudo ser, y lo era en realidad, el campo de cultivo de las virtudes individuales, únicas que exigía la vida... Mas hoy, como la vida ha evolucionado rápidamente y el hogar sigue cristalizado en sus viejas formas, los términos de la relación han cambiado. La casa es mucho más incómoda que el mundo exterior, y la vida exige una serie de fuerzas y virtudes que la envejecida ética familiar no sólo no crea, sino contraría, coaccioná, tuerce y amputa. Por lo tanto, el hogar no realiza ni su fin material de asilo y refugio, ni su misión moral de escuela de recto y cuerdo vivir. Y, como consecuencia, es ineludible su más rápida modificación.

Y esta modificación, ¿quién ha de hacerla? He dicho: "La nueva ley que han de hacer las mujeres..." Y con ello he querido decir: Este es el sentido del feminismo. Esta es la tarea que a la mujer incumbe y la responsabilidad que ha de poner sobre sus hombros. Modificar, organizar, sanear, moralizar las relaciones humanas fundamentales. Cuidar de la vida, en una palabra. Ellas y nosotros somos

dos géneros en una especie, con lo cual la Naturaleza manifiesta bien a las claras que hay dos tareas diferentes que realizar para que la especie siga existiendo. *Dos tareas*, fíjense ustedes, *no dos derechos*: el que los hombres debíamos realizar unos trabajos y las mujeres otros, conducentes todos al mismo fin, y, por lo tanto, iguales en importancia, no significa que uno de los dos géneros deba ni pueda considerarse superior al otro ni recabar para sí el privilegio de ejercer tiranías ni coacciones de ninguna índole. Hoy las mujeres recaban con agresividad bien comprensible el ingreso a todos los campos de actividad masculina, pero es porque sólo en el ejercicio de las profesiones tenidas por propias del varón encuentran la posibilidad de igualarse en derecho con él y de arrebatarle el cetro que tan injusta e injustificadamente usurpa. Pero una vez que el deber masculino y el deber femenino logran

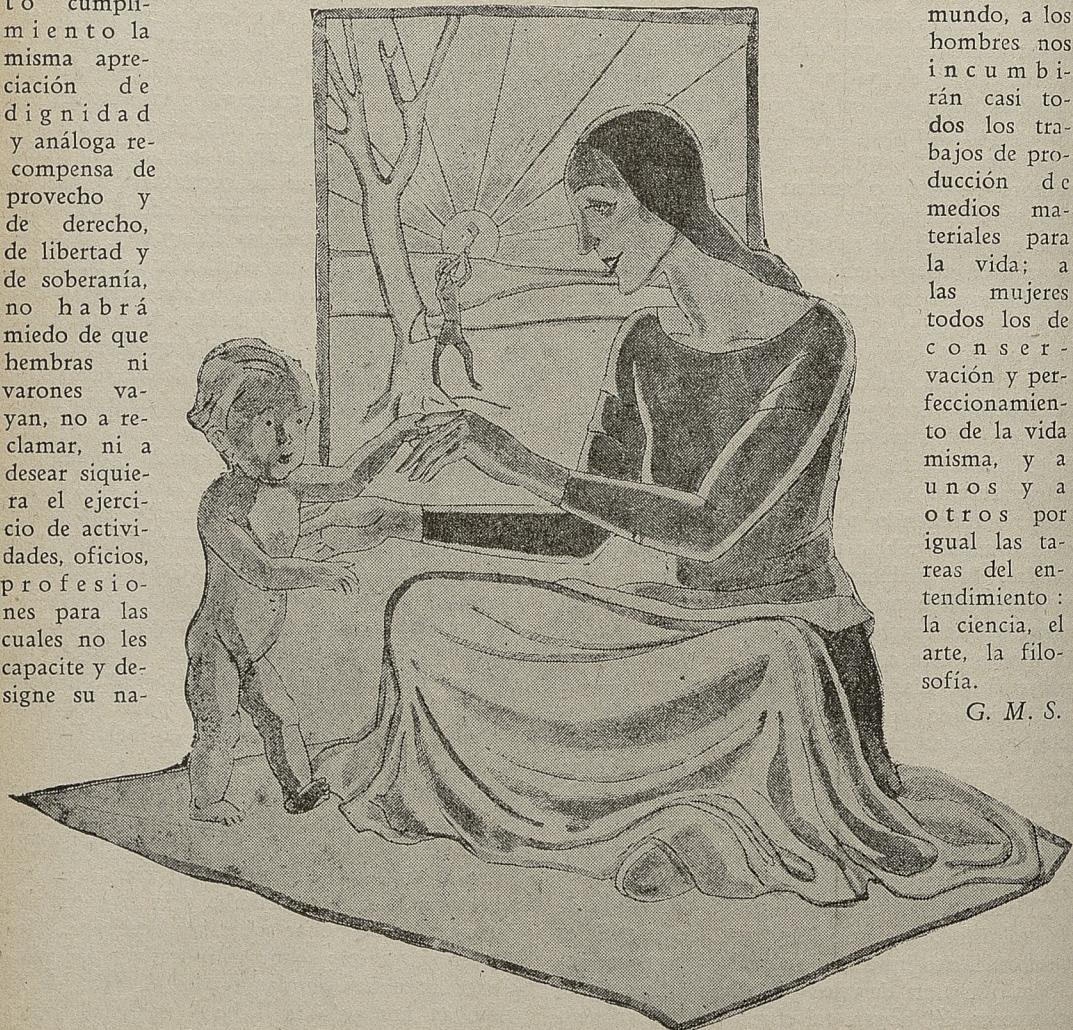
en su perfecto cumplimiento la misma apreciación de dignidad y análoga recompensa de provecho y de derecho, de libertad y de soberanía, no habrá miedo de que hembras ni varones vayan, no a reclamar, ni a desear siquiera el ejercicio de actividades, oficios, profesiones para las cuales no les capacite y designe su na-

turaleza... Como no habrá temor el día en que el trabajo, sea el que sea, ennoblezca y compense por su perfección y no por su naturaleza, de que el hombre que sirva para la brador quiera ser empleado de Ministerio, o que el que ha nacido para maquinista pretenda ser doctor en Filosofía. Cuando dé tanta honra, tanto provecho y tanta libertad ser hembra perfecta como ser varón cabal, no desertarán las madres las cunas, como hoy lo hacen obligadas por la necesidad y la injusticia, para ir como abogados a defender pleitos injustos... o como bestias de carga a empujar vagonetas de carbón en las minas.

Todo trabajo es noble, si es perfecto; toda tarea es santa, si se cumple bien; todo ser humano es rey de sí mismos y siervo de la especie, es decir, de la humanidad, pero sólo de la humanidad. Y es mi opinión que cuando trabajemos como iguales y como iguales

poseamos el mundo, a los hombres nos incumbrán casi todos los trabajos de producción de medios materiales para la vida; a las mujeres todos los de conservación y perfeccionamiento de la vida misma, y a unos y a otros por igual las tareas del entendimiento: la ciencia, el arte, la filosofía.

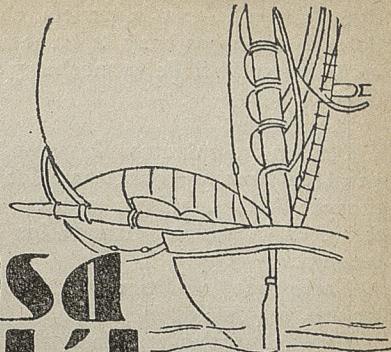
G. M. S.





por causa de los dólares

NOVELA DE JOSE CONRAD



ILUSTRACIONES
DE HONORIO

(Conclusión)

RESUMEN DE LO QUE SE HA PUBLICADO:

El Capitán Davidson es un hombre bueno. Gobierna la "Sissie", barco de un Mandarín, que se dedica a recoger, a través de las islas y pequeñas costas del Mar de Java, los dólares según el gobierno ha ordenado hacerlo. En circunstancias en que van con el barco cargado de monedas, hace escala en la pequeña bahía de Mirrah, donde vive, con su hijo y su amante, Ana La Risa, una muchacha que Davidson conoció en otro tiempo y que le ha rogado haga escala en ese sitio. De noche, Davidson desembarca y encuentra en la cabaña de Ana, además del amante a Féctor, Niclaus, y un francés sin manos, sujetos sin ninguna moral que han llegado a ese paraje, sabedores de que Davidson hará escala en él, y con el propósito

de robarle los dólares. El hijo de Ana está enfermo, y mientras el Capitán lo examina, ella lo pone, en breves palabras, en antecedentes de lo que se proyecta, advirtiéndole que el francés sin manos, que dirige a la pandilla, se ha amarrado a los muñones un fierro pesadísimo, para golpearlo en caso de que se resista.

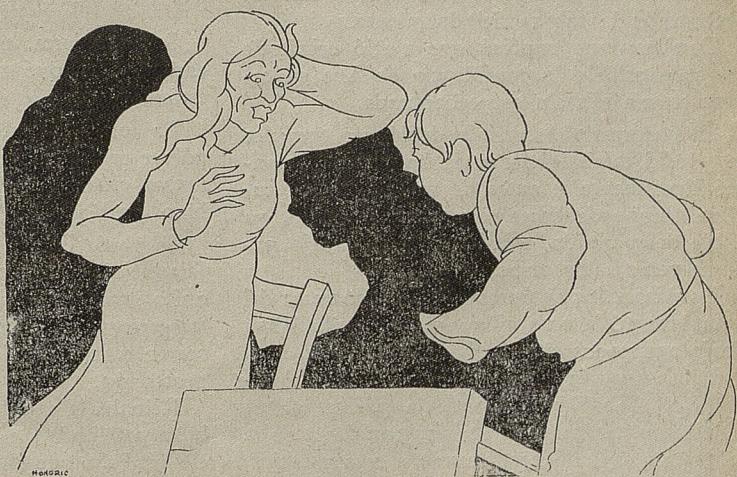
Davidson regresa a bordo y toma sus precauciones. Coloca una almohada sobre su litera, que puede parecer un cuerpo, y él se recuesta, armado de dos revólveres, en uno de los botes amarrados al costado de la "Sissie", disponiéndose a esperar. La noche transcurre. Hay rumores. Nadie viene sin embargo...

AHORA PUEDE CONTINUAR LA LECTURA.

TENIA curiosidad por conocer cómo aquellos sujetos se las iban a arreglar. Tanto caviló que sus temores le parecieron completamente absurdos.

Como de costumbre, dejó la lámpara colgada en la cabina. En su plan figuraba que todo se deslizara como los demás días.

De pronto apareció pegada a los vidrios, en la débil claridad de la claraboya, una sombra



densa que subía por la escalera, sin hacer ruido, dió dos pasos hacia la hamaca, se destacó en la obscuridad de la noche, y permaneció inmóvil.

¡El francés!

Pasaron los minutos. Davidson adivinó; el papel del francés (pobre inválido) era velar el sueño de él, Davidson, mientras los otros estarían en la cabina forzando los cerrojos del lazareto.

Nadie sabe la táctica que pensaban adoptar una vez dueños del dinero.

Había dos cajas, y cada una de ellas podía fácilmente ser llevada por un par de hombres. Fuera lo que fuese, Davidson tenía razón. Los asaltantes estaban en la cabina.

Esperaba de un momento a otro el ruido de un cerrojo forzado por los ladrones. Tal vez fuera Fector, pues había en otras ocasiones robado documentos en algunas secretarías, quien llevara las herramientas.

En tanto que Davidson escuchaba, ellos habían conseguido quitar la barra de hierro y subir dos cajas, trasladándolas del lazareto a la cabina.

A la luz confusa del marco, el francés permanecía inmóvil como una estatua. Davidson hubiera podido matarle con la mayor facilidad, pero no tenía tendencias homicidas. Además antes de disparar, quería asegurarse de que los otros habían comenzado la obra. No oía los ruidos que esperaba y no estaba seguro de que los que oía procedieran de a bordo.

Mientras escuchaba, el francés, cuya inmovilidad escondía una violenta lucha interior, dió un paso y otro paso. Davidson, fascinado, le vió adelantar una pierna, después sacar el muñón derecho, el que tenía armado.

Balanceando el cuerpo para dar más fuerte el golpe, dejó caer el peso de siete libras sobre la hamaca, en el lugar donde debiera haberse encontrado la cabeza del durmiente.

Davidson me confesó que sintió erizársele los cabellos. Sin la confidencia de Ana su cabeza estaría allí sin sospechar nada.

La sorpresa del francés debió ser terrible; retrocedió tambaleándose, la hamaca se balanció ligeramente y antes de que Davidson tuviera tiempo de hacer movimiento alguno, ya había desaparecido, saltando escalera abajo para prevenir a los otros.

Davidson, instantáneamente, brincó fuera del bote, levantó la ventanilla y vió que se hallaban abajo agrupados alrededor de la escotilla.

Levantaron la vista despavoridos y el francés, que se hallaba fuera de la puerta, gritó: ¡*Trahison, trahison!* Y se lanzaron fuera de la cabina empujándose y jurando a más y mejor.

El tiro que disparó Davidson por la claraboya no alcanzó a ninguno. Davidson corrió inmediatamente al extremo de la cabina y abrió el fuego contra aquellas formas negras que se lanzaban contra el puente. Sonaron disparos en respuesta a los suyos y se estableció un combate a tiros. Detonaciones, resplandores como relámpagos. Davidson, parapetado detrás de un ventilador, continuó disparando hasta agotar la última cápsula del revólver. Entonces lo arrojó al suelo y cogió el otro con la mano derecha.

En medio del ruido había oído al francés, furibundo, gritar: *Tuez-le, tuez-le*, entre las maldiciones furiosas de los otros. Pero mientras disparaban, trataban sobre todo de salvarse. A la luz de los últimos disparos, Davidson los vió correr sobre el barro de la orilla. Estaba cierto de haber alcanzado a más de uno.

Dos veces diferentes habían lanzado gritos de dolor. Pero ninguno al parecer había caído en la lucha.

Davidson apoyado en el suelo, cargó de nuevo tranquilamente su revólver. Ya no tenía la más mínima aprensión acerca de su vuelta. Tampoco era su intención perseguirlos en tierra y en la obscuridad. Borrábasele la idea de lo que harían los fugitivos, que estarían curándose sus heridas probablemente.

No lejos de la orilla el terrible francés juraba y perjuraba contra su mala suerte, contra sus compañeros y contra todo. Se detuvo y profirió un grito de venganza: "¡Es esa mujer! — dijo. — ¡Es esa mujer la que nos ha traicionado!" Y echó a correr en la obscuridad de la noche.

Davidson sintió crispársele súbitamente los nervios y recobró el aliento. Comprendió, asustado, que con su estratagema para defendérse había traicionado a Ana. No vaciló. Deber suyo inmediato era salvarla.

Saltó a tierra, pero al poner pie en el desembarcadero oyó un grito desgarrador que le estremeció.

La luz ardía aún en la casa. Davidson, revólver en mano, se dirigió hacia allí. Oyó un nuevo grito a lo lejos, a su izquierda, que le hizo cambiar de dirección.

Se paró. Dudó, poseído por honda perplejidad. Adivinó lo que había pasado; la mujer quiso escapar de la casa y el francés, furioso, la perseguía. Le pareció que Ana intentaba correr camino del barco, para pedir ayuda y protección.

Reinaba la calma en torno a Davidson. Hubiera corrido o no ella hacia el barco, el silencio probaba que el francés en la obscuridad no daba con las huellas de la mujer.

Más aliviado Davidson, pero poseído aún por la ansiedad, quiso volver a la orilla. No hubo dado dos pasos, cuando oyó otro grito detrás de él, y cerca de la casa también. Pensó que el francés perdería al principio la pista de la desgraciada; de ahí el momento de silencio. Pero el sanguinario foragido no había renunciado a su criminal proyecto, y se había dado cuenta de que Ana intentaría volver por su hijo, y se apostó en acecho detrás de la casa.

Las cosas debieron desarrollarse de un modo parecido. Al aparecer Ana a la luz de la lámpara, el francés la atacó, sediento de venganza.

Ana, al verle, lanzó el segundo grito de mortal pavor y trató de huir de nuevo.

lante derechamente, esgrimiendo su revólver y escrutando en la obscuridad con temor. De pronto, a unos metros de él, encontró una forma voluminosa que surgió de la tierra y huyó de un salto.

Instintivamente hizo fuego sobre aquello, y se lanzó en su persecución cuando tropezó contra algo blando que le hizo caer tan largo como era.

En el momento de caer y tocar con la cabeza, el bullo le produjo la sensación de que se trataba del cuerpo de Ana la Risa. Se levantó, se hincó de rodillas y trató de levantarla en sus brazos; pero la encontró tan flácida que tuvo que renunciar a ello.

Estaba extendida en el suelo con el rostro



HONORIO

Esta vez quiso ganar la orilla, pero en línea recta. Sus gritos resonaban alrededor de Davidson. Este volvió a tomar el camino de la casa, siguiendo la dirección de los gritos horribles en la obscuridad.

Quiso gritar: "Por aquí, Ana", pero no pudo. El horror de esta caza nocturna, que su imaginación acrecentaba con pormenores más pavorosos que si la hubiera presenciado, le inundaba de sudor la frente y le secaba la garganta como si fuese yesca.

Un grito supremo se rompió en la noche, límpido.

El silencio que siguió fué más horrible todavía. Davidson se sintió enfermo. Tuvo que arrancar su pie del suelo y seguir camino ade-

boca abajo y los cabellos esparcidos alrededor de la cabeza. Algunos estaban húmedos.

Davidson le palpó la cabeza y encontró un sitio donde los dedos cedían en el cráneo roto. Pero antes de descubrir esto ya sabía que Ana estaba muerta.

El francés en su persecución la había derribado de un puntapié y de grupas sobre el cuerpo se disponía a hundirle la cabeza con el peso que ella misma le atara al muñón, en el momento que apareció Davidson, a quien él no esperaba, y huyó.

De rodillas, cerca de esta mujer vilmente asesinada, Davidson se sentía lleno de remordimientos. Había muerto por causa suya. Estaba como petrificado. Por vez primera tuvo verdaderamente miedo. Podía ser sorprendido

en la noche por el asesino de Ana la Risa. Confesó que tuvo instintivamente la idea de alejarse del cadáver de la mujer; pensó huir, andando a gatas para refugiarse en el barco. Me dijo que hasta llegó a hacerlo.

Es difícil representarse a Davidson alejarse a gatas de la mujer asesinada, anonadado y abatido por la idea de que la mujer había muerto por él. Pero no pudo andar gran cosa de aquella guisa. Lo que le detuvo fué la idea del niño, del niño de Ana la Risa (Davidson repetía las palabras de la pobre mujer), cuya suerte no envidiará un perro vagabundo.

El ser que la mujer había dejado allí cerca aparecía ante la conciencia de Davidson como un depósito sagrado. Se levantó valerosamente, temblando interiormente; reanudó el camino y se dirigió a la casa.

A pesar de sus temores estaba resuelto, pero la sensación del cráneo hundido había impresionado su imaginación y se sentía indefenso en la oscuridad, en la cual creía advertir por todas partes los pasos del asesino sin manos.

No se quebrantó un momento su resolución. Consiguió recoger al niño sano y salvo. Encotró la casa vacía. Un silencio profundo le rodeó todo el tiempo, excepto al bajar por la escalera llevando a Tony en sus brazos y en que llegó a sus oídos un débil quejido. Le pareció que venía del lugar oscuro, como boca de lobo; en donde se asentaban las estacas que servían de cimiento a la cabaña. No quiso averiguar más y prosiguió su camino.

—Es ocioso que le cuente cómo Davidson llegó a bordo, con el fardo que el destino cruel de la pobre Ana había arrojado en sus brazos, ni cómo a la mañana siguiente la tripulación asustada y que había observado desde lejos lo que pasó a bordo, se presentó apresuradamente, ni cómo Davidson saltó a tierra acompañado de su mecánico (medio muerto de miedo), envolvió el cuerpo de Ana la Risa en unos trapos y lo llevó a bordo para ser sumergido más tarde. Mientras se ocupaba en esta piadosa tarea, Davidson miraba a todos lados y advirtió un montón de ropas blancas contra el poste de una de las esquinas de la casa.

No le cabía duda de que era el francés. Relacionando aquello con el gemido que había oído por la noche, Davidson adquirió la certeza de que algún disparo perdido había sido mortal para el asesino de la pobre Ana.

En cuanto a los otros jamás volvió a verles Davidson, sea porque se ocultaran en la aldea, sea que se refugiaron en el bosque, o que se agazaparan en la *prau* de Niclaus, que estaba tirada en la arena a un centenar de metros de allí, un poco más arriba.

Lo único cierto es que desaparecieron y Davidson no se rompió mucho la cabeza acerca de esto. No tardó mucho en salir de la caleta en cuanto la *Sissie* estuvo a flote.

Después de navegar veinte millas, entregó —según los términos que usaba— el cuerpo de Ana al abismo. Para conseguirlo aumentó el peso del cuerpo atándole unas barras de hierro, y, después de leer unas oraciones, lo arrojó al agua.

El solo presidió el duelo. Y al propio tiempo que rendía los últimos tributos a la muerte, la desolación de esta existencia y la otra calamidad de su fin, llamaban a su compasión y le llenaban de remordimientos.

El debía haber procedido de otro modo ante la advertencia que Ana le había hecho.

Estaba convencido de que sencillas precauciones de vigilancia hubieran bastado para tener a raya a la banda de cobardes foragidos. La verdad es que él no creyó que intentarían el golpe de mano.

Después de confiar el cuerpo de Ana la Risa al abismo le correspondía ahora entregar al cuidado de su mujer al niño. Y el pobre Davidson planteó mal el asunto. No quería contarle a su esposa en toda su extensión la historia de lo ocurrido para que no supiera el peligro a que había escapado, sobre todo estando tan recientes las burlas con que él acojiera sus advertencias y sus temores infundados.

—Yo creía que si se lo contaba todo—me explicó Davidson—no tendría un momento de tranquilidad durante mis viajes. Le contó sencillamente que el niño se había quedado huérfano y que él, Davidson, estaba obligado a sus padres y que moralmente tenía el deber de cuidar del niño.

Pasados unos días sería más explícito, mientras ella se entregaba a la bondad de su corazón y a su compasión de mujer.

Davidson no sabía que aquel corazón tenía el tamaño de un guisante seco, que el grado de su compasión era proporcionado y que estas cualidades las concentraba en sí misma.

Se quedó sorprendido de la frialdad y de la mirada suspicaz con que ella acogió este relato incompleto; pero no dijo nada. Nunca decía gran cosa. Era una imbécil silenciosa de una especie desesperante.

La tripulación del barco contó no sé que his-

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 SANTIAGO.

toria en el barrio indígena; pero Davidson puso a algunos de sus amigos al corriente de lo sucedido confidencialmente e hizo un relato de los hechos al capitán del puerto.

El capitán del puerto fué el más sorprendido. No creyó preciso, sin embargo, dirigir queja alguna al gobierno holandés.

No hubiera conducido probablemente a nadie, sino es a molestias y al cambio de inútil correspondencia. Después de todo, el robo se había malogrado.

Se podía tener la seguridad de que los bandoleros tendrían su castigo sin necesidad de que nadie les empujara.

Por más ruido que se hiciera en torno al asunto no se lograría lo esencial: devolver la vida a la desventurada Ana. El asesino había recibido ya el pago merecido por medio de una bala perdida de Davidson. Mejor era echar tierra al asunto.

Esto era lo que se hizo y lo que aconsejaba el sentido común, aunque Davidson estuviera muy impresionado por lo sucedido.

—¡Terrible asunto, capitán Davidson!

—Y tan terrible — asintió Davidson. Pero lo más terrible, bien que no dijera nada de ello, era que su mujer se persuadió a sí misma poco a poco de que Tony era hijo de Davidson y que éste había inventado esta extraña historia para introducir en la pureza de su hogar aquella criatura, en menosprecio de la decencia, de la virtud y de los sentimientos más sagrados.

Davidson advirtió cosas extrañas en sus relaciones domésticas y hasta en los días mejores su esposa se mostraba poco expresiva.

Tal vez esta frialdad era uno de los motivos de su encanto para el plácido de Davidson. Hay mujeres que inspiran amor por motivos que otros consideran detestables. Sin embargo, ella le vigilaba y continuaba aferrada a sus sospechas.

Un día Richie el Mono, hizo una visita a esta dulce y tímida señora de Davidson. Como éste fué su compañero de viaje, al menos de su país natal, se consideraba como una persona privilegiada, y su mejor amigo en los trópicos. Se presentaba como un admirador suyo y poseía el arte de conversar. Había oido contar bastante vagamente la historia, y he aquí que abordó

este asunto, pensando que ella conocía todos los detalles. Durante la conversación dijo algo de Ana la Risa.

—Ana la Risa ¿qué significa eso? — interrumpió bruscamente la mujer de Davidson.

Richie se sumergió en seguida en circunloquios, pero ella le atajó inmediatamente para decirle:

—¿Esa criatura ha muerto?

—Tal creo; así lo ha dicho su marido — murmuró Richie.

—¿Está usted seguro de ello?

—¿Cómo quiere usted que esté seguro?

—Es cuanto quería saber — dijo. Y salió de la habitación.

Cuando Davidson llegó a casa, su esposa se preparó a recibírle, no con indignación vulnerable, sino como si un chorro de agua fría le corriera por la espalda.

Comenzó a hablarle de su abyecto enredo con una mujerzuela, y le reprochó el haberse burlado de ella y haber herido su dignidad.

Davidson le rogó que le escuchara y le contó la historia entera, creyendo que el sobrio relato de ésta sería capaz de conmover a una piedra.

Trató de darle a comprender sus remordimientos.

Le escuchó hasta el fin, y dijo: ¡No faltaba más!, y le volvió la espalda.

—¿No me crees? — le preguntó consternado.

No dijo ni sí, ni no. Lo único que dijo es: "Manda fuera de casa inmediatamente esa criatura".

—No puedo arrojarlo a la calle — contestó Davidson. — Supongo que no es eso lo que tú quieras.

—Me da lo mismo. Hay instituciones de caridad para esa clase de niños.

—No lo haré nunca — dijo Davidson.

—Bien, pues con eso me basta.

La casa de Davidson se convirtió en un infierno silencioso y glacial. Una mujer estúpida, poseída por el rencor, es peor que el diablo desencadenado.

Envió Davidson el niño a los Padres Blancos, de Malata.

No era un medio de educación muy costoso; pero su mujer no le perdonaba que no hubiese arrojado al niño a la calle.

Comenzó a encastillarse en las injusticias



Comenzó a encastillarse en las injusticias de que, según ella, era víctima de su pureza ultrajada, al punto que un buen día en que el pobre Davidson le suplicaba que fuese razonable y no hiciera la existencia imposible para ambos, descargó contra él su fría rabia y le confesó que su presencia se le había hecho odiosa.

Davidson con su escrupulosa delicadeza de sentimientos, no era hombre para hacer valer sus derechos sobre una esposa que no podía soportar ni su presencia. Bajó la cabeza, despacio preparó las cosas de modo que ella pudiera retornar a casa de sus padres. Precisamente era lo que deseaba su dignidad ultrajada. Siempre había detestado los trópicos y secretamente odiaba a todas las gentes con quienes tenía que convivir en tanto era esposa de Davidson.

Se llevó su pura, sensible e imbécil alma a Frematle o alguna parte de allí. Como era de esperar, condujo consigo a la niña.

¿Qué hubiera hecho el pobre Davidson con una niña pequeña en brazos aunque la mujer hubiese consentido en dejársela, lo que no era verosímil?

Esta es la historia que amarga la sonrisa de Davidson. Quizá no le ocurriera así de no ser tan bueno.

Hollis terminó de hablar. Antes de levantarnos de la mesa yo le pregunté qué había sido del niño de Ana la Risa.

Contó cuidadosamente el dinero que entregó al camarero chino y, levantando la cabeza, dijo:

— Ah, eso es lo más interesante!

Era un muchacho alegre y simpático, como usted sabe. Los Padres Blancos pusieron un cuidado especial en educarlo.

Davidson esperaba de él algún consuelo para su corazón. Con su aspecto plácido, es un hombre que necesita afecto.

Tony creció y se hizo mozo. Y he aquí que quiere ser sacerdote. Su sueño es hacerse misionero.

Los Padres le aseguran a Davidson que se trata de una verdadera vocación. Le dicen que tiene una disposición especial para ello. Y ahí tiene usted cómo el hijo de Ana la Risa se entrega a una vida de santo en un rincón de China. Quizá llegue un día en que sea un mártir. Pero el pobre Davidson está solo, abandonado. Bajará la pendiente sin tener cerca un solo afecto humano, y esto por causa de aquellos dólares viejos.

FIN DE LA NOVELA

LIBROS

La "EMPRESA LETRAS" ha tomado la distribución de las siguientes obras:

- LA SEÑORITA CORTES MONROY
LOS TRIPULANTES DE LA NOCHE
A L H U E
TIERRA JUDIA
EL LAQUE SANGRIENTO
ALESSANDRI
FESTIN DE LOS AUDACES

- Novela de Januario Espinoza
PRECIO: \$ 4.—
Novela de Salvador Reyes
PRECIO: \$ 1.—
Estampas de González Vera
PRECIO: \$ 6.—
Crónicas por J. Kessel
PRECIO: \$ 5.—
Crónicas del REPORTER X
PRECIO: \$ 1.—
(El trágico caso de Mesa Bell).
Evocaciones de IRIS
PRECIO: \$ 2.—
Memorias por Alfredo Gmo. Bravo
PRECIO: \$ 3.—
(En prensa la segunda edición).

Pedidos adjuntando el valor diríjanse a

EMPRESA LETRAS
CASILLA 3327 — HUERFANOS 1041 — TELEFONO 82028
SANTIAGO

SONRISA DE NIÑOS

Por

R. ROLDAN SAEZ

Ilustraciones fotográficas de
Molina La Hitte.

Juguetes, juguetes, mundo maravilloso donde se sumergen los pensamientos infantiles. Inútil la crisis económica, los juguetes no desaparecerán, pues son ellos el aliento de la edad más feliz de la vida.



Si todo el mundo tiene dos patrias, según el dicho de un poeta famoso, los niños tienen una tercera que les es propia. — Es el país maravilloso, quizá de la cuarta dimensión, y en él entran y se mueven tan fácilmente que no nos damos cuenta.

Creemos tenerles al lado, cerca de nosotros, bajo la lámpara familiar que ilumina el libro de estampas, y sin embargo, están ya lejos, tan lejos, que en ese segundo nuestro de inattention, han llegado a un lucero o se han internado en el bosque sombrío y silente, refugio nemoroso de una princesa encantada o de un genio poderoso y tutelar.

Sin duda sus ojos estáticos, tan abiertos, contemplan un paisaje más real que los de nuestras quimeras de hombres grandes, y la leve, la tenue sonrisa apenas dibujada que alumbría sus caritas en flor, dice el gozo íntimo de sus almas en dulce comunión con las de ese paraíso por desgracia cerrado ya para nosotros.

Sonrisas de niño, único momento en que cae sobre la tierra como un rocío fragante de pétalos, música alada cuyo eco resuena en los corazones; emoción sutil que se une por hilos mágicos con el alba rosada del Planeta cuando también era joven.

extraordinario. — Partidos a no se sabe qué tierras lunares, ocupados sin duda en trabajos misteriosos, sólo a fines de cada año vuelven a nuestras latitudes.

Precisan para ello que los caminos estén helados, que las estalactitas, como una barba de viejo capuchino, pendan de los aleros, que el cielo nocturno brille cual una coraza en que las estrellas fueran clavos de diamante. — Sólo cuando la nieve ha puesto la huata de sus copos sobre los brazos temblones de los desnudos árboles, y que el perfumado abeto, con sus mil lucecitas, dialoga con los leños del hogar, empieza a circular un mensaje cifrado, entre los bancos de la escuela, o es dicho en un murmullo de boca a oreja que únicamente sorprende el viento en el cañaveral cercano.

Tan empingorotados caballeros no son los mismos en todos los países. — Los tres buenos Reyes de la leyenda; San Nicolás, Santa Claus o el rubicundo Christmas, se reparten el mundo. — Sus caravanas aparecen de pronto y unas veces marchan sobre el bombeado lomo de las blancas colinas, otras por los senderos del aire y en fin en un acrobatico inexplicable, corren por los tejados e inclinándose sobre las rojas chimeneas dejan caer dádivas y ofrendas que sólo regula su capricho.

Los bucles rubios de la infantil cabeza se inclinan aun más sobre el libro maravilloso. — En la página miniada como un viejo misal de la Edad Media, se agitan las siluetas clásicas.

Hay unos personajes importantes que con los niños comparten el dominio de ese reino

"LECTURAS"

—Melchor, Gaspar y Baltasar, un poco lentos, un tanto displicentes como conviene a monarcas orientales, ponéñse en marcha. — A lo lejos suenan unas chirimías gangósicas; tras los potentes magos avanzan en teorías inacabables esclavos, soldados y miles de camellos agobiados con cajas y con fardos. — Melchor con enorme turbante blanco, que un diamante monstruoso sujetá, avanza el primero oprimiendo contra su pecho un cofrecillo cincelado por un orfebre de Florencia y su mano diestra, en que una gema oculta casi el índice, se apoya levemente sobre la complicada tapa en forma de pirámide. — El paisaje familiar ha desaparecido y las pupilas dilatadas del niño contemplan unas montañas azules y unas casitas holandesas.

La página se vuelve suavemente. — Santa Claus requiere su bastón y colocando a su espalda, como un cartero rural, cien paquetes cuidadosamente atados, se dirige a sus caballerizas. — El rostro arrebolado, la barba luenta y florida, los ojillos azules, pequeños y maliciosos, su nariz granujienta y encendida. — Envuelto en roja hopalanda bordeada de blancas pieles, Santa Claus es el más simpático, el más humano de esos herméticos emisarios de la infancia. — Frente a su casa de pino tejado

y ventanas estrechas y alargadas, junto a los corpulentos abetos que la circundan, espera un esbelto trineo tirado por cuatro renos veloces cual el viento.

Han terminado las visiones invernales y Momo aparece hilario, bamboleante, agitando en sus manos gordezuelas y vulgares cien grotescas carátulas. Quien podría decir todo lo que el disfraz tiene de admirable para la infancia. — El carnaval es para los pequeñuelos el dominio fugaz, pero tangible, en que viven los más absurdos individuos, no sujetos, al parecer a las leyes que pesan sobre los humanos.

Pierrots cloróticos, de inmensa golilla y descomunales perneras, Colombinas coquetas y petulantes, arlequines esmirriados y saltarines, si sólo vivís unos días, si el mantener en calles y paseos el empaque y la majestad que vuestras madres atribuyen a los personajes de la *Comedia del Arte* os cuesta tantos lloros y tantos pescozones, cómo pueblan en cambio las horas tristes en que el aburrimiento y el tedio se sientan, cabe a vosotros en los bancos escolares, y cuanto os sonríen y os consuelan de esas penas, puñales huídos que desgarran a veces vuestras almitas ingenuas.

La manecita va volviendo nuevas páginas

Un buen libro es sin duda
J U S T I C I A
la hermosísima novela de
LADISLAO REYMONT
que acaba de publicar la
“BIBLIOTECA LETRAS”
en su número 4, al precio

\$ 2.-

Otro libro excelente:

¿QUE ES EL FASCISMO?
por el gran sociólogo
JOSE BARTHELEMY
Estupenda obra de ideas.
EDICIONES EXTRA
El precio es bien modesto

\$ 2.-

Estas dos magníficas obras puede Ud. encontrarlas en todas las buenas librerías del país, en los puestos de periódicos, o pedirlas a la

EMPRESA

Ya sea en la Casa principal de
S A N T I A G O
Huérfanos 1041 -:- Teléfono 82028
Casilla 3327

LETRAS

O bien en la Gran Agencia de
V A L P A R A I S O
Cochrane 585 -:- Teléfono 2548
Casilla 55 V



y poco a poco los rubios bucles se acercan aun más al libro.

Sin duda el espíritu del niño se ha unido a las bellas caravanas que ante su vista desfilaron. — En el misterio insondable del sueño, el sueño de los pequeñuelos tiene un lugar aparte; de esa otra vida tan real que rompe cada día la vigilia, sólo conocen las horas deliciosas y las sensaciones exquisitas. — De todas las sonrisas infantiles quizá la más adorable es la que brota del fondo sin fondo de sus sueños. — ¿Qué astro luminoso los ilumina? ¿Qué céfiro, suaves como el beso de un ángel, acaricia sus frentes? ¿Qué praderas esmaltadas de flores, de matices y aromas insospechados, huellan sus piececitos?

Mañana, cuando despierte, cuando vuelva de nuevo a tierra firme, mirará en torno suyo con ojos que por un momento no serán todavía de este mundo. — Buscará a sus amigos, a esos amigos que le han guiado desinteresadamente por los palacios de maravilla, que le llevaron a la fuente cristalina, en cuya linfa vive el hada gentil y protectora, y le mostraron la carroza que tiran dos cebras de cascós de cristal y crines de plata.

Por un instante una tristeza profunda se emparará de su corazoncito, que una intui-

ción la hará sentir muy adentro; cuán poco han de durar sus excursiones a los jardines del ensueño...

Pero allí, en un armario o en el suelo de la alcoba se agrupa ese mundo de los juguetes que a nosotros, cegados por nuestras propias culpas, se nos antoja inerte.

¡El mundo de los juguetes!, es decir, las horas deliciosas en que la imaginación, dón supremo de los dioses, permitirá por una suelto y privativa taumaturgia las más prodigiosas transformaciones. Polichinela, con su doble escoliosis, su bicornio descomunal, su nariz ganchuda y sus verrugas, escuchará las confidencias y los secretos; y el buque no quedará mucho tiempo en el puerto; del verde océano hará surgir las islas llenas de flores, de aromas, y de pájaros imposibles, y el caballo briosos, y el aeroplano en que escalar las nubes.

No, la visión deliciosa no se habrá interrumpido mucho tiempo, y apretando contra su pechezuelo en un estrecho abrazo los mil disparatados juguetes, cerrando sus ojos, el rostro del niño se ilumina con el encanto de una nueva sonrisa.

El sueño continúa...

R. Roldán Sáez.

NOTICIARIO BIBLIOGRAFICO DE LA

EMPRESA LETRAS

Editores — Distribuidores — Libreros

Recién editado:

MALASIA

Novela de Henri Fauconnier.—
Grandes Escritores, N.º 8.
PRECIO: \$ 4.—

Fauconnier, el genial escritor francés tiene en Malasia su obra principal. Es esta una novela que invita al ensueño, que traslada nuestro espíritu a las lejanas latitudes donde desarrolla y que le dan el título. Sus personajes, son de la vida real; sus ambientes también observados por el propio autor; y la trama es tan apasionante que subyuga.

JUSTICIA

Novela de Ladislao Reymont.
—Biblioteca Letras, N.º 4.
PRECIO: \$ 2.—

Hé aquí una novela destinada a conmover hasta las más secretas fibras del alma de quien la lea, inspirándole rebeldía, sobresalto, desaliento, o sea, los mismos sentimientos que conmueven y sacuden a los protagonistas de la obra.

Novela de hoy, de la vida de hoy, merecerá, estamos seguros, la acogida más amplia de parte de nuestros lectores habituales.

¿QUE ES EL FASCISMO?

Por José Barthelemy.—Ediciones Extra, N.º 6.
PRECIO: \$ 2.—

Es necesario que conozcamos integralmente los grandes movimientos sociales que conmueven a la humanidad. En este libro de ideas se encierra, si así se puede decir, el fascismo en su esencia. Génesis, desarrollo, luchas e instalación del fascismo en Italia, podrá conocer quien lea el libro de Barthelemy, que es indudablemente lo mejor que se ha escrito acerca de este tema.—(Traducción especial para "Empresa Letras").

TODAS ESTAS OBRAS Y DEMAS DEL FONDO GENERAL DE LA EDITORIAL ESTAN EN VENTA EN LAS BUENAS LIBRERIAS Y AGENCIAS DE REVISTAS DEL PAIS.

Pedidos directos se atienden contra envío del valor en estampillas de correo, giro o letra, sin recargo por franqueo.—Diríjase a:

EMPRESA LETRAS

Casilla 3327 — Teléfono 82028 — Huérfanos 1041 — Santiago
Casilla 55 V — Teléfono 2548 — Cochrane 585 — Valparaíso



CINEMA

Lupe Vélez no es como la pintan en Hollywood

Ocurre a veces que los productores cinematográficos emplean, a fin de dar renombre a sus artistas, los métodos más absurdos, sin importarles que el prestigio moral de éstos ruede por los suelos.

Eso es lo que ha ocurrido con Lupe Vélez. Escuchemos a quien la conoce bastante bien, como es Angel de Peral, autor de este artículo.

MUCHO se ha dicho en torno de Lupe Vélez y su vida. "Mujer más que dinámica, atrevida, malcriada, agresiva, pionera, derrochadora, viciosa, etc." El epíteto menos cáustico que le han aplicado ha sido el de "traviesa". Pero no es así, se ha exagerado al hablar de ella. Helen Louise Walker que le ha lanzado censuras muy severas fué en un principio amiga de Lupe, después se distanciaron y se convirtió en su detractora.

Lupe Vélez cuando llegó a Los Angeles, de recién emprendida su gloriosa odisea que la llevó al triunfo definitivo, con sus ojos pícaros y su sonrisa seductora, con su carácter alegre y su espí-



Lupe Vélez en Resurrección.

ritu dinámico, pléthora de las consuetudes farandulecas de la capital, no pensó que su modo franco y democrática, pudiera causar el escándalo de muchos artistas presumidos que, envanecidos por el lugar conquistado y los dólares que los ha hecho dueños de palacetes, quintas y automóviles, han encuadrado sus actos por el refinamiento que los hace actuar parsimoniosa y aristocráticamente. Lupe Vélez, bien es sabido, no es de prosapia aristocrática, sus costumbres estaban hechas al medio modo estamentalmente abierto de nuestras artistas del coliseo de Medinas, poco roce tenía con gente de la alta alcurnia, y sin hacerlo deliberadamen-

PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.

te cayó en dos o tres faltas de urbanidad que levantaron la ola de censura entre la legión de las escrupulosas estrellas de la constelación Hollywoodesca, e hicieron acelerar la pluma de los publicistas que aprovecharon este medio de escándalo para hacerle el reclamo; entonces las compañías filmadoras también utilizaron esta propaganda denigrante, que no debía haber permitido Lupe, para llamar la atención del público, como ardid para levantar el cartel de Lupe. Y allá voló por los ámbitos de la América el nombre de Lupe ungido con la fama de mal educada y pendedieira. ¡Vaya una manera de levantar el cartel!

Este procedimiento no es extraño, no había otro filón de momento para hacer brillar a Lupe. A Mary Nolan le hicieron una cosa más o menos parecida, y más, pues a Mary Nolan la golpeaba su querido, que la amaba bastante, con un amor apache, para que se hiciera el escándalo y los periódicos se ocuparan de ella cuando menos una vez por semana. Así buscó la popularidad su amante y "Manager", y la abnegada ex-pupila de convento soportaba pacientemente; por entonces era una de tantas "girls" que exhibían sus carnes mórbidas en los escenarios de Broadway, en Nueva York, y bien recuerdo que no faltó cronista que la apodara y que la llamara "the human punching bag". Mucho hablaron los rotativos de la gran urbe... "Arniaca" decían, Mary Nolan ha sido golpeada nuevamente por Frank Tenny y hoy amaneció con un par de "black eyes". De este modo el nombre de Mary Nolan fué haciéndose popular hasta que Florencio Ziegfeld la contrató para su compañía de Follies y su belleza y su nombre merecieron la consagración definitiva y pasó a figurar como artista del celuloide.

Lupe Vélez, la inquieta, pero muy mexicana Lupe, no ha tenido un calvario tan doloroso como el de Mary Nolan, porque eso sí, no sería cosa de dejarse pegar, si no ha dejado de serlo, como lo tienen y lo han tenido los más grandes artistas de cine: Ramón Novarro, Greta Garbo, el extinto Valentino

y todos, pues es bien sabido que no pasan de ser fantasía los placeres y las comodidades de la meca del Cine. ¡Hollywood!... La ciudad del cinema es un hervidero de intrigas que no siempre se reflejan en las cintas de plata, hechas sonoras hoy con la grabación de la música sincopada y tremante que inventaran los hombres de ébano del "Harlem".

Lupe Vélez es una de las artistas — artista y cantante — que ha vivido muy cerca de la artista potosina, es muy diferente de como la pintan. Lo de la pasión intensísima por Gary Cooper, su ex-marido, los coqueteos con John Gilbert, con Lawrence Tibbet, con Hughes, con Clark Gable, son mentiras; los pleitos con Jetta Goudal, con Delia Magaña, son mentiras. Todos son puras mentiras urdidas y tejidas por quienes le tienen envidia; no es más que pura envidia porque Lupe Vélez con su carácter jovial ha logrado conquistar el aprecio de muchos artistas a quienes caen en gracia sus chiquellerías extravagantes de muchacha inteligente.

Lupe Vélez es una de las artistas más estudiadas que hay, — lo confiesa su misma impugnadora Helen Louise Walker — siempre se la ve estudiando, sus papeles, canto, música, idiomas, baile; la seduce Terpsícore, la atrae Wagner, la aprisiona Thais; tiene grandes aspiraciones, nunca tiene tiempo para nada, cuando lo tiene, se dedica a trabajar en su casa, se pone a tejer o a hacer pasteles, gusta del hogar. Ahora que se fué a Nueva York, a donde siempre ha sido bien recibida por el público de la avenida feérica, desde la babélica Ciudad mandó pedir a su madre, que reside en California, su tejido para continuarla, pues prefiere estar recluida en su casa, haciendo algo, que salir a la calle. No hay tal maldad, que se le imputa, a Lupe la han calumniado, es envidia; Lupe es ahora una mujer circunspecta y una artista en toda la extensión de la palabra porque lo ha demostrado en su actuación filmica. Posiblemente en un principio, su inexperiencia la obligó a cometer alguna falta de urbanidad, pero hoy su vida está sometida a la ética más escrupulosa que mujer pueda observar.

PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.



¿Será Presidente de Alemania, o Emperador? Conviene proveer en todo caso, su entrada en escena, y también formarse una idea exacta de su personalidad. Su fisonomía y su carácter no son en manera alguna simpáticos, pero no por eso se puede dar crédito tan fácilmente a la leyenda que lo pinta como a un hombre sin valor. Es bueno conocer bien a los enemigos, y no fiarse del "se dice", que podría adormecer nuestra vigilancia.

(De la revista francesa "Lectures pour tous").

UNO de los periodistas más independientes de la Alemania imperial, Maximilien Harden, escribía en plena guerra, en su "Zukunft", en un artículo destinado sobre todo a ser leído en el extranjero, en país enemigo:

"El Kronprinz es profundamente inteligente. A veces se le trata de degenerado, y es espléndidamente sano. Dicen que es horrible, y es uno de esos hombres que las mujeres llaman bello. Se afirma que es brutal, y es, antes que nada, tierno.

"Los franceses le atribuyen la paternidad de la fórmula "la guerra fresca y alegre" y esa fórmula tiene más o menos sesenta años de antigüedad, y fué descubierta por un profesor alemán.

"A pesar de los cortesanos y de los farsantes que lo rodeaban y le repetían sin cesar que el pueblo tenía necesidad de la ~~salud~~ 5 de fierro de un amo y que no pedía otra cosa, el Kronprinz debió presentir a menudo la catástrofe. Un día, en la mesa, mientras estaba en alegre compañía, gritó repentinamente: "¿Quién

PISOS RELUCIENTES CERA "PRESERVOL" CIA. CONSUMIDORES DE GAS. STO. DOMINGO 1065 SANTIAGO

vendrá conmigo a Santa Elena?" Y otro día: "En caso de desgracia, yo podría convertirme en preparador de caballos de carrera, pero, ¿y papá?"

No hay ninguna razón para poner en duda la autenticidad de las anécdotas contadas por Maximilien Harden, que jamás manifestó un espíritu muy reverencioso para con las notabilidades políticas de su país. ¿Es digno de reinar en Alemania el Príncipe Fritz? En todo caso, lo menos que nosotros podemos decir es que, digno o no, camina a grandes zancadas hacia el poder. La Alemania Republicana se mantiene desde la disolución del Reichstag. Actualmente Alemania es un interregno. La restauración del Kaiser es poco probable, pero no así la coronación de su hijo mayor.

Con ello se cumple una extraña profecía, hecha en 1919, en Mayenew, por el General Mangin:

— "En cinco años más los alemanes habrán olvidado que perdieron la guerra; en diez años habrán olvidado que la hicieron. En quince años . . .

— "Habrá llamado a Guillermo II?", preguntó el interlocutor del General Mangin.

— "No, pero habrá llamado a su hijo, o a sus nietos. Las jóvenes generaciones de ambas orillas del Rhin sentirán menospicio por los ciegos".

Estas palabras datan de 1919. El Kronprinz tiene todavía dos años para cumplir el destino que le señalaba el General Mangin.

¡EL MUERTO VIVO!

¿Será necesario conservarle al príncipe heredero de Alemania los rasgos que la pasión — una pasión muy legítima, ciertamente — le dió durante la guerra? Fué para nuestros caricaturistas, para nuestros redactores, para nuestros cronistas, un objeto de continua explotación. Y qué pensará el buen Raúl Ponchon cuando vuelva a leer las estrofas que le consagró un día que había sido anunciada la muerte de Federico Guillermo:

— "¿Ha muerto el Kronprinz?", se decían consternados nuestros poilus en el frente. No se le verá más la

esa nariz de tan rara envergadura,

[nariz,

verdadero triángulo de queso brie, al mirarlo de [perfil, de tal modo que cuando se sonaba, se creía que se sonaba toda la cara . . .]

Después, como la noticia fué desmentida:

— "Le señalan un poco en todas partes, por todos [lados,] gozará por casualidad del dón de ubiquidad, como algún santo de la leyenda? Se le dice en Champagne, en terrenos prudentes, y también, completando una docena, en un canasto de ostras, cerca de Ostende . . . "

¡Humor fácil . . . demasiado fácil!

¡Demasiado fácil también la oleada de mentiras que revolotearon durante la guerra, acerca del heredero del trono alemán! No sin ironía, un diario alemán resumió de esta manera, a principios de 1915, las informaciones que la prensa aliada había hecho aparecer sobre el príncipe Federico Guillermo:

— "No hay muchos hombres", escribía jovialmente nuestro colega del otro lado del Rhin, "que hubieran podido soportar lo que el Kronprinz ha sufrido desde el principio de la guerra. En los diarios de la "Entente", la vida del Kronprinz se presenta de esta manera:

— "El 5 de agosto de 1914, el Kronprinz es víctima de un atentado en Berlín; herido en las dos piernas por una bomba, es transportado agonizante al hospital.

— "El 18 de agosto, es herido gravemente, en la frontera francesa, y hospitalizado en Aix-la-Chapelle; se conserva poca esperanza de salvarlo.

— "El 19 de agosto, pierde un brazo en Berlín, a consecuencias de un segundo atentado.

— "El 24 de agosto, tercer atentado: el príncipe recibe dos balas en el vientre; según parece no se siente muy mal, puesto que, el 4 de septiembre puede suicidarse en Spa, a consecuencias de un violento altercado con el Kaiser; resiste aún y le volvemos a encontrar.

— "El 13 de septiembre, en una pieza de hospital en Bruxelas, custodiado por dos húspedes de la Muerte, y agonizando, el vientre abierto por un obús de 75. El 15 del mismo mes, dirige una furiosa ofensiva contra Verdún, y, el 16 recibe en el hombro una bala de ametralladora en el frente ruso.

— "Ninguna noticia hasta el 18 de octubre: en esta fecha, el Kronprinz es herido mortalmente en Argonne y su mujer, la Princesa Cecilia, se dispone a presenciar sus últimos instantes.

— "El 25 de octubre, milagrosamente resucitado, Federico Guillermo encuentra, por se-

gunda o tercera vez, una muerte gloriosa en el frente francés.

“El 3 de noviembre, lo entierran con gran pompa en Alsacia, y el 4 una bala francesa lo mata en Woëvre. El 8, gran mejoría en su estado: solamente está loco, loco furioso, es cierto, pero su convalecencia es tan rápida que el 14 vuelve a tomar el comando sobre el frente francés. Para su desgracia, puesto que de nuevo anuncian su muerte el 19.

“Diciembre es un mes de reposo para el infeliz príncipe heredero. Sin duda ha tomado para las fiestas de Pascua, un descanso de alguna duración. Sólo se hace matar de nuevo el 17 de enero. Hacía tiempo que no estaba muerto. Desde ese momento sus muertes van a ser abundantes: sucumbirá sucesivamente el 23 en Mayence, el 29 en Lille, el 7 de febrero en Varsovia, el 17 en el frente austriaco, el 25 en Nancy, el 2 de marzo en Mezières. Sin duda estiman que esas repetidas muertes aumentan deplorablemente la cifra de las pérdidas alemanas, pues el emperador hace notar a su real hijo su descontento de verlo sacrificarse así tan a menudo, y el 3 de marzo, al día siguiente de su última muerte, Federico Guillermo es relevado de todo comando; profiere entonces sangrientas amenazas contra su padre; el 5 de marzo, es fusilado en el patio del castillo de Potsdam, a pesar de las súplicas de la Princesa Cecilia.

“Apostamos, concluye el diario alemán, que no tardaremos mucho en volver a oír hablar de él”.

La fantasía, un poco exagerada, merece sin embargo ser tomada en consideración. Ignoramos demasiado lo que pasa en el extranjero y acogemos con una facilidad asombrosa las más extrañas informaciones que vienen de allende la frontera.

Si hubiéramos seguido con atención y cierto espíritu crítico lo que sucedía al otro lado del Rhin, desde 1918, estaríamos menos sorprendidos hoy por los preparativos de restauración. Sabríamos que el ex-Kronprinz fué

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.**

siempre uno de los personajes más influyentes de la Alemania “llamada” republicana: tenía relaciones permanentes con Gustave Stresemann, y es a él a quien el célebre hombre del Estado alemán explicaba, hace algunos años, que la “Revancha diplomática” del Reich no sería cuestión de algunos meses, sino de largos años y que por el momento era necesario obrar con astucia.

“Las cartas de Stresemann al Kronprinz, pudo decir un periodista checo, constituyen más bien documentos para refrescarle la memoria que cartas”.

El Kronprinz fué de aquellos que comprendieron en seguida que Alemania podría servirse de Locarno y así envalentonó con todas sus fuerzas a Stresemann para que perseverara en el camino que había adoptado:

“Es necesario, declaraba en 1928 Federico Guillermo, un tiempo para la medicina, un tiempo para la cirugía. Alemania está débil: hay que tratarla con suavidad”.

De 1928 a 1932, han pasado cuatro años. Parece que el Kronprinz comienza a salir de los prudentes límites que hasta esa época se había fijado; el verano pasado, no vacilaba en declarar a M. Antoine Zischka:

“Una pequeña guerra civil purificaría nuestras costumbres, suprimiría la corrupción que nos ruge, restablecería el reino de la virtud alemana”.

“¿El purgante que precede a las fuertes sangrías?”

“TERNURA” Y “GROSERIA”

Lo divertido es que ese mismo Kronprinz que tanto habla de la virtud alemana se ha he-



Específicos del Laboratorio Chile

Los más seguros — Los más baratos — Los mejores

Jabón Boraxol, Agua Colonia Quimera

PIDALOS EN TODAS LAS BOTICAS

V. 14.—O. 226

cho notar por aventuras tan ruidosas como sentimentales, si así se puede decir, que durante mucho tiempo fueron el tema más divertido para las conversaciones en los salones berlineses. Durante un viaje a las Indias, el heredero del trono alemán hasta tuvo una aventura bastante delicada con un príncipe hindú que lo encontraba demasiado atento para con sus mujeres y que lo hizo saber en términos poco protocolares.

Durante la guerra, en país ocupado, se guarda el recuerdo de los paseos en automóvil que hacía en alegre compañía, a través de las Ardenas. El gran cuartel general cerraba los ojos para no ver esos largos paseos, demasiado contento de verse libre de las curiosidades a veces molestas del heredero del trono, cuyas concepciones militares no estaban siempre de acuerdo con las de Hindenburg y Ludendorff.

Un día que el Kronprinz había criticado acremente un plan de operación establecido por el gran cuartel general, Ludendorff exclamó:

—¿Por qué el Príncipe se mete en nuestras operaciones? Acaso nosotros nos metemos en sus amores?

Le refirieron esa exclamación al Kronprinz, quién en un lenguaje de una desnudez sólo traducible al latín, hizo observar la diferencia que había entre las ocupaciones del general y las suyas.

Aquí, el príncipe tenía ventaja. En otras circunstancias, demostró menos sentido común. Y los recientes recuerdos del Duque de Manchester, que fué amigo personal de Eduardo VII, nos revelan algunos sabrosos detalles sobre las costumbres sentimentales de Federico Guillermo. En un baile que ofreció en Londres antes de la guerra una de las grandes damas de la sociedad londinense, el Kronprinz, que en ese entonces estaba de paso en la capital inglesa y fué invitado al baile, desapareció repentinamente entre dos bailes. Ya empezaban a inquietarse cuando le vieron reaparecer, visiblemente borracho. (Es el duque de Manchester que cuenta):

—Desolado, dijo, por haberlos alarmado, pero estaba en el jardín besando a Miss . . .

Y ahí citó, sin pestañar, el nombre de una joven muy honorable, muy apreciada en la sociedad londinense. Ese día, muy heredero im-

perial que fuese, el Kronprinz se hizo tratar en alta voz de sinvergüenza por uno de los más distinguidos miembros de la Corte Británica.

Extraña mezcla, pues, de sabiduría y de desenvoltura, de sentimentalidad, si creemos a Harden, y de grosería, si creemos al duque de Manchester. Mezcla quizás específicamente alemana y que no debe chocar a nadie en el país que inventó la "florita azul" y que llama "delicadezas" a las más espesas fiambres, y, por lo demás, el sentido de lo grandioso! Es así como Clemenceau no tiene en todo el mundo admirador más apasionado que el Kronprinz! El príncipe Federico ha visto muy bien no solamente que el Tigre era un gran hombre, sino también por qué era un gran hombre. Uno de nuestros colegas le hizo una visita durante el invierno de 1930, en ese magnífico castillo d'Oels, cuya propiedad no le fué reconocida sino después de un largo proceso, y que está rodeada de haciendas que producen cada año cerca de dos millones de francos.

El príncipe habló con complacencia de la guerra y comparó los méritos de los jefes militares aliados:

“La guerra me prueba que Francia es verdaderamente un país amado por los Dioses. Ella no tuvo jefes militares como los nuestros; quizás el mismo Joffré y Foch no valen, considerándolo bien, lo que Hindenburg y Ludendorff, pero ha tenido en el momento necesario al hombre que hacía falta. Joffré era el mejor hombre después de la derrota: era la inyección de morfina en el dolor; Foch era el mejor hombre para la victoria: el empujón ante el obstáculo!”

Manera de juzgar algo . . . deficiente; pero sobre Clemenceau, ha hecho el más magnífico elogio que jamás se haya prodigado:

“Sin Foch, Francia quizás hubiera ganado de todas maneras la guerra. Sin Clemenceau ciertamente no”.

Y explica:

“Nada había descorazonado a nuestros soldados, nada podía descorazonarlos, ni la presión incesante de las jóvenes tropas americanas, ni el bloqueo de la flota británica, ni los catorce puntos de Wilson, ni las amenazas de Lloyd George. Lo que los descorazonó, lo que descorazonó hasta a nuestro Alto Comando fué la certidumbre de que ninguna fuerza, ningún formidable martillo lograría aplastar al pequeño anciano de pelo blanco que permanecía en París, en el Ministerio de la Guerra.

“Si nosotros hubiéramos tenido en Alemania un hombre de la talla de ese francés, mi

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.

padre estaría aún en el trono de Alemania, pues no hubiéramos perdido la guerra".

¡Nota interesante, sobre todo en el momento en que toca al poder, nota interesante en un hombre que siempre ha sido considerado como enteramente militarista!

EL ENTRENADOR

¿Lo era en julio de 1914? ¿Es verdad como lo han escrito, que debido a sus instancias, Guillermo II "atravesó el Rubicón"? Es cierto que el Príncipe tenía sobre el Emperador una influencia considerable, que conservó durante toda la guerra; pero no es muy seguro que la haya ejercido en provecho de los militares, en ese entonces tan poderosos en Potsdám.

Una anécdota tendería a probar lo contrario. El fotógrafo oficial de la Corte británica, de paso en Berlín, solicitó autorización para fotografiar a los hijos del Kronprinz; la autorización fué acordada sin dificultad, pero, ante la máquina, fué imposible conseguir que ellos permanecieran tranquilos. En vano el operador les ofrecía juguetes, esperando así concentrar su atención. El Kronprinz intervino entonces:

"Se vé, dijo con una evidente melancolía, que ustedes no saben lo que son los príncipes alemanes. No los traten como a niños, trátelos como soldados".

Una breve voz de mando inmovilizó a los adolescentes. En seguida: "De frente, marchen!... uno, dos, uno, dos... alto! Atención!" Y el fotógrafo pudo tomar la fotografía.

"Es así como fuí educado yo también", concluyó Federico Guillermo, a manera de excusa.

Lo mismo, durante la guerra; parece hoy evidente que el Kronprinz y desde la batalla de la Marne, juzgó la partida perdida. "Una victoria total, estimaba, en octubre de 1914, no es ya posible; es necesario buscar la paz". Muy aficionado a las carreras, es de los métodos del turf de donde el príncipe toma sus puntos de comparación:

"Cuando una carrera está perdida, es inútil reventar al caballo. Más vale reservarlo para una próxima prueba".

En 1917, insistió cerca del Kaiser para que dejase de engañarse sobre la situación:

"Si Alemania no obtiene la paz antes de

POMPAS FUNEBRES

Beneficencia Pública

LA MEJOR FABRICA EN EL RAMO.—URNAS FINAS Y METALICAS. ATAÚDES DE DOS PRECIOS

Servicios completos, fuera de toda competencia.

ABIERTO DIA Y NOCHE

SAN ANTONIO N.º 456,

Teléfono N.º 89274

V: 19.—O. 232

fin de año, el peligro de una revolución será inminente".

En cuanto a él, está preparado para los sacrificios necesarios:

"Ya no se trata de victoria, de engrandecimiento de Alemania o de gloria. Se trata de la vida del pueblo alemán. Nuestra dinastía estará en peligro, pero eso no es nada en comparación del desastre que amenaza al pueblo alemán. Nuestro antepasado Federico fué vencido por una coalición, pero su nombre permanece grande ante la historia".

Es un hermoso juego, pero muy vano, el de escribir la historia con un "sí".... Sin embargo no podemos dejar de preguntarnos, la víspera de los acontecimientos decisivos que se preparan al otro lado del Rhin, lo que hubiera sucedido "sí", en 1917, Guillame II hubiera escuchado al Kronprinz....

El "caballo" estaría quizás ya listo para una nueva prueba.... En todo caso, es prudente para nosotros vigilar al entrenador.

León Treich.

(Traducción especial para "Lecturas").

UN AMIGO

Cuento por ALBERT - JEAN

Ilustró Honorio.

El buen humor francés. Hé aquí el caso de un hombre que salva a otro del suicidio, por una razón muy particular...

El desconocido pareció absorberse en la lectura del "menu", y entonces llamó al "maître d'hôtel":

—Me va a preparar una docena de ostras, un pato asado, callampas, la ensalada que Ud. guste y un postre.

—Debo enviar al señor la lista de los vinos?

—Sí... por favor.

El maître d'hôtel cedió su lugar a un mozo bigotudo, ceñido con un delantal negro y cuyas manos coloradas olían a corcho.

—¿El señor ha elegido?

El cliente subrayó con la uña un vino célebre de la lista.

—Hágame entibiar una botella.

Un escrupuloso personal autorizó al mozo para decir:

—¿El señor vió el precio del vino?

—Sí. Trescientos francos. ¿Y qué más?

Una corriente de simpatía se estableció entonces entre la mesa del desconocido, la bodega, el vestuario y las cocinas.

Un cliente de esta clase era raro, desde la crisis, y todo el personal lo contemplaba con ojos tiernos.

Las ostras, el ave y las callampas se sucedieron, sobre el mantel del cliente, con ritmo acelerado, y cuando el maître d'hôtel hubo servido los corazones de lechuga:

—Unos minutos para preparar el postre, añadió.

—No se apure. Tengo el tiempo necesario, contestó el cliente levantándose de la mesa.

En seguida preguntó:

—¿Se podrá hablar por teléfono?

—Sí, señor, arriba.

El desconocido subió veinte gradas de madera encerada y entró en la cabina de la que se olvidó de cerrar la puerta. Con gesto brusco sacó un revólver de su bolsillo y aplicó el cañón sobre la sien.

—¿Está Ud. loco? —gruñó una voz ronca.

Un brazo poderoso había penetrado de un golpe, al interior de la cabina, y una mano

varonil había desviado el arma del cráneo amenazado.

Sorprendido, el hombre se dejó llevar, sin resistir.

Cuando, el gerente, que por una casualidad milagrosa había sido traído a la puerta de la cabina, hubo introducido el revólver en el bolsillo de su smoking:

—Venga conmigo, ordenó.

Hadía tomado a su cliente del brazo, con una suavidad resuelta, y lo introducía por una pequeña puerta de la que dió vuelta la manilla de bronce.

—Adelante.

El desconocido obedeció. Sus piernas temblaban y varias gotas de sudor glacial rayaban su cara lívida.

El gerente cerró la puerta con cuidado y dijo:

—Siéntese Ud., está en mi casa. No debe temer nada.

El hombre miró a su alrededor, sorprendido. Se encontraba en un salón, amoblado modestamente y lleno de esos chiches sin valor que la gente sensible llama "recuerdos".

Su salvador abrió un armario, cogió una botella de coñac fino y dos copitas.

—Sírvase, ordenó.

El desconocido tragó, de un sorbo, el alcohol que el gerente acababa de servirle y un débil color rojo animó sus mejillas demacradas.

—¿Se siente Ud. mejor, ahora?, le preguntó el dueño de casa con cierta deferencia.

—Sí, contestó el hombre, suspirando.

El gerente lo contempló con un aire de lástima.

—¿Es por alguna mujer que Ud. quería matarse?

El desconocido inclinó la cabeza, sin contestar.

—Ah!, las mujeres, continuó diciendo el consolador, con profundos suspiros. Nuestro defecto, ve Ud. señor, es de darles demasiado importancia y establecer nuestra vida sobre

una base puramente sentimental. Yo, que le hablo, yo he sido casado dos veces; mi primera mujer, que me adoraba, murió; la segunda me dejó; y sin embargo, yo no sé a cuál de las dos he sentido más.

—La segunda, dijo el desconocido, la que lo hizo sufrir.

—Tal vez. Todo esto, señor, es para hacerle comprender que Ud. no es el único que tenga penas de amor y que si, todos se suicidaran por tan poco, el mundo se despoblaría.

—Es muy posible.

—Entonces, más voluntad, diablo! ¡Un poco de energía! ¿Qué edad tiene usted?

—Veintisiete años.

—¡Qué suerte la suya! Veintisiete años. Pero, querido señor, considere Ud. que a su edad y con un físico como el suyo, por una mujer perdida, se encuentran diez nuevas.

La voz del gerente se hizo suave y persuasiva.

—¿No tiene Ud. familia, amigos, para darle ánimo y valor?

—Vamos. Reflexione. Mire alrededor suyo. Hoy, por casualidad, el tiempo está precioso. Las mujeres lucen ya sus primeros trajes claros adecuados a la estación. Ud. acaba de hacer un excelente almuerzo. La vida es bella.

—Tal vez tenga Ud. razón.



—¿Está Ud. loco? — gruñó una voz ronca.

leyendo para el lector



PALABRAS DE AMOR,
poemas de Roberto Meza Fuentes. — Cuadernos de Poesía N.º 1. — Empresa Letras.

La Empresa Letras ha iniciado con "Palabras de Amor", de Roberto Meza Fuentes, la publicación de sus Cuadernos de Poesía, que están destinados a tener una aceptación extraordinaria.

Impulsada la Empresa Letras por su propósito de extender lo más que se pueda la cultura en el país y de hacer llegar hasta el gran público a los poetas chilenos contemporáneos, se ha decidido a ampliar su radio de acción, afrontando la publicación de estos Cuadernos.

El libro de Meza Fuentes es una selección exquisita de hermosos poemas que llevan a formar un breviario lí-

rico que no puede faltar en ninguna Biblioteca, en ningún hogar de gente culta, sobre la mesa de ningún hombre de letras, ni sobre el vellador de ninguna mujer soñadora.

No son canciones triviales de amor. Meza Fuentes ha sabido encontrar las expresiones más bellas para sus sentimientos más delicados. Su rima armoniosa, su emocionario de gran poeta sin extravagancias sentimentales ni arrebatos detonantes, prestigian su producción, señalándola como una de las mejores de la poesía contemporánea de Chile.

"Su corazón que canta como una fuente", expresa en este su último libro todas sus mejores excelencias. Cada poema es una canción de amor íntimo. No se puede señalar cuál es el mejor, por-

que todos ellos son expresiones de una misma alma que ha sabido encontrar su palabra dilecta o su imagen clásica para alzar la voz pura, limpia, diamantina sobre la vulgaridad, el sórdido materialismo, la necia petulancia de estas horas.

La Empresa Letras le acaba de hacer un bien a la cultura de Chile editando este libro de versos magníficos.

Luis Aníbal Fernández.

(De "La Semana", Rancagua, 11 de enero de 1933).

CUENTOS DE MI TIO VENTURA, por Ernesto Montenegro.

Ha aparecido, publicado por la Colección de Autores Chilenos de la Empresa Le-

(Viene de la pág. anterior)

—¿Ve Ud?, también se convence. Vamos. Vamos. Fuera las ideas negras. Apresúrese de encender un cigarrillo, y salga a dar una vuelta por los "Boulevards". El aire de París lo repondrá del todo.

Hubo un silencio. En seguida el desesperado con voz emocionada, murmuró:

—Señor, Ud. se ha portado como un verdadero amigo, como un hermano. Sin Ud. a esta hora estaría muerto.

—Cállese y no piense más en lo pasado.

—Su intervención fué tan generosa, tan desinteresada. ¿Cómo podré corresponderle todo lo que le debo?

—Nada más sencillo, contestó el gerente. No hay más que pedir su cuenta.

El gerente tocó el timbre. Un mozo apareció.

—La cuenta del cinco. Rápidamente.

Y cuando el mozo hubo cerrado la puerta:

—Ud. comprende, querido señor, que mi deber era impedirle suicidarse en nuestro establecimiento. Es un sistema de publicidad muy molesto y sobre todo cuando la cuenta del cliente es muy subida — lo que sea dicho entre nosotros — es el caso suyo. Además se tienen toda clase de dificultades y molestias con los herederos.

Albert-Jean.

(Traducción especial para "Lecturas", por Albert Bosmeh).

tras, este espléndido libro de que es autor el conocido escritor chileno Ernesto Montenegro, ampliamente apreciado en la literatura nacional y también en los círculos literarios y periodísticos de los Estados Unidos.

Se trata de un volumen de simpáticos relatos, en que campean la gracia, la cordura y el buen estilo que caracterizan a Ernesto Montenegro.

PASAJEROS DE TERCERA, novela por Kurt Klauber.—Colección los Grandes Escritores. — Empresa Letras.

Hé aquí por fin una novela proletaria, en que el calificativo no queda corrompido al aplicarse, como suele acontecer, a libros que de "proletarios" no tienen sino el tema y la intención del autor. "Pasajeros de Tercera" es una novela sin héroes, sin providencia, trama, intriga, ni desenlace. Es lo que es la vida, un trozo de ella. La vida de los de abajo, naturalmente. El "abajo" es aquí la bodega de un transatlántico que hace la travesía de Europa a América. Los de tercera, los que no sólo viajan, sino viven y comen y pasan por la vida siempre en tercera, desde que nacen hasta que mueren y a quiénes sólo en el trabajo se les brinda los primeros puestos un puñado de emigrantes que vuelven a Europa fracasados, con una ilusión menos, hablan de sus problemas, de sus experiencias, de sus luchas, de Dios, de la sociedad, de la mujer, del cura, del patrón, de la política. El autor transcribe sus diálogos. Eso es todo. Y quien lea el libro verá por cierto que no es poco.

H. H.

A. M. D. G., novela por Ramón Pérez de Ayala.

La Biblioteca Letras, publicada por la editorial del mismo nombre, llega ya a su tercer número, pudiendo decirse, de acierto en acier-

republika Española en Londres. Sus novelas han logrado imponerse por sus propias condiciones, y hoy se lee a este escritor en todos los continentes, traducido a todos los idiomas.

A. M. D. G. es una obra en la cual Pérez de Ayala



RAMÓN PERÉZ DE AYALA

to. A "El Pesador de Almas", con que se inició, y a "Historias Maravillosas" de Edgardo Poe, sigue una novela española moderna de gran valía, como es A. M. D. G. (A mayor gloria de Dios), de Ramón Pérez de Ayala.

En el mundo entero no se discute ya la personalidad literaria de Pérez de Ayala, el primer embajador de la

relata los primeros años de su vida, pasados en un colegio de jesuitas de España. Momentos ya amargos, ya alegres van sumándose a los del niño que comienza a desarrollarse en un ambiente cuya crítica va a hacer más tarde, cuando sea el escritor formado.

Una novela espléndida, llena de vida, de emoción, de verdaderos caracteres.

EL HONDERO ENTUSIASTA, Versos de Pablo Neruda. — Cuadernos de Poesía N.º 2. — Empresa Letras, Santiago de Chile.

Hermoso Cuaderno de poesía es el que encierra los versos de Pablo Neruda, que representan una época bien definida en la carrera literaria del poeta: aquella en que comenzaba a imponerse, a pesar de que la crítica oficial se le cerraba. Versos escritos después de Crepusculario, este libro debió haber aparecido en 1923, pero el severo espíritu autocrítico de Neruda, rechazó su publicación: el poeta hallaba que sus versos estaban influenciados por los del uruguayo Carlos Sabat Ercast.

Se trata de poemas en que aún perdura la forma, esa

forma en la cual Neruda llegó a adquirir la maestría, que se advierte en Crepusculario. Versos largos, violentos, soberbios, su tono está encendido de ese erotismo que más tarde va a dominar totalmente la obra de Neruda.

Es un libro breve y notable, que interesará por cierto muchísimo a quienes, no alcanzando la poética del Neruda de hoy, se quedan con el Neruda de ayer, el de Crepusculario y Veinte poemas de amor y una canción desesperada.

Beyruth.

LA QUINTRALA, por Benjamín Vicuña Mackenna. — Editorial Cultura. — Santiago de Chile.

Constituye esta monografía histórica sobre Catalina

de los Ríos, una de las obras breves más interesantes del gran historiador y político chileno. La primera edición vió la luz pública en "El Ferrocarril", en Santiago, 1877; la segunda se publicó en Valparaíso, en la Imprenta El Mercurio, ese mismo año. El editor Becerra hizo en Santiago una tercera, en 1908, que se compuso de muchísimos miles de ejemplares.

La Quintrala (Los Lispéguer y la Quintrala, según el título original) es un estudio, a la luz de curiosos documentos, de uno de los más singulares personajes de la era colonial de Chile. Libro de maravillosa evocación, se pueden encontrar en él muchas de las mejores cualidades de Vicuña como historiador, como erudito investigador y como artista.

NUESTRO PROXIMO FOLLETON

Terminada la obra "Por causa de los Dólares", en nuestro próximo número iniciaremos el nuevo folletín de "Lecturas", que corresponde a una bellísima novela breve del escritor español, residente entre nosotros, José María Souvirón.

"El Salvaje", como se titula, es una novela que se encuadra perfectamente en el gusto que ha revelado el público lector de este magazine. Estamos seguros, pues, de satisfacer ampliamente la sed de buenos y amenos relatos, entregando una novela de acción y movimiento escrita en puro estilo castellano.

ES PRECISO LEER LA NOVELA QUE CONSTITUYO
EL ULTIMO GRAN EXITO DE EUROPA

GRAND HOTEL POR
VICKI BAUM

Está en venta la Segunda Edición a \$ 6 el ejemplar

Editora: EMPRESA LETRAS

Casilla 3327 -:- Huérfanos 1041
Teléfono 82028 -:- Santiago

Casilla 55 V -:- Cochrane 585
Teléfono 2548 -:- Valparaíso



MERECEN
UN
RETRATO

Arriba: Camilo Mori, el joven pintor chileno que regresa, huyendo de la miseria en que se debaten en Europa los sudamericanos. Mori fué designado miembro del jurado del último Salón de Otoño de París.

Abajo: Nuestro poeta Vicente Huidobro, el padre del creacionismo y de muchos otros arrebatos, que se encuentra en Chile, después de varios años de permanencia en Europa.



AÑOS HEROICOS

¿ES USTED JOVEN?

Conozca el significado de la juventud

Por NORBERTO PINILLA

Para D. Manuel Aguilera, uno de los espíritus más jóvenes que he conocido, muy cordialmente.

JOSE E. Rodó dice en una de las paráboles de "Motivos de Proteo" que el regular desenvolvimiento de la vida, engendra la armonía de las diferentes edades.

Pero hay una etapa de nuestra existencia cuya característica principal es no obedecer a un solo ritmo sino a una serie de acentos. Es la edad de los años en flor, cuando se oye el trino de todos los pájaros azules. Es el estadio vital de todos los heroismos, de todas las audacias y de todas las idealidades. Es la hora existencial nominada juventud: el "divino tesoro", que canta el poeta.

Luis de Zulueta habló a la mocedad española, en la Residencia de Estudiantes, a 16, 23 y 30 de noviembre de 1915. Son tres disertaciones que contienen ejemplar lección, no sólo para los jóvenes hispanos, sino para los de aquende el Atlántico; porque no en vano somos herederos de los españoles.

"Lo malo no muere", dice el aforismo popular. De ahí que los defectos pásen los mares y se radiquen lejos del suelo de su origen. ¿Qué es "lo malo" que, como factor común, conviene a la juventud ibera y a la chilena? La pereza. Pero oígamos al conferenciente madrileño: "Yo creo que, en esencia, que todos los pecados son pecados de omisión. No hay acción tan mala como la inacción sistemática. El enemigo es la pereza, la apatía, la desidia, la abulia. Ante todo, hay que vivir, vivir intensamente. Hay que trabajar y luchar, porque sin lucha y sin trabajo la vida no sería vida. Sin lucha y sin trabajo, sobre todo, la juventud no sería juventud". (Pág. 110).

Yo invito a que el lector medite un momento y me diga en seguida, si esta admonición dada a los mozos españoles, no conviene en toda su extensión y profundidad a los estudiantes de Chile. "La edad heroica" es el título general que da el autor a sus tres conferencias. Hermoso nombre al que sigue bello contenido conceptivo. La edad heroica es la juventud. Edad para hacerse de "acero los cuerpos y de oro las almas", como dice en noble

verso un poeta peninsular. Grupo de años heroicos son las primaveras de la mocedad, porque es entonces cuando se hacen "las conquistas decisivas". Es en esas jornadas cuando se siente "como cada día nos crece un poco el alma". Empero debemos estar alertas. No basta vivir embriagado por la leticia de la constante ascensión. Es en esa época de nuestra vida cuando debemos formar el espíritu crítico. "No nos contentemos nunca, — dice Zulueta, página 24 — no estemos satisfechos de nosotros mismos". Y en la misma página nos hace esta otra advertencia de singular modestia: "¡Hay tantas cosas que no conocemos, que quizá ni siquiera sospechamos! ¡Tantas emociones que no hemos sentido! ¡Tantas posibilidades que no hemos realizado!"

Pero si la juventud es heroica en muchas de las zonas de su actividad, no deja de ser iconoclasta en otras. Sabe por intuición aquello de la necesidad de los herejes. Y muchas veces barre con su irreverente gesto a muchos mercaderes de los templos. Sin embargo, el escritor Zulueta advierte, con acierto, "hay tantas posibilidades que no hemos realizado".

Pero lo más atrayente de las páginas de estas bellas conferencias es el tono. Parece que el lector se transporta al paraninfo de la Residencia y allí, en un ambiente pleno de cordialidad, escucha la voz de un camarada de ancha experiencia. Y su conversación brota natural de unos labios amigos, señalando defectos, apuntando dificultades y dando entusiasmo.

Los párrafos se suceden armoniosos. El panorama conceptual se dilata ordenado ante nuestros más nobles sentidos. Las horas que se emplean en la lectura no se sienten.

Las tres conferencias, que contiene el primo-roso volumen, son compañeras silenciosas que nos dieron su provechosa compañía y quedaron, cual fiesta de espíritu, en nuestro corazón. Con cuánta gratitud cerramos el libro y con cuánto gusto dariamos la mano al autor de tan juiciosa lección.

La juventud actual, tan bien dotada físicamente, ha ido echando a un lado una buena porción de tareas cuya validez no es del caso recordar. Los deportes espectaculares, el cine chabacano, la carencia de curiosidad sana

(Termina Pág. 64)

LOS COLABORADORES

HEMOS RECIBIDO SU TRABAJO Y....

Juan José. — *Concepción.* — Creemos que hay en Ud. pasta, materia prima. Para no caer en la frase hecha no le decimos que su poesía es un diamante en bruto... En realidad, Ud. debe trabajar, debe pulirse, limarse, suavizar su canto, que aunque espontáneo, es demasiado dispares, hasta el punto de producir asperezas al oído...

Trabaje, lea a los grandes poetas, tanto a los clásicos como a los románticos y los simbolistas, aquellos que adoraban la música...

Y por otra parte, antes de pretender publicar, entregue sus versos a un crítico formidable que hay en este país... y en todos: el tiempo. Deje que el tiempo le señale los defectos.

Albert Bosmeh. — *Ángol.* — ¿Tiene Ud. fotografías que atestigüen esa cacería de búfalos? Si es así, le agradeceríamos las enviara, a fin de dar una hermosa información.

Srta. Marina González. *Presente.* — Su cuento es demasiado largo. "Lecturas" exige que el Cuento Nacional sea, desde luego, un trozo brillante, de estilo y de fondo, capaz de entretener, y que su extensión no sea superior a seis carillas a máquina. Tome en cuenta esos factores.

P. M. O. — *Valparaíso.* — Es Ud. el primero y el último a quien le decimos que las colaboraciones



PRIMAVERA

Ahí está la Primavera...
Ha golpeado en tus mejillas,
en tus labios y en las hebras
de tus bucles...

Ahí está la Primavera
y en tu busca se aproxima.

La Primavera te enlaza;
es tuya, bésala, niña.
La Primavera ya toma
posesión de tu sonrisa
y enjoya con sus celajes
tus recónditas quimeras.

De pronto te vuelves grave:
en tus entrañas su hechizo
infiltró la Primavera,
y en la inquietud de la virgen
la futura madre sueña...
Ya no ries,
ya estás seria.

Monseñor Paradoja.

deben venir escritas a máquina. Desde hoy ya ni siquiera responderemos a quienes no cumplen con este requisito. ¿Entendido?

Marinero de Amsterdam. — *Santiago.* — Sí, eso no estaría mal si fuera original. Pero en el extranjero y en Chile esos versos se han hecho. Acaso revisando el Barco Ebrio, de Salvador Reyes, encontraríamos la fuente de inspiración de su poema *Vela Latina*.

Monseñor Paradoja. — *Antofagasta.* — Primavera es lo mejor del ramillete que nos envió, y ha merecido el sitio de honor de esta página.

Sureño. — *Temuco.* — Tendremos el mayor agrado en leer y comentar su libro, pero si los poemas esos son como el que nos envió, estimamos que su éxito no será muy grande...

Fátima. — *Presente.* — Bien ese cuentecito. Bien, pero todavía no digno de "Lecturas", a pesar del cariño que al autor siente por sus cosas, a pesar de la vanidad que hay en toda paternidad. ¿Lo compararía Ud. a los cuentos que hemos publicado de González Vera, Juan Martín, Augusto D'Halmar, Reinaldo Lomboy, Luis Durand, etc.?

Raúl Martínez. — *Rancagua.* — Esos Versos para María se fueron derechito al canasto. ¡Qué le vamos a hacer!

H. Raimundo.

CONVERSANDO CON EL PÚBLICO

L. M. O.—Talcahuano. — Climas de Amor está agotado. Pero la Colección Letras publicará en su primer número El pesador de almas, otra novela de Andrés Maurois, tan hermosa y mucho más fantástica que Climas de Amor.

Lector.—Santiago. — En breve iniciaremos otras secciones interesantísimas que, estamos seguros, agradarán sobremanera a todos los lectores. Algo habrá de lo que Ud. nos propone, pero sí en forma mucho más elevada e interesante.

Zulema Sigg.—Viña del Mar. — Tendría que enviar primeramente la novela a la Directora Literaria, señora Amanda Labarca, quien resolvería sobre su publicación. También la "Empresa Letras" publica obras por cuenta de los autores, encargándose del reparto en Chile y en el extranjero.

(Viene de la Pág. 62)

y una creciente mala cortesía, parecen el ajuar exclusivo de nuestros jóvenes. Es menester que se reaccione. ¿Qué irá a ser de esta generación cuando tenga que resolver los problemas de la vida? No soy profeta, pero pienso que su elenco ideológico es de tanta pobreza que necesariamente sus frutos serán pequeños y agotados.

"Lo bello es difícil" — dice Luis de Zulueta — y agrega en otro capítulo: "La ciencia es árida". Verdades que sirven de título a dos secciones de la primera conferencia. Con todo, es preferible que la gente joven sepa desde pronto que el camino del saber es dificulto-

L. H.—Presente. — Guillaume Apollinaire murió hace mucho tiempo. Fué, con Picasso, Modigliani, Strawinsky, Bracque, Cocteau, etc., uno de los renovadores del arte. Algún día publicaremos versos de Apollinaire, para que los lectores, que ya lo conocen y lo han admirado como cuentista, se den cuenta de su talla como poeta.

Juan Sarmiento.—Antofagasta. — Esa persona no pertenece a la redacción de "Lecturas". Las direcciones que nos pide, de escritores chilenos, son las siguientes: Pablo Neruda, Biblioteca del Ministerio del Trabajo; Roberto Meza Fuentes, "El Mercurio". A Ernesto Montenegro puede escribirle a esta Redacción.

Licinio Musiano.—Quilpué. — Aún estamos esperando ese artículo que Ud. nos prometió personalmente, a su paso por Santiago. ¿No salió ya a vacaciones?

LA REDACCION.

so. Decir lo contrario es retórica barata y mentira punible.

¿Qué remedios? Encarar los problemas con valentía y resolverlos con lealtad. No hay concesiones que dar. No cabe componendas. El decoro intelectivo y vital exige máximo rigor y pulcritud espiritual.

Pero hay algo más. Las éticas practicadas hasta hoy son en su totalidad de cariz negativo. Se prohíbe mentir, matar, etc. No niego el valor de freno que esta concepción tiene. Sin embargo ese carácter prohibitivo, no tiene eficacia, sino para aquello que se impide. ¿No sería posible establecer un plan normativo que se basase en postulados de orden positivo? Porque es innegable que una ética inhibicionista no tiene el vigor que tendría otra que nos indicase una ruta cierta, un camino a seguir.

Dejo, empero, tal tarea sólo insinuada, porque su desarrollo, aunque somero, me llevaría a regiones distintas.

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.**